



**LA
GRAN
ESPERANZA**

Charles

Richet

Datos de Copyright

Sobre la obra:

La presente obra es puesta a disposición por el equipo de *ebook espírita* con el objetivo de ofrecer contenido para uso parcial en investigaciones y estudios, así como una simple prueba de la calidad del trabajo, con el propósito exclusivo de compra futura.

Queda expresamente prohibida y totalmente reprobable la venta, alquiler o cualquier uso comercial de este contenido.

Sobre nosotros:

El *ebook espírita* pone a disposición contenidos de dominio público y propiedad intelectual de forma totalmente gratuita, ya que considera que el conocimiento y la educación espírita deben ser accesibles y gratuitos para todos y cada uno. Puede encontrar más obras en nuestro sitio web www.ebookespírita.org



www.ebookespírita.org

LA GRAN ESPERANZA

CHARLES
RICHET

PRIMERA PARTE

¿POR QUÉ EXISTES?

LIBRO I

La expansión del hombre y de la inteligencia

LIBRO II

La defensa del individuo contra la muerte

LIBRO III

La defensa de la especie y el amor

SEGUNDA PARTE
LA GRAN ESPERANZA

LIBRO I

El mundo habitual

LIBRO II

Lo no habitual

CAPÍTULO I – Lo no habitual en la biología

CAPÍTULO II – Lo no habitual en el conocimiento

CAPÍTULO III – Lo no habitual en el mundo material

CAPÍTULO IV – Discusión

Conclusión

Notas de Pie de Página

(Traducción de Teresa Pérez)

PRIMERA PARTE

¿POR QUÉ EXISTES?

LIBRO I LA EXPANSIÓN DEL HOMBRE Y DE LA INTELIGENCIA

I

¿Por qué existes? No eres realmente curioso si nunca te has hecho esta pregunta. ¡Feliz negligencia, no obstante bien singular! Pues jamás habías pedido vivir y la existencia te ha sido imperiosamente impuesta.

¿Por quién? ¿Para qué? ¿Por qué?

Sin embargo tienes en parte el derecho de saberlo, o por lo menos de interrogar al destino, interrumpiendo el curso de tu trabajo, de tus placeres, de tus amores y de tus inquietudes.

¡Pero no! Conténtate con vivir, mejor dicho, vegetar, porque vivir sin reflexionar sobre nuestro destino es lamentable. Andas, duermes, comes, bebes, amas, lloras, ríes, estás triste o alegre y jamás te preocupas con la suerte que esperan tus bisnietos, ni con el universo misterioso que te rodea, universo ese extrañamente colosal del cual no eres más que un átomo. De este mundo, pese a tus pretensiones de ciencia, no ves más que las apariencias, porque de él no has comprendido gran cosa.

Entonces ¿nunca has procurado saber por qué existes?

Con todo eres un ser sensible, que siente alegrías y pesares. ¿Para qué sirven esos pesares? ¿Para qué sirven esas alegrías? He aquí lo que sería bueno saber. He aquí algo en que es justo profundizar. Pero no eres curioso.

¡Pues bien! Si no eres curioso, yo lo seré por ti y procuraré, sin frases vanas, ver si nuestra existencia, nuestra mezquina y fugaz existencia tiene una finalidad; si tenemos un papel que desempeñar, por pequeño que sea, en este inmenso Cosmos. ¡Todo es posible! Y quizá los hombres y los animales nada más sean que pequeños muñecos, que una fuerza misteriosa, sin duda caprichosa, se divierte en manejar. Sea como fuere, ella ha impuesto a todos el regalo de la vida y a nosotros nos ha asignado la consciencia. Sin consultarnos, nos ha concedido ese don doloroso y sublime de sufrir, amar y pensar.

Puedes entonces preguntar a esa fuerza misteriosa: ¿por qué te has ocupado de nosotros? ¿Qué quieres?

II

Sabemos perfectamente, no por qué, pero sí cómo naciste. Dos pequeñísimas células microscópicas se encontraron un día (o mejor, una noche) en una húmeda y sombría caverna y tú eres el resultado de esa unión silenciosa.

Bien, no había más que una célula hembra, entre cien millones de células macho que la rodeaban en torbellino. ¡El pequeño macho que tuvo el privilegio de penetrar la célula hembra fuiste tú! ¡Sí! Ya eras tú. De tal forma eras tú que ya nada más podría modificar tu forma y tu evolución.

Más tarde creciste, tomaste la forma de embrión, de feto, de hombre. Has adquirido hábitos, has ganado tu pan, has procurado ser amado o amar; has sentido la sed de placeres, de amores, de dinero o de gloria. Las dos células, después de unidas para formar un ser humano, han seguido una ruta larga y complicada.

Pero si algún otro de los diez millones de machos que revoloteaban alrededor de la célula hembra hubiese tenido más apetito, se hubiese mostrado más ágil o más vigoroso, ya no serías tú quien habría alcanzado la inefable felicidad de desarrollarse: sería tu hermano quien hubiera nacido. Por lo tanto, bien ves que en el momento fatídico de tu nacimiento podían haber nacido miles de seres diferentes de ti.

A decir verdad, tú eres el resultado de una casualidad prodigiosa, porque nada podría hacer prever que esa célula macho fuese la privilegiada; y ciertamente, bajo tu punto de vista personal, es muy interesante, pero desde el punto de vista general, que hayas sido tú o uno de los miles de tus posibles hermanos, eso nada significa. Para la humanidad inmensa, ninguna importancia tendría el que hubiese nacido uno de tus hermanos, o que fuese algo mayor o menor que tú, o tuviese la nariz más larga o más corta.

III

Traspongamos, pues, el inmenso pasado que te precede. Cien mil siglos. Esto nada es desde el punto de vista de la eternidad del tiempo.

Aunque esto sea profundamente misterioso, la ciencia ha podido, más o menos, levantar algunas hipótesis sobre ese prodigioso pasado.

Hubo un tiempo (bastante lejano) en que nuestro planeta aún no existía. Pero ya nuestro querido Sol allí estaba, naturalmente un poco más grande y más blanco que hoy.

Ese divino Sol era, tal como lo es hoy, una colosal masa gaseosa de fuego; deambulaba a solas por el espacio infinito sin que fuese acompañado, como hoy, por un cortejo servil de planetas.

Bien, esa masa colosal de un gas en ignición estaba, como toda materia, sometida a la ley de la atracción. Al igual que nuestros Océanos, cediendo a la atracción lunar, tienen las mareas que, en determinadas ocasiones, los hacen aumentar de volumen, es posible que la masa ígnea del Sol, cuando se le acercó algún astro vecino (¿algunos cientos de miles de kilómetros?), provocase una formidable marea de fuego.

Es probable, pues, que un astro cualquiera, enorme también, siguiendo su curso errante cerca del Sol, haya provocado una marea de fuego, de suerte que parcelas enormes de la masa ígnea, atraídas por el astro, se hayan desgajado del globo solar.

Pero no pudieron ir demasiado lejos, pues estaban retenidas por la atracción solar, y, deteniéndose en el camino, movidas al mismo tiempo por la fuerza centrípeta y por la centrífuga, se pusieron a girar sobre sí mismas, a dar vueltas en torno al centro del que se acababan de desprender. Esos esferoides ígneos, prosiguiendo su curso en el espacio helado durante siglos y siglos, se congelaron. Antes eran únicamente gaseosos. Ciertas partes, pues, (los metales), se

licuaron. El enfriamiento entonces, siendo ininterrumpido, solidificó la superficie. Pero la masa central se conservó líquida y en ignición. Por tanto, hoy la Tierra es una masa líquida revestida de tenue costra sólida.

Esos fenómenos relativos a la Tierra se repitieron probablemente y habrán de repetirse en miles y miles de planetas, pues sabemos que la constitución química de la Tierra es más o menos idéntica a la de los astros. La Tierra es un resumen de las maravillas de los cielos.

Poco a poco, con el progreso del enfriamiento periférico, el oxígeno y el hidrógeno (que estaban dissociados) se combinaron; el vapor de agua, gaseoso anteriormente, se hizo líquido; los mares se formaron y, (debido a la continuación del enfriamiento gradual), en la costra se produjeron ondulaciones que formaron montañas. De ahí las formas de los continentes y mares tal como se nos presentan hoy.

Así pues, sobrevino (¿cómo y por qué?) una obra maravillosa ¡decisiva para nosotros! La vida surgió en los mares y en los planetas.

He aquí, oh tú que me lees, nuestro humildísimo origen.

Primero surgieron las células simples, que vegetaban, ya en las cálidas aguas aún, ya en un suelo húmedo, en una atmósfera rica en ácido carbónico.

A continuación esas células, quizá inconscientemente, comprendieron que se hacía necesario vivir y multiplicarse. Ya se manifestaba en todo su esplendor este empeño del individuo hacia la vida, empeño ese que es la característica de todo ser vivo.

Bien, para vivir es necesario fijar el carbono y el nitrógeno. Esas pequeñas células famélicas, aspirando a fijar

el nitrógeno y el carbono, se vieron obligadas a luchar sin tregua contra sus hermanas (famélicas también) y a resistir a las fuerzas cósmicas hostiles o indiferentes. Se libraron batallas incesantes. Con esas batallas, adoptaron las más diversas formas, a fin de ajustarse cada vez mejor a las condiciones cambiantes de su existencia. Esas formas nuevas de adaptación fueron transmitidas a sus descendientes, de suerte que poco a poco las células primitivas se convirtieron en seres nuevos, cada vez más complicados.

Tanto cuanto los misterios del planeta nos pueden enseñar, esas nuevas formas fueron, en primer lugar, las plantas gigantescas, los helechos, las enormes palmeras, cuyos residuos, acumulándose, son para la humanidad actual un abundante manantial de energía (por cierto, inagotable).

¿No habría querido el Sol, fijando esas masas de carbono combustible en las plantas de otrora, preparar poderosas reservas de fuerzas para nuestras máquinas actuales? Se adivina fácilmente que, si yo presto al Sol esas intenciones filantrópicas, no puedo considerar esa hipótesis como real.

Con las plantas aparecen animales ya bastante complicados, crustáceos, inmensos reptiles, moluscos, insectos, peces, que parecen, por una progresión incesante y continua, intensificar más y más la conciencia del ser. Bien, poco a poco esa conciencia se transforma en una inteligencia. Mediante la conciencia y la inteligencia, se despierta el amor la vida en todos los seres vivos. Cuando llegan los mamíferos y cuando al fin el hombre aparece, en ellos también despierta el mismo amor a la vida y el mismo horror a la muerte. Y en lugar de atenuarse, esos dos instintos crecen a medida que la inteligencia se desarrolla.

Por lo demás, cualesquiera que sean las variaciones de las formas, con adaptaciones a las diversas condiciones vitales, la generación siempre se hace por la conjunción de dos células, una célula hembra, rodeada de innumerables células macho. La modalidad del supremo esfuerzo que la todopoderosa Naturaleza establece para que esas dos células puedan fundirse y perpetuar la especie es la misma, ya se trate de una planta, de un erizo de mar, de un perro o de un hombre.

Si en pensamiento nos representásemos la sucesión rápida de fenómenos lejanos, globo ígneo y gaseoso, mares calientes que se enfrían, continentes que se forman, plantas que se multiplican, animales que se complican cada vez más, comprendemos que el mundo inerte ha evolucionado hacia la vida y que la vida evoluciona hacia la inteligencia.

Así, pues, la inteligencia de los seres vivos se intensificó; se hicieron cada vez más inteligentes hasta alcanzar el estado actual, hasta convertirse en hombres, es decir, seres capaces de lenguaje (esa maravilla de las maravillas), capaces de inventar el cálculo integral y la geometría analítica, capaces de conocer la composición química de los astros que se encuentran a una distancia de muchos miles de trillones de kilómetros, capaces también de comprender ideas abstractas, tales como la solidaridad y la justicia.

La inteligencia ha ganado mucho, no solo en profundidad, sino en extensión. Hace cien mil años, si es que ya los hombres existían, lo cual es probable, esos hombres – muy próximos a los monos – serían muy poco numerosos, y vivirían diseminados en el valle del Nilo o en los palmerales de Caldea (¿?). Hace diez mil años, sin que se pueda precisar un número cualquiera, como máximo podrían existir veinte

millones de hombres (¿?). Hoy existen más de tres mil millones. Cada año la población humana, pese a las guerras infames, aumenta en cuatro o cinco millones de almas. La Tierra entera está invadida por la especie humana. No hay playa desierta. Incluso los polos han sido conquistados. Todas las montañas son escaladas. Todos los desiertos atravesados. La expansión del género humano en la superficie del globo terrestre es total.

Esa expansión del género humano es la expansión de la inteligencia.

A continuación veremos descortinarse claramente ese fenómeno indiscutible: el desarrollo de la inteligencia en calidad y cantidad; fenómeno prodigioso que ya no nos causa admiración, porque en él vivimos y a él nos hemos acostumbrado.

Y ¿por qué? ¡Sí! ¿Por qué esa continua sucesión de acontecimientos, disparates en apariencia, nos ha conducido a ese resultado supremo: la intensificación de la inteligencia?

Procuremos comprender la causa de ese magnífico despertamiento.

IV

Tan solo dos soluciones son posibles. O es el azar o es una ley.

Veamos antes la solución del azar.

Bien, cuando digo solución, no es una solución. Por el contrario. En buen vernáculo, azar quiere decir que no tenemos solución que proponer. El azar no es en absoluto una hipótesis como las otras, sino la negación de toda hipótesis.

Una moneda que tiro al aire cae por el lado de la cruz y yo digo que ha sido el azar lo que la ha hecho caer así, pues ignoro absolutamente qué rotaciones, qué volteretas ha podido ella dar para caer por ese lado. Me encuentro en la calle con mi amigo A, lejos de su casa y de la mía. Las causas determinantes de ese encuentro, en el minuto exacto en que yo pasaba, ha sido obra del azar, porque ignoro por completo los motivos que lo han llevado allí precisamente en ese minuto. Disparo un tiro de escopeta a una perdiz que vuela y un grano de plomo le rompe un ala; es el azar lo que hace que la hiera ese grano de plomo y no otro de los cientos de granos que se encontraban en el cartucho. Hace poco hablé de los miles de células macho que asaltaron a la célula hembra; fue también el azar lo que concedió el privilegio a esa célula y no a otra cualquiera.

El azar nada más es que nuestra ignorancia, pero también es probable la ausencia de leyes, o por lo menos de leyes que nos sean accesibles. Cuando las cosas evolucionan por obra del azar, son una fantasía loca, a menos que nos parezcan tan desordenadas como para que nuestra ciencia no haya podido penetrar sus leyes. No es posible hallar dirección ni intención a las agitaciones que el vuelo de una mosca determina en el galvanómetro.

Lo mismo sucede con la existencia de los seres vivos y el desarrollo triunfal de la inteligencia. Parece que esos grandes acontecimientos son el realce de una dirección, de una intención; osaré hablar, aunque la palabra sea terriblemente antropomórfica, de cierta voluntad tenaz, obstinada, ingeniosa, que persigue su objetivo durante miles de siglos sin desfallecimiento y sin desánimo.

Los pequeños acontecimientos, individuales son, sin duda alguna, debidos al azar, pero el conjunto indica una ley. Los físicos admiten que las moléculas de un gas, cuando se cambia la presión o la temperatura, no se comportan todas de la misma manera. Pero como se trata de un número inmenso de moléculas, es absolutamente aplicable el cálculo de las probabilidades y la dislocación de esta o de aquella en particular no es tenida en cuenta.

Imaginad una serie de acontecimientos complejos, múltiples, incoherentes en apariencia, que, al cabo de miles de años nos encamina progresivamente a un fenómeno superior que es la inteligencia. No tenemos derecho a decir que por obra del azar ha surgido esa inteligencia. Es casi evidente que hubo ahí alguna ley poderosa y universal. Si decimos que la inteligencia es obra del azar, o sea, de la ausencia de toda ley, entonces nada nos resta sino arrojar a las gemonías la pequeña centella cuya flama vacila en nosotros.

Un fenómeno inteligente no puede haber sido obra del azar. Tomo dos números de tres guarismos, por ejemplo 124 y 532. ¿Cuál será el producto? Si alguien me dice 65.968, diré que probablemente ese número exacto me ha sido dado por un fenómeno inteligente y no por azar.

¡No obstante, esto es inmensamente menos intelectual que el florecer de la inteligencia después de un esfuerzo de cien mil siglos!

Observemos a un individuo embriagado que procura entrar en su casa. Él va titubeante. Avanza, retrocede. Se tambalea a derecha e izquierda, da pasos adelante y atrás. Con todo, pese a sus titubeos, pese a sus vacilaciones, se acerca cada vez más a su casa; la reconoce vagamente; duda

al tocar la verja y el timbre. Al fin, helo en su casa. Observando sus vacilaciones, habríais dicho que fue el azar lo que lo condujo... ¡Oh, no! Él tenía un confuso conocimiento de las cosas y, a pesar de su embriaguez, consiguió tirarse en su cama.

He aquí otro ejemplo. Comparemos la multitud heterogénea y confusa de seres vivos con un cuerpo de la armada que recibió órdenes de marchar desde Reims a Châlons. Los soldados avanzan por caminos diversos y marchan con celeridades que no pueden ser comparadas. Algunos se extravían en los campos, otros paran en los albergues, hay otros que cantan; están los que, cansados, se sientan en los barrancos; infantes, coraceros, artilleros, dragones, motociclistas, aviadores, todo es desemejante, todo es incoherente. Nada comprenderíamos de sus actos si solo viviésemos durante una centésima de segundo.

Una centésima de segundo para la marcha de una hora es casi como un siglo en relación a 25.000 siglos. ¿Qué se puede saber de la marcha de un cuerpo de la armada, en una centésima de segundo? Asimismo, respecto de la marcha de la humanidad, ¿qué podemos saber de su evolución futura, no conociendo más que un siglo de su vida?

No obstante, todos los hombres que así marchan con sus fusiles, sus cañones, sus motocicletas, sus ametralladoras, sus tanques, tienen un objetivo que es el de llegar a Châlons. Si para observarlos tuviésemos una hora en lugar de un minuto, pese a la diversidad de los caminos, casi podríamos conocer la intención del jefe que los dirige.

¡Pues bien! Podemos imaginar de qué seres vivos estaba cubierta la Tierra hace un millón de años; sus archivos paleontológicos nos permiten saberlo y así comprender

distintamente que ese rebaño de seres, que vivía hace un millón de años, marche hacia una inteligencia mayor, como los soldados marchan para Châlons. Pese al aparente desorden, esos seres vivos, débiles parcelas de esa innumerable cohorte, avanzan inconscientemente hacia un gran destino.

He aquí lo incontestable. No es pues la casualidad: es una ley.

Seguramente, en cada uno de esos seres, ya sean reptiles o peces, pájaros o mamíferos, canguros u hombres, fue únicamente el azar lo que los ha condicionado a una existencia individual.

Así, pues, en una Compañía de Infantería que marcha por un camino, es el azar lo que hace a Pablo cantar, a Pedro fumar, a Jorge sentarse en la ladera, a Enrique secarse la frente, a Luciano pararse junto a un árbol. Pero esas irregularidades no tienen ninguna importancia. La columna prosigue su marcha, pues no va a la desbandada, sino que obedece a una orden expresa. De la misma forma las irregularidades de esta o de aquella especie animal, de esta o de aquella nación, los retrasos del progreso final, incluso durante algunos siglos, nada significan para el conjunto de las operaciones del rebaño vital.

Bien, por poco que se estudie la evolución (el progreso) de ese rebaño vital durante miles o millones de años, vemos surgir una real dirección. Todo sucede como si ese bizarro cortejo, que se renueva incesantemente, obedeciese a una determinada orden.

En el inmenso Cosmos del cual nada más somos que un fragmento minúsculo así en el espacio como en el tiempo, hay casualidades individuales, pero no casualidades

generales, sino muchas leyes, lo mismo para las moléculas de un gas comprimido que para el número de rayos A, B, Y que emite el radio.

Por consiguiente, una soberana ley biológica aparece claramente, la del progreso intelectual.

Bien entendido, con tal de que traspongamos los cientos de siglos.

Y no hago aquí alusión alguna a los otros modos misteriosos, abismales, que vibran a nuestro alrededor. No tomo – al menos por el momento – sino el mundo real, mecánico, tangible, visible, abordado por nuestras ciencias clásicas. Recorreré la tierra sin aventurarme en lo desconocido inmenso, acerca del cual nada puedo decir todavía a no ser que existe, sin que lo haya podido penetrar ni yo ni nadie.

Con todo, ese mundo tangible y visible que, no obstante sus irregularidades, se orienta a un designio sublime, o sea, una inteligencia superior, solo puede estar conducido por una ley, ley suprema, universal, que gobierna todo el Biocosmos.

Esa ley ¿podría no existir? No lo creo, es el *fatum* de los latinos, la *ananké* de los griegos. Nuestra inteligencia no puede suponer que el mundo material no estuviese sometido a la ley de la atracción, que el hidrógeno no se combinase con el oxígeno y que la vibración de la luz no se propagase a la velocidad de 300.000 kilómetros por segundo.

Así, pues, la evolución del esferoide era fatal. Fatal su enfriamiento. Fatal el ser poblado por seres vivos. Fatal la evolución de esos seres vivos hacia la inteligencia.

Más allá del mundo solar, hay, sin duda, en el inmenso espacio y en lo infinito, antiguo o futuro, otros tiempos, otros mundos análogos al nuestro, con una constitución y una

evolución casi idénticas. ¡Sí! Allá en lo alto hay miles de planetas inmensos, girando en torno a millones de estrellas suspendidas en la bóveda celeste.

¡Pues bien! Conozco únicamente uno de esos planetas, es la Tierra en que habitamos y veo que ella está poblada por seres inteligentes. ¿Podré yo suponer que solamente ella posee esa ventaja? (Si se puede llamar ventaja).

Hagamos entonces una comparación. Es sorprendente.

He aquí un saco grueso y cerrado donde hay un millón de bolas, quizá de diferentes colores, que ignoro. Saco una al azar. Es roja. ¿No será grandemente absurdo suponer que entre las 999.999 bolas, solo una sea roja?

Y ahora contesto (¡ay de mí, tímidamente!) a la pregunta que es el título de este capítulo: ¿Por qué existes? Existes porque el destino, o sea, una ley, ha querido que vivieses. Y te demostraré ahora que esa ley existe, porque el destino te ha concedido los medios muy eficaces para consolidar las fuerzas ínfimas de tu ínfima individualidad.

Veamos cuáles son esos medios.

LIBRO II

LA DEFENSA DEL INDIVIDUO CONTRA LA MUERTE

Existes y no es preciso emplear esfuerzos para enérgicamente defender tu existencia, o sea, obedecer a la fuerza que te ha sacado de la nada; esa fuerza se ha asegurado de tu obediencia por procedimientos bien sencillos, los instintos protectores, irresistibles, instintos comunes a todos los seres vivos.

Esos instintos protectores, de modalidades tan diversas, son de tal forma universales, están de tal forma adaptados a una protección eficaz, que sería locura atribuirlos al azar. ¡Cómo! ¡Para asegurar la vida en la superficie terrestre habría un azar, azar maravillosamente dispuesto, prolongado durante miles de siglos, propagándose sin excepción a todas las especies animales! ¡No! No fue el azar lo que ha creado esos instintos casi divinos, sobrehumanos en todos los casos, el miedo, la repulsa, el dolor, el hambre, el horror a la muerte.

A.- EL MIEDO.- El miedo es un instinto universal, ante un movimiento brusco o un ruido violento, frente a lo inesperado, el animal, ya se trate de un insecto, un pez, un pájaro, un ciervo o incluso un hombre, huirá. No es necesaria iniciación alguna, son los reflejos psíquicos fatales, a los cuales aquéllos inmediatamente obedecen, antes incluso de asegurarse de la existencia de un peligro. Los animales domésticos (maleados por la domesticidad) pueden ser adiestrados y no huir. Pero a no ser que estén sabiamente enseñados, no se resisten a ese primer impulso. Se dice que los pingüinos, en los polos antárticos, no muestran recelo ante nuestra aproximación, pero debemos mantener la reserva sobre esa sociabilidad.

El miedo que determina la fuga inmediata tiene todos los caracteres de un instinto en el más alto grado de dominio. Es repentino, irresistible, indeliberado, dominador. El hombre también, tal como el ciervo, la liebre, el pez, a pesar de su inteligencia, está provisto de ese instinto que le hace huir precipitadamente cuando un peligro lo amenaza.

Un miedo especial es el que las serpientes infunden a casi todos los animales, porque las serpientes, a causa de su veneno, son extremadamente peligrosas. El instinto nos defiende contra ellas por el horror que infunden cuando las vemos.

Nada es más divertido que encerrar a una serpiente o – es lo mismo – a una anguila viva en una jaula donde haya dos o tres monos. Estos se vuelven entonces verdaderamente cómicos. Dan saltos desordenados y se agarran con forzadas contorsiones a las perchas superiores de la jaula. Y, al mismo tiempo que se muestran amedrentados, son curiosos. La curiosidad y el temor forman en esas almas ingenuas, un conjunto bizarro, donde, por cierto, el temor predomina.

Frente a las serpientes el hombre casi se porta como el mono. La civilización no ha abolido ese miedo instintivo que una herencia ancestral le ha transmitido. Conozco muchas personas a quienes la presencia de una serpiente provoca un terror cercano al síncope. Esto no está ocasionado por el razonamiento siguiente: debo temer a la serpiente porque ella es venenosa. Ciertamente que no. La idea del veneno está muy lejana. Es un viejo temor heredado que sobrevive. Observemos que ese temor es casi irracional, pues la serpiente no atemoriza por su porte colosal, ni por los feroces silbidos, ni por su botar impetuoso. Para hacernos

evitar su insidiosa mordedura, ella ha de amedrentarnos con su forma y su modo de arrastrarse.

A la par del miedo instintivo, está el miedo que provoca el conocimiento del peligro, sea éste real o solamente posible. El peligro posible es lo desconocido. Cuanto más desconocido sea lo desconocido, tanto más amedrenta. La oscuridad, por ejemplo. Sentimos miedo cuando tenemos que caminar a altas horas de la noche por lugares desconocidos. Nada es más extraño que los fantasmas, nada es más aterrador. Sin embargo, esos pobres fantasmas jamás han hecho daño a nadie.

Cuando el peligro está previsto, también puede causar miedo: El instinto conserva toda su fuerza, pero la inteligencia le añade algo. El silbido de las balas es aterrador cuando sabemos lo que significa, pero entonces se trata de un temor inteligente y no instintivo.

Además, la previsora Naturaleza no exigió a los animales largas o cortas deliberaciones que los decidan a huir frente al peligro. Cuando un perro persigue a una liebre, ésta no pierde su tiempo en razonamientos sutiles, sino que huye lo más rápidamente que puede, como movida por un resorte. Cuando una bala silba en la oreja de un soldado, él baja la cabeza casi instintivamente sin darse cuenta siquiera de que ese movimiento es absolutamente inútil.

Así, la fuga, es decir, el más habitual reflejo del miedo es un reflejo psíquico de gran poder. Y sin embargo, el miedo a veces es tan intenso que en lugar de excitar las fuerzas musculares, las paraliza. La expresión francesa “mort de peur”, que se encuentra probablemente en otras lenguas, indica un fenómeno bastante conocido. Cuando el miedo es mucho, palidecemos, temblamos, y nuestras piernas

flaquean. Ya no se puede andar. No se puede siquiera gritar. Ciertos insectos, cuando son tocados, tienen el curioso instinto de fingirse muertos. Simulan la muerte para evitar la muerte.

Cometemos cotidianamente un singular error psicológico. Ese error es el desprecio enorme que nos inspiran los indolentes. Confieso que me causan profunda repulsa. Por lo tanto, convengo en que esa repulsa y ese desprecio pueden no estar bien justificados, porque, en suma, ellos no hacen más que seguir la orden impuesta por la Naturaleza soberana, de temer todo atentado contra la vida.

B. - EL VÉRTIGO - El miedo especial que el hábito y la educación llegan (aunque con dificultad) a vencer es el vértigo, un tipo de miedo instintivo.

No se ha llevado a cabo todavía estudio alguno, al menos que yo sepa, sobre el vértigo en los animales. Estoy seguro de que las cabras monteses, saltando alegremente por los precipicios, no sienten, ciertamente, nada que se asemeje a nuestros temores respecto de los abismos.

En el hombre lo que caracteriza al vértigo, pese a toda su voluntad, es la inhibición de movimientos; él se queda como pegado al suelo. Sus piernas se doblan y se niegan a cualquier movimiento. El coraje y la inteligencia nada más pueden hacer. No puedo dejar de admirar realmente la sospecha que tiene la Naturaleza acerca de nuestra inteligencia, puesto que ella nos ha infundido con todo imperio ese terror por los abismos. Se trata de defender nuestra vida. Ahora bien, la Naturaleza, esa vieja dama, que Joseph de Maistre decía desconocer, se ha dedicado, no obstante, a protegerlo. Probablemente J. de Maistre hubiera

padecido vértigo si fuese compelido a atravesar por una estrecha tabla, sin amparo, sobre un despeñadero abrupto.

C. - LA REPULSA. - Otro sentimiento protector sin el cual probablemente toda la vida animal hubiera hecho mucho desaparecido de la faz de la Tierra, es la repulsa por las sustancias infecciosas o tóxicas.

Comparad una confitería con una farmacia. Todo en la confitería es apetitoso, porque se trata de alimentos necesarios para la vida y agradables al paladar, mientras que en la farmacia todo es detestable y nauseabundo. Los medicamentos que allí se venden – puesto que son venenos – son todos de un sabor execrable. Esos venenos, aunque sea en dosis mínimas (por ejemplo, una centésima de miligramo de estriquina) son aún desagradablemente amargos; todos los alcaloides están en este caso (quinina, atropina, cocaína, nicotina). Seguramente si son amargos no es por casualidad, sino porque son tóxicos y la Naturaleza, tratando de preservarnos de los venenos, los ha hecho amargos.

Frecuentemente nos admiramos de que los herbívoros que van a pacer a regiones que les son desconocidas, en las cuales germinan plantas diferentes y tóxicas, jamás se envenenen. Pero eso en nada nos sorprende. Como a los hombres, los venenos inspiran repulsa a los animales.

Hay, no obstante, algunas excepciones. Ciertas setas muy tóxicas no inspiran repulsa. Entre los hombres también hay casos (relativamente frecuentes) de muerte causada por setas, pero entre los animales no conozco casos semejantes. Las setas jamás entran en el consumo alimenticio de los animales.

En cuanto a la nocividad del perejil para el loro, quizá sea una leyenda; en todo caso, si no lo es, la excepción confirma la regla.

La repulsa puede ser provocada por otras sensaciones además de la gustativa. El olor y la vista nos inspiran a veces una repulsa insuperable por tal o cual objeto. El olor de carnes putrefactas, ricas en microbios a veces perniciosos, es abominable. Mientras que las frutas frescas tienen un sabor y perfume agradables y apetitosos, los de las frutas podridas son detestables. Me cuesta creer que no haya una extraña perversión del gusto en deleitarse con carnes en comienzo de putrefacción.

Algunas veces la repulsa se confunde con el miedo, los insectos parásitos, seres nefastos e insoportables, que frecuentemente nos irritan, los piojos, las chinches, las pulgas, nos inspiran un sentimiento de horror que oscila entre el miedo y la repulsa (1).

El miedo, el vértigo, la repulsa, el horror, todos admirables instintos de protección y defensa, no son más que formas del dolor. Pues bien, el dolor, como voy a demostrar, es el gran bienhechor, la base de nuestra existencia. Si no existiese, dejaría de haber vida animal.

D. - EL DOLOR. - La mejor definición que se puede dar del dolor es esta: una sensación tal, que no se desea continuar sintiendo o sufrirla nuevamente. Una quemadura, un corte, una mordedura, una fractura, una neuralgia, un absceso, son causas de dolor, y entonces casi instintivamente empleamos todos los esfuerzos para evitar quemaduras, cortes, fracturas. ¡Pues bien! Es el miedo al dolor y no la

inteligencia lo que nos hace velar con tan prudente celo por la integridad de nuestra piel, de nuestra querida piel.

No se debe, pues, maldecir más el dolor que el miedo. Es el dolor lo que nos hace resistir a las intemperies. Estaríamos hace mucho congelados o quemados si no tuviésemos más que nuestra inteligencia para preservarnos del frío extremo y del calor excesivo. Lo que nos ha protegido ha sido el miedo al dolor que produciría un frío intenso o un calor extremo.

No podríamos defendernos contra las innumerables causas de destrucción que nos asaltan a cada minuto, si no tuviésemos antes nosotros, muy vivaz, la reminiscencia de un dolor antiguo y la amenaza de un nuevo dolor.

En realidad el dolor es la madre de todas nuestras industrias. Si los hombres han edificado sus habitaciones, ha sido para poder dormir bien abrigados. Si han tejido sus vestimentas, ha sido para enfrentarse al invierno, porque no poseen, para defenderse, la gruesa piel de los animales.

Se atribuye a un gran filósofo griego, el maestro de los estoicos, una expresión bastante absurda: “Oh, Dolor, decía Zenón, no eres más que una palabra”. ¡Qué sandez! De todas las realidades el dolor es la más real. ¡Posiblemente la única realidad!

Si los hechiceros de los salvajes, los médicos en las sociedades civilizadas (antiguas o modernas) tienen tanta autoridad y prestigio, se debe a que salvajes y civilizados imaginan que la medicina y la hechicería pueden hacer desaparecer, o al menos disminuir, el dolor y la enfermedad. Hipócrates decía que el sedativo del dolor es obra divina.

Todo órgano enfermo tiene necesidad de reposo. Por tanto la actividad de todo órgano enfermo se vuelve dolorosa. He ahí lo que la previsora Naturaleza ha

imaginado. Ella nos impone el reposo del órgano enfermo, puesto que éste duele cuando entra en acción. En estado normal, nuestros órganos, exceptuándose la piel y las mucosas, tienen una sensibilidad bastante obtusa, casi nula. El estómago, el corazón, el hígado, el intestino, la vejiga, los riñones, el cerebro, cuando todo va bien, están casi desprovistos de sensibilidad. En cambio, basta que estén enfermos, para hacernos sufrir conscientemente y nosotros entonces, para evitar esos dolores crueles, vamos en busca de tratamientos que nos proporcionan la curación.

Al darnos el dolor, la Naturaleza ciertamente nos hizo un regalo odioso, pero muy necesario. Es preciso vivir, es preciso que nuestros órganos se mantengan intactos para que la vida prosiga. Ahora bien, la Naturaleza no establece la integridad de nuestros órganos, ni por la inteligencia, ni por la sagacidad, ni por la ciencia, sino por otro fenómeno sencillísimo, imperiosamente simple: el recelo al dolor, recelo que nos recomienda el respeto por nuestros órganos enfermos.

E.- EL HAMBRE Y LA SED. - El hambre y la sed son sensaciones casi agradables, cuando empiezan, y cuando vemos a nuestro lado un repasto copioso y sabroso que nos aguarda. Pero esas dos sensaciones tutelares se convierten en verdaderas torturas cuando se prolongan sin esperanza alguna de alivio.

El hambre y la sed son las grandes protectoras de la vida. En China, los fumadores de opio acaban muriéndose, porque pierden la sensación del hambre. Entonces, por muy difícil que parezca, dejan de comer. Pero los fumadores de opio son excepcionales.

Todo animal para vivir tiene necesidad de agua, de carbono y nitrógeno nutritivos. Si el agua, el carbono y el nitrógeno le faltan, olvida todo y se enfrenta a los más espantosos peligros. Por el hambre se doman los más salvajes animales.

El hombre no es una excepción. En todas las sociedades, ya sean modernas o antiguas, el cuidado del pan cotidiano, como el de la oración dominical, es la preocupación universal. No hay política ni retórica que nos quite la obligación de comer, porque es preciso vivir. Es tan solo en la siniestra república Soviética donde asistimos consternados a ese espectáculo de millones de individuos que se someten, sin rebelión, a hambrunas crueles.

A veces, en los países occidentales, algunos prisioneros revelan un coraje extraordinario. Protestan contra su prisión poniéndose en huelga de hambre. Pero esas excepciones son tan raras que no sirven como ejemplo.

Yo debería quizá insistir en esos magníficos instintos protectores: el miedo, la repulsa, el dolor y el hambre. Para estudiarlos detalladamente, cada uno de esos instintos merecería un libro, un gran libro; pero puedo demostrar aquí que todos tienen una misma causa, una causa profunda, tanto para el animal como para el hombre. Todas esas poderosas sensaciones que nada tienen que ver con la inteligencia y dependen únicamente de nuestra constitución psicológica, se limitan a este deber inexorable: es menester vivir, es preciso escapar a la muerte. Todos los seres, consciente o inconscientemente, se lanzan a la vida, todos los seres quieren vivir, todos los seres sienten horror a la muerte.

F.- EL TEMOR A LA MUERTE. - Entre los animales no existe el suicidio. Entre los hombres, a veces, la inteligencia es asaz vigorosa para combatir e incluso dominar los sentimientos instintivos que preservan la vida.

Se dice que el suicidio es una cobardía. En mi opinión ese concepto es erróneo. Bien entendido, dejaremos de lado a los epilépticos, alienados, alcohólicos, que en un acceso furioso se ahorcan o se arrojan al agua. Es el delirio. No lo comentemos.

Pero hay individuos cuya razón parece sana, que, fríamente, deliberadamente, tras una prolongada premeditación, deciden abandonar el mundo de los vivos. ¡Pues bien! Tendré la temeridad de decir que debemos asombrarnos con ese coraje y casi admirarlo.

He aquí, por ejemplo, a un desventurado hombre atacado de cáncer de laringe o de lengua. A pesar del opio, padece dolores insoportables. Ya no puede hablar. Casi no puede alimentarse. Exhala un olor infecto. Se ha convertido en objeto de repulsa para aquellos que se le acercan y para sí mismo. El terrible mal progresa cada día, no le concede reposo. No hay esperanza alguna de curación. Además sabe que dentro de pocos días la muerte fatalmente terminará la siniestra e inútil agonía. Entonces ¿por qué prolongarla?

Otro individuo es condenado a muerte. Otrora la hoguera y el descuartizamiento, hoy la guillotina, pero el verdugo lo horroriza y algunas gotas de veneno lo libran de la espera angustiosa del momento fatal.

En cambio, que un banquero que ha hecho malos negocios, que un enamorado abandonado, que un marido traicionado, que un jugador desafortunado, terminen sus desdichas con un suicidio, es realmente una necesidad. No

obstante, lo repito, es necesaria una fuerza poco común para pasar de la vida a la muerte y violentar el amor profundo que ha animado a los miles de ancestros que nos han precedido.

Es bastante curioso que raramente se elija la muerte fatal, sin remisión ni perdón. Arriesgándome a que me siga algún desconocido, tomo la libertad de recomendar un modo de suicidio absolutamente seguro, pues una bala de pistola muchas veces no da en el blanco, restando así una pequeña puerta abierta a la esperanza de la supervivencia. Propongo, entonces, que desde lo alto de un navío, en pleno océano, a altas horas de la noche, silenciosamente, con cuarenta kilos de piedras en los bolsillos, se deje caer junto a la enorme hélice. Supongamos, aunque es poco probable, que esa caída haya sido vista y oída; cuando el navío pueda interrumpir su marcha, el infortunado que se ha precipitado en el abismo ya tiene 500 metros de agua sobre su cabeza.

En todo caso, el suicidio es una tremenda derogación de la ley de la vida, ley que la Naturaleza ha impuesto a todos sus hijos, con tanto imperio que es casi imposible que pueda ser desobedecida por alguno de los seres vivos.

Diré, no obstante, que ese temor a la muerte no tiene razón de ser, mayormente para los viejos; cuando ya no pueden tener hijos, cuando todos sus órganos están desordenados, dislocados, seniles. Insomnios, digestiones difíciles, temblores, toses, caída de los dientes, mengua auditiva, ceguera, debilitamiento de la sensibilidad y de la memoria, males incurables. Todo se debilita. Entonces ¿por qué apegarse a la vida? Dijo La Fontaine:

“Muere con menos ganas aquel que más cerca está de la muerte”.

¡Pues bien! He conocido a personas bastante viejas, incapaces de producir y reproducir, capaces solamente de sufrir y de hacer sufrir, que se agarraban desesperadamente a un resto de vida, a medida que la vida las abandonaba. No obstante, no eran idiotas, ni irresponsables. Tenían una excelente justificación, la orden de vivir que la Naturaleza les había dado. El amor a la vida no desaparece cuando la vida se esteriliza.

Lo mismo en los adolescentes que en los hombres hechos, ese apego excesivo a la vida, ese terror angustiado a la muerte, son sentimientos inelegantes.

El prudente Montaigne decía no temer a la muerte, pero sí al morir. Hay probablemente un pasadizo que será, digamos, bastante difícil de trasponer, el camino de la vida hacia la muerte, según una expresión poética. Pero, a decir verdad, ese paso no es en absoluto difícil. Coma, síncope, delirio, no hay qué temer.

Los griegos, maestros del pensamiento, presentaban un dilema sorprendente.

“O estás muerto o vivo. Si estás vivo, no tienes motivo para temer a la muerte. Si estás muerto, como tu pensar ya no existe, no lo podrás lamentar, porque no hay sentimiento sin pensamiento.” Lucrecio, en su libro admirable, presenta otro dilema, también muy elocuente (porque incluso los dilemas tienen su elocuencia).

“O has sido desgraciado, enfermo, traicionado por tus amigos, impotente para satisfacer los deseos siempre insaciables y siempre renovados. La muerte entonces ¿no es un refugio precioso que te permite la fuga de este mundo que para ti fue rico en lágrimas y desesperaciones?... O has sido

colmado de todos los bienes de la fortuna, has tenido los laureles, las mujeres, los festines, el dinero, la salud, la juventud triunfante y próspera; entonces ¿por qué no dejar la vida con alegría y reconocimiento, puesto que ella te ha traído lo que ha negado a tantos otros mortales?”

Estos bellos razonamientos, por justos que sean, pueden poco contra el instinto universal. He aquí por qué yo repito tantas veces en este libro: existes porque la Naturaleza te ha ordenado amar la existencia.

Pero no estás solo en el mundo, tienes hermanos humanos, semejantes tuyos, en los cuales es preciso pensar, pues también tienen el deber de vivir. Por tanto, si no te dejas absorber por un egoísmo siniestro, debes pensar en ellos, en su existencia, en su felicidad, curarles las heridas, secarles las lágrimas, aliviarles las tristezas, matarles el hambre, retardarles la muerte. El deber de todo hombre no es solamente vivir, sino además proteger la vida y la felicidad de los hombres. Prolongar la vida de tus hermanos y hacérsela menos cruel, he aquí lo que se nos ha impuesto. El mal es el dolor ajeno. Esa es la moral que otrora, en la bella y lejana época de mi juventud, fue mi propósito. Moral, a que, en el declinar de mi larga existencia, me he agarrado obstinadamente.

Sí, la vida humana es cosa sagrada, y cuantos obtienen provecho de ella, los conquistadores, los emperadores, los reyes, los diplomáticos, son grandes culpables. Ellos hacen la guerra, como decía altivamente Clémenceau y Kronprinz. Pero la guerra es una masacre... No insisto; ese crimen es de tal evidencia que toda frase es superflua.

El hombre no es el único animal compelido a proteger a sus semejantes. Existen animales que tienen una tendencia

instintiva a proteger a sus hermanos: los que viven agrupados, como los cuervos, los pingüinos, los elefantes, las gaviotas y principalmente los monos. Éstos son verdaderamente admirables en su amor por sus hermanos infortunados. Si un cazador hiere a un mono cinocéfaló, todo el bando inmediatamente se precipita en su socorro; y ese sentimiento de solidaridad simiesca es realmente conmovedor. ¡Qué ejemplo y qué vergüenza para muchos hombres!

He hecho experimentos (por cierto, raramente) con los monos. Pero cuando, desde la jaula, uno de sus hermanos asistía a la operación, inmediatamente se ponía furioso, soltando gritos desesperados y dando saltos asustadores. Ese sentimiento de solidaridad en los monos forma un contraste sorprendente con la indiferencia de los perros. La domesticación los ha pervertido. Cuando se hace un experimento delante de ellos en otro animal de su especie, no hacen el menor esfuerzo por socorrerlo, demostrando una indiferencia que bien podría tildarse como cínica.

No obstante, en resumen, en el animal y quizá en el hombre también, si los individuos tienen el mayor cuidado con su vida personal, no tienen el menor cuidado con la vida de sus semejantes.

El horror a la muerte, común en todos los animales, es de tal intensidad en el hombre, que no se resigna casi nunca a aceptar la muerte como fin último de su viaje. Hasta los más degradados salvajes han imaginado aventuras prodigiosas después de la muerte, paraísos, Valhala, infiernos. Con más motivo los civilizados. La supervivencia es la base de todas las religiones.

Ya está demostrado que los hebreos, antes de ser dominados por los egipcios, desconocían la supervivencia. Jehová castigaba a los malos, no por medio del infierno, sino por horribles tormentos reservados a la descendencia; ahora bien, después de su paso por Egipto, un nuevo dogma fue introducido por los judíos, porque el hecho dominante de la civilización egipcia fue la creencia en la resurrección.

Los monumentos magníficos, colosales, o las momias reales sepultadas con sus fajas perfumadas, atestiguan elocuentemente esa preocupación exclusiva. Junto a las momias, los siervos reales colocaban alimentos, juegos, tesoros, collares y diademas, a fin de que los muertos, al despertar, puesto que debían despertar, encontrasen al alcance de la mano los objetos que les habían encantado durante la vida pasada, y que deberían encantarles en la vida futura. La felicidad de una fugaz existencia terrestre no es nada, comparada a la felicidad que deberá encantarla una vez que el corazón haya cesado de pulsar.

Los griegos y los romanos pensaban de modo diferente. En los tenebrosos dominios de Plutón y Proserpina, los espectros echaban de menos al divino Sol, que aún ayer los iluminaba.

Por tanto, gracias a su inteligencia superior, los griegos jamás han temido a la muerte. Sócrates bebió la cicuta sin temblar. En los bellos tiempos de Roma el suicidio estaba considerado un acto de finura. Los más elegantes se cortaban las venas durante un baño caliente y juntamente con la sangre la vida se les iba poco a poco. Desertaban así de las agruras de una vida importuna y desaparecían con la sonrisa en los labios.

Una antigua leyenda griega nos muestra bien ese sentimiento.

Ceres había recibido del Olimpo el permiso para venir todos los años a pasar algún tiempo en la Tierra. Como ignoraban su divinidad, ella era muchas veces mal recibida. Con todo, un día fue acogida con tanto cariño por un humilde matrimonio de campesinos, que decidió recompensarlos. Por la noche, los dos hijos del viejo matrimonio volvían de su trabajo. Eran jóvenes, alegres, vigorosos, bellos, y llegando a la casucha, saludaron con reconocimiento a sus viejos padres y con respeto a la extraña. Ceres entonces los tocó con el dedo, haciéndoles caer súbitamente muertos, ambos en plena alegría, en plena salud, en pleno vigor. Así, la diosa les ahorra las crueldades de la vida y de la vejez.

En la Edad Media, la muerte era encarada con gran terror, como en los cuadros de Orcagna y las innumerables danzas macabras que los pintores y escultores imaginaron durante dos siglos. Colocándolos bajo el punto de vista de la simple lógica, realmente no se comprende – pero los hombres jamás se han interesado por la lógica – cómo ese temor a la muerte puede coexistir con una profunda fe cristiana. Porque el Cristianismo tiene por base la supervivencia con la punición o la recompensa; infierno, purgatorio o paraíso, según los méritos del muerto. Entonces, un buen cristiano, debidamente bautizado, que no ha cometido pecado grave y que, después de una leal y completa confesión, ha recibido la absolución, si su fe es inquebrantable, ¿debe estar firmemente convicto de que subirá directo al cielo! ¡Verdaderamente! ¿Por qué ese piadoso, ese fervoroso cristiano temió la muerte?

Sería inexplicable si la ley natural no fuese más fuerte que todas las creencias y todos los razonamientos.

Estaríamos tentados a creer, observando el progreso de ciertas industrias, creadas por nuestras sociedades civilizadas hasta un culto ilimitado, que los instintos naturales se han debilitado. ¡Lejos de eso! Han conservado su soberano poderío. Todo el ingenio de los civilizados consiste en darles mayor extensión.

Las conquistas más brillantes de la ciencia no han hecho más que fortalecer y suavizar nuestros medios de vida; jamás han modificado, por poco que fuese, nuestro horror a la muerte o al dolor, el cual subsiste tenazmente en el núcleo de nuestra conciencia y en la base de la ciencia.

¿Qué diré de nuestras industrias, de nuestro comercio, de nuestra agricultura, de nuestros transportes? La preocupación por el alimento lo domina todo. En el campo el cultivo del trigo, de la viña, del arroz, del maíz, de la avena para la cría de animales (destinados a sacrificio), y en las ciudades, las carnicerías, las salchicherías, las panaderías, los almacenes.

Y además los refinamientos. Tenemos las confiterías, los restaurantes, de gran lujo, y principalmente, los comerciantes de vino que son innumerables, vendiendo descaradamente vinos nauseabundos y licores tóxicos. Tenderos, propietarios de restaurantes, cocineros, camareros de cafeterías, forman un ejército de proveedores y empleados cuyo papel es el de alimentar al ejército de consumidores.

La ciencia del comercio fue quizá la de perfeccionar la alimentación (con frecuencia la de corromperla). Una vez satisfecha la necesidad de alimento, se desea ir más allá y nutrirse con más requinte.

La inteligencia, desarrollándose, dio nueva fuerza a nuestros instintos naturales; el esfuerzo humano consistió en volver más delicados los apetitos con que la Madre Naturaleza nos había obsequiado. Para los animales no hay panadero, ni confitero, ni tendero, ni vendedores de vino. Tres cuartos de los comerciantes no tienen otra finalidad sino la de dar algún atractivo a nuestra alimentación.

El cultivo de las frutas progresa cada año. Por la selección de las semillas, por la sabia manera de injertar, obtenemos frutas magníficas y sabrosas.

En síntesis, la esencia de la civilización es hacer más fácil y más sonriente la existencia que la naturaleza nos impuso. Porque nosotros nada hemos innovado. No hay instintos nuevos. No hacemos más que marchar dócilmente por la senda de la vida universal.

Para evitar el tedio, la inquietud, el dolor, hemos inventado el confort y el lujo. Ahora bien, el confort y el lujo, desde los tiempos inmemoriales, solo nos son asegurados por el dinero, o bien por un metal raro, oro o plata; en realidad, el dinero es necesario para la tranquilidad del espíritu, después (o a veces antes) del trabajo; el dinero, para una habitación cómoda y grande, el dinero para prendas de abrigo, el dinero para estar seguro de no morir de hambre mañana y también de que se podrá tener un almuerzo copioso.

La plata y el oro en sí nada significan, pero podemos intercambiarlos por alimentos requintados, vestuario limpio y elegante y habitaciones agradables. Se desea el dinero con ansia incansable, con el fin de aumentar los instintos naturales.

La Naturaleza no tiene motivos para inquietarse, pues podrá estar segura de ser obedecida. Ella no solo ha inspirado la necesidad, sino además el deseo y el placer cuando esas necesidades están ampliamente satisfechas. Los fisiólogos han podido incluso demostrar que los alimentos que más agradan a nuestro paladar son más fácilmente asimilados. Una cena apetitosa ya está casi digerida, porque la apariencia y el aroma de un manjar succulento provocan la insalivación en la boca y los jugos gástricos en el estómago. La industria humana, en lugar de contrariar, favorece e intensifica nuestro esfuerzo por vivir y vivir bien.

Al mismo tiempo que combate el dolor, esa industria humana lucha contra nuestra terrible enemiga, la muerte.

Y los médicos, ya sean hechiceros, como entre los salvajes, o sabios, como entre los civilizados, son respetados, considerados, adulados (aunque no muy escuchados cuando procuran mejorar la higiene pública). Sin embargo, en cada país hay estupendas escuelas de medicina y farmacia. En todas las grandes ciudades hay superabundancia de médicos y farmacéuticos.

Cuando se está ardiendo en fiebre, el médico que llega es casi un dios, y asimismo el dentista, cuando se tiene dolor de muelas. El farmacéutico, cuando se tiene necesidad de bismuto o aspirina. El cirujano, cuando se tiene un miembro roto que entablillar, o un absceso que abrir.

El culto a nuestro cuerpo y la defensa de nuestra preciosa existencia van mucho más allá todavía, porque la medicina es la instigadora de la ciencia. En el fondo, la ciencia pura, abstracta, teórica, en nada interesa a lo común de los hombres; pero les interesa enormemente cuando de ella

esperan algún lenitivo para sus dolores, cualquier mejora para su bienestar o cualquier retraso de su muerte.

No es necesario ser un gran clérigo para comprender que el mejor medio (incluso el único) que nos permite disminuir los males que afligen a nuestro cuerpo es el de conocerlos. ¿Qué se puede hacer contra esos enemigos ocultos? La enfermedad, preludio siniestro de la muerte, es nuestro peor adversario y los médicos son los soldados que lo combaten. Sabemos que estamos continuamente amenazados por seres maléficos, invisibles, obstinados, que ocasionan primero el dolor y después la muerte. Ahora bien, es preciso conocer en primer lugar quiénes son esos enemigos, cuál es su naturaleza, dónde se encuentran, cómo vencerlos o, por lo menos, cómo atenuar su insidiosa agresión.

Sabemos también que, para que la medicina y la terapéutica sean eficaces, todas las ciencias son necesarias, concurriendo todas para un mismo fin, siendo pues indispensables.

En último análisis, todas las ciencias, todas las industrias, tienen un fin supremo, que es el de proteger nuestra existencia. Por eso tienen las ciencias una gran reputación, el amor a la verdad es menor que el amor a la vida.

Nosotros y los animales nos comportamos del mismo modo, pero los animales están reducidos a instintos protectores, elementales, el miedo, la repulsa, la fuga, la persecución de la presa en busca de alimento. La civilización está tanto más avanzada cuanto eficaces son esos procesos de defensa, y ella no ha podido obtener ese poderío más que por el conocimiento más profundo del mundo material que nos rodea. Cuanto más avanza el culto a la vida humana, tanto mayor es la anomalía atroz y escandalosa que es la

guerra. ¡Ah! Y cuando se trata de guerra, los hombres, pobres hombres, deliran. Es conocida la frase de Napoleón a Metternich. El estadista austríaco recuerda al Emperador que en la batalla de Leipzig había él, Napoleón, perdido cien mil hombres. Entonces, Napoleón, irritado, pálido de cólera, arroja violentamente el sombrero al suelo: “Cien mil hombres – dijo – ¡qué importa!”

En la gran guerra de 1914-1918, los pueblos y los soberanos arrastrados por un inepto furor bélico, fueron tan insensatos como Napoleón. Durante cuatro años hubo una media de diez mil hombres muertos por día (¡muertos por día durante cuatro años!!!)

¡En el paraíso soviético, en el momento en que escribo estos renglones, miles de individuos mueren de hambre! Los innobles tiranos que allí gobiernan miran con indiferencia esos dolores y esas agonías. ¡Qué importa! (si son necesarias a su plan quinquenal).

Creo firmemente en el progreso social. Por tanto parece que, comparado el siglo de Voltaire, de Diderot, de Montesquieu, de Kant, nuestro siglo ha retrocedido y se ha acercado a la barbarie con Napoleón, con los emperadores de Alemania y con los Soviets.

Después de este paréntesis, volvamos al culto de la existencia humana. Existimos porque todas las células, conscientes o no, de nuestro organismo, nos ordenan existir. Pero ¿por qué es preciso existir?

¿Por qué, en fin, esa miriada de animales que ya han vivido, nada más hacen que pasar y pasar rápidamente? Han sido sustituidos por otros individuos de la misma especie o de especies diferentes. ¿Por qué?

Desde hace cien millones de siglos hay erizos de mar que aún hoy son encontrados en gran número. No puedo comprender inmediatamente para qué fin, en el inmenso Cosmos, durante millones de siglos, miles de millones de erizos de mar se han venido sucediendo.

Una única explicación (¡antropocéntrica, quizá!) me parece aceptable: es que esas obscuras e ínfimas criaturas preparan el futuro del hombre, es decir, el de la inteligencia.

¿Por qué existes? preguntaré al erizo marino. Seguramente él no sabrá contestarme. Pero si él tuviese el don de la palabra y alguna noción de los efectos y de las causas, me diría:

“Existo porque a través de las gradaciones sucesivas soy tu antiguo ancestro. Yo no he cambiado desde hace cien millones de siglos, pero mis antiguos padres han tenido otros descendientes, los degenerados, que poco a poco se alejaron de las formas paternas. Por etapas sucesivas, han resultado en un ser humano igual que tú. Ha sido para llegar a lo que tú eres, por lo que han vivido todos esos ancestros. En cuanto a mí, es cierto que estoy fuera de moda, pero hay alguna veneración por los modestos e indispensables predecesores que te han permitido conocer algo sobre los misterios profundos que te rodean.”

Aceptamos esa declaración del erizo marino; él ha existido para que el hombre existiese. Pero ¿qué utilidad tiene la existencia del hombre?

Porque el hombre no es más que un animal. Su existencia es pasajera y su inteligencia (a la vista de los mundos desconocidos, gigantescos, que lo circundan) tan flaca, tan pequeña, tan fugaz, que no es realmente nada, absolutamente nada. Ella puede apenas alcanzar - ¡a costa de cuántos

esfuerzos! – los dieciséis kilómetros de la atmósfera que circunda esta habitación. En realidad el hombre es tan impotente como el erizo marino.

¡Evidentemente! Y, no obstante, algo nuevo ha pasado con el hombre, algo que no existe en el erizo de mar, un casi imperceptible y ridículo esbozo informe de luz, una luz que crecerá quizá, de suerte que ese esbozo es una esperanza sublime, una inteligencia superior.

No obstante, no nos iludamos. ¡Una luz! Sea, pero es bastante mezquina, esa luz incapaz de iluminar la gran distancia. Sin embargo, en el Cosmos inmenso y oscuro, esa débil luz ya representa algo.

Entonces, tímidamente (resueltamente por tanto), digo que es por esa débil luz por lo que tú existes, y por lo que ya tantos otros seres vivos han existido, a fin de preparar tu llegada. Y por esa débil luz es por lo que la Tierra, antes incandescente, se enfrió y se pobló de organismos que no solo tienen vida, sino esfuerzo para la vida.

Verdaderamente, si esa luz ha de permanecer como la miserable luz que es en el presente, entonces la elaboración ingeniosa, complicada, prolongada de la Naturaleza por hacerla lucir vacilante durante algunos instantes, sería desproporcionada ante la pobreza del resultado obtenido. Pero tenemos el derecho de suponer que la insignificante inteligencia de la humanidad no es más que un comienzo. Debemos esperar más, mucho más. ¿Quo non ascendamos?

Los seres vivos se han sucedido y han tomado formas cada vez más perfectas para que la inteligencia emergiese. Ciertamente el universo infinito conoce otras inteligencias aparte de la nuestra – más o menos semejantes a la nuestra – pero nada sabemos nosotros. ¿Existen? ¿Las habrá o no?

Quizá lo sepamos más tarde. ¿Quién lo podrá negar o afirmar?

Pero dejemos ese sueño. Es, pues, para perpetuar esa pequeña luz, (¡bien poco resplandeciente, por cierto!) que fueron dispuestos por el destino todos esos instintos protectores: el cuidado de la vida y el horror a la muerte, que regulan nuestros menores gestos y dirigen todos nuestros más secretos sentimientos. Cuanto más reflexiono sobre esos instintos más verdadera me parece esa hipótesis antigua que lisonjea la vanidad ingenua de todos los ciudadanos de nuestro pequeño mundo, que dicen haber sido el Universo hecho para nosotros. Todas las precauciones, las más sabias, fueron adoptadas para asegurar nuestra existencia.

¿Por cuánto tiempo? Lo ignoro y nadie me lo podrá esclarecer. Quizá dentro de algunos millones de años, un astro errante llegue a chocar contra el Sol, produciendo un calor tan intenso que la Tierra entera no sea más que un globo de fuego. Quizá, pese a las más severas y hábiles bacteriologías, un microbio maligno aparezca, contra el cual todas las terapéuticas sean inútiles; quizá el sacrosanto oxígeno que envuelve la Tierra desaparezca en el vacío del inmenso espacio, haciéndola quedarse como la luna, nuestro pálido satélite, sin atmósfera y sin aire vital.

A pesar de todo, nada nos dice que con la muerte termina todo, y hay alguna razón – como demostraré más tarde – para creer que nos movemos en un sueño y que, al despertar, tendremos magníficas sorpresas.

Entonces, tú existes porque eso ha sido decidido por la Fuerza suprema. Esto no es un gran descubrimiento, pero añadiré algo, una verdad sorprendente y simple.

Aquí, abro aún un paréntesis. Pues bien, ¡sí! Soy incorregible. Tengo predilección por las ideas simples, evidentes. Quiero que los individuos, hasta los menos cultos, lo comprendan todo con facilidad. Siento horror al estilo floreado, requintado y velado. La clareza de una frase – aunque sea banal – que explica una verdad, me encanta.

Y ahora sigo con mi demostración. Existes, pero no estás solo en el planeta. Otros hombres, hermanos tuyos, tienen el mismo derecho a la existencia y a la felicidad. Siendo así, han sido dotados de los mismos aparatos de defensa, de modo que toda la especie humana ha sido lanzada a la vida con todos los recursos de sus admirables instintos.

Así, pues, con la inteligencia aparece otro sentimiento más: la noción de la solidaridad humana. Esa solidaridad inter-humana destaca al hombre sobre el animal.

Pese a nuestras guerras absurdas, la civilización consiste principalmente en el socorro mutuo. El hombre es un animal, naturalmente, pero un animal político, como ya decía Aristóteles, y animal político significa animal social, que protege a los demás hombres y es protegido por ellos.

Existimos en el espacio y en el tiempo. En otro capítulo de este trabajo hablaremos del tiempo. Aquí solamente trataremos del espacio.

Ese espacio es muy limitado, porque jamás transpondremos los límites estrechos de nuestro mezquino planeta, pero podemos extender nuestra acción por toda su superficie, es decir, dar la mano, apoyo y socorro a todos los hombres, hermanos nuestros, que la pisan.

Ahora bien, no se trata solamente de respetar la vida de los otros hombres, deber negativo, sino además – lo cual es deber activo – de disminuir sus dolores y aumentarles la

dulzura de vivir. Las artes, las ciencias, tienen ese doble efecto. Tu divisa moral debía ser la del gran poeta antiguo:

Non sibi, sed toto genitum se credere mundo.

Un gato, una ardilla, una alondra, un caracol, no tienen ese cuidado con sus semejantes; ellos existen para sí mismos absolutamente como nosotros, pero no existen para suavizar la existencia de sus camaradas, puesto que no tienen camaradas. Nosotros sí los tenemos: camaradas, amigos, hermanos. Son los hombres, sean ellos de cualquier raza o color, que pueblan la Tierra.

Pues entonces, he aquí mi respuesta a la pregunta que se encuentra en el principio de este libro: ¿Por qué existes? Existes, primero para ti mismo, después para los demás.

Si no procuras ser útil, teniendo una elevación intelectual mayor que la de un gato, de una ardilla, de una alondra, de un caracol, tu elevación moral es inferior, porque ellos no tienen noción alguna de solidaridad, mientras que todo ser, que tenga pensar y figura humana, comprende que es menester cuidar de la felicidad de sus hermanos, no obstante su egoísmo brutal.

El egoísmo, si bien menor que nuestro amor, se extiende más. Hay un egoísmo familiar y un egoísmo nacional. Ahora bien, afirmo que, cuando son exclusivos, ambos deben ser combatidos, mayormente porque el egoísmo familiar, a veces tan sublime, y el egoísmo nacional, también muchas veces sublime, en nada contradicen el sentimiento del internacionalismo, más sublime todavía.

De buena gana he comparado el amor a uno mismo, el amor a la familia, el amor a la patria y el amor a la humanidad, con círculos concéntricos, que en lugar de romperse y contrariarse, se corroboran.

No es el azar lo que nos hace nacer; está todo muy bien dispuesto, fantásticamente bien dispuesto, para la protección de nuestra vida. La sed de vivir es una necesidad. Todo ser animal tiene instintos tan poderosos, tan abrumadores, que no los puede quebrantar. El hombre no constituye excepción. El erizo marino y la gaviota, como el elefante y el canguro, están obstinadamente aferrados a la vida. Tal como el erizo marino, como la gaviota, como el elefante, como el canguro, el hombre quiere vivir y ha sido creado para vivir.

Pero hay una diferencia esencial entre el animal y el hombre. El animal no se ocupa sino de su existencia, mientras que el hombre puede pensar en la de sus semejantes.

Bien, debemos ayudar a nuestros semejantes. Eso es un apostolado. La expresión es quizá un tanto pedante; con todo, tiene un sentido preciso. Un apostolado es un axioma que no se puede demostrar, aunque se pide al interlocutor que lo acepte debido a su evidencia primordial.

Para defender ese apostolado diré solamente que nuestras relaciones con los otros hombres no comportan más que las tres alternativas siguientes:

- 1 - O se debe hacerles el bien;
- 2 - O se debe hacerles el mal;
- 3 - O no se debe hacerles ni bien ni mal.

Hacerles el mal es idiotez. No hablemos de ello.

¡No hacerles ni bien ni mal! ¡Mantenerse neutral mientras ellos combaten contra la muerte! ¡Abandonarlos

cuando están en la miseria! ¡No tender la mano al desgraciado que se ahoga! ¡Negar un vaso de agua a quien se muere de sed! Es un absurdo execrable. Entonces es menester hacerles el bien.

Por consiguiente, existes para vivir, para auxiliar a la existencia de los demás.

E inmediatamente el horizonte se ensancha. Inmediatamente podemos concebir que haya, no un inmenso Cosmos implacablemente cerrado para nosotros, pero por lo menos, en la superficie de nuestro pequeño planeta, cualquier cosa prescrita, una intención, una dirección, una finalidad. ¡Ah! Ciertamente sé que las palabras voluntad e intención son dolorosamente antropomórficas. Pero tendré el coraje de decir que hay en la evolución, de la cual resultó el hombre, algo así como un plano, obstinada y lentamente ejecutado. La lenta progresión de la inteligencia, desde la mónada monocelular y el erizo marino, hasta Galileo, Newton y Pasteur, no puede, decididamente, ser un efecto del azar.

Y ahora hago otro resumen, pues cuando quiero convencer no me abstengo de repetir.

Sí, oh hermano mío humano, tú existes porque es necesario que existas; existes para continuar y, si es posible, para prolongar tu existencia. No constituyes excepción, pues todos los seres vivos poseen, al igual que tú, el mismo apego a la vida y los mismos instintos protectores. Sin embargo, socorriendo a los otros hombres, puedes elevarte por encima de la animalidad.

Y para eso te ha sido dada esa inteligencia que parece ser el gran objetivo de la vida terrestre.

LIBRO III

LA DEFENSA DE LA ESPECIE Y EL AMOR

Es, pues, necesario vivir: pero nuestra vida no tiene más que cortos instantes. La Naturaleza entonces nos ha dado instintos poderosos y eficaces para vivir y continuar la vida.

Ella no solo ha impuesto la vida, sino también la supervivencia.

Hay dos géneros de supervivencia: la de la persona y la de la especie.

¡La supervivencia de la persona! Problema aflictivo que el espiritismo y las religiones unánimemente han resuelto por una afirmación temeraria. Todas las religiones nos enseñan, con preceptos imperiosos, que la muerte no es la muerte de la conciencia. *Mors janua vitae*.

Todos los salvajes creen en la supervivencia de sus parientes, de sus enemigos, de sus amigos y de sí mismos. Los espíritas están convictos de que jamás ocurrirá el aniquilamiento del espíritu. Diseminados por todo el mundo, miles y miles de espíritas continúan, con tendencias casi científicas, esas demostraciones.

Ciertamente esas creencias, más o menos ciegas, más o menos probadas y razonables, son de tal manera universales, que no pueden ser tratadas con descuido.

Discutirlas, analizarlas, sería escribir diversos libros. No obstante las pruebas alegadas son aún muy hipotéticas, inverosímiles, ya se trate de religiones o de espiritismo, para ser definitivamente aceptadas.

¡No! Provisionalmente no quiero aventurarme en el dominio pérfido y encantador de la hipótesis. Hablaré como fisiólogo, no me iré a las nubes, y trataré solamente de la supervivencia de la especie.

He probado que la Naturaleza impone a todos los seres vivos el amor a la vida y el horror a la muerte. Ciertamente. Pero ella ha hecho mucho más aún, ha inspirado el deseo ardiente, inconsciente casi siempre, de la supervivencia mediante la descendencia.

En primer lugar en los animales.

Los apetitos amorosos tienen tanto poder que a veces aniquilan el culto, tan profundo no obstante, de la vida individual. Lucrecio describió en versos admirables esa intensa sed de amor que inspira **genus omne animantum**.

Por la posesión de una corza, dos ciervos luchan hasta la muerte. Entre ciertas arañas, el macho se lanza sobre la hembra con riesgo de ser devorado por ella, y cuando el acto sexual está consumado, cuando el macho ya no puede defenderse, la hembra, debidamente fecundada, se precipita sobre él y lo devora. Las más cariñosas gatas, cuando llega la hora de los amores, no pueden permanecer presas en casa, se vuelven furiosamente vagabundas y deambulan toda la noche para ofrecer sus alabanzas al primer gato que aparece.

Se puede comparar el frenesí de dos ardillas que disputan una presa para matar el hambre, al frenesí de dos ciervos que luchan por poseer una corza. En el primer caso es la lucha

por la vida del individuo y en el segundo la lucha por la vida de la especie.

La mariposa muere algunas horas después de haber puesto los huevos, pues su tarea está terminada. La vida de la especie está entonces asegurada.

Citaré los bellos versos de Virgilio, émulo de Lucrecio, en esta pintura de amor:

**Omne adeo genus in terris hominumque ferarumque
Et genus aequoreum, pecudes pictaeque volucres
In furias ignamque ruant.
Amor omnibus idem.**

Como por los apetitos amorosos, el amor de la madre por sus hijos se hace más fuerte que el amor por la vida de la especie.

En los mamíferos y en los pájaros ¡qué desvelos de la progenitura! ¡Qué cuidado con la descendencia! Ya no es el ardor de la procreación, es la ternura maternal. Nada más conmovedor que ver la vigilancia de la madre perdiz, la perra o la mona, por sus hijos.

El hombre es tan encarnizado en ardores amorosos, como los animales. La inteligencia, lejos de amortiguar ese instinto universal, lo refuerza, lo adorna, lo embellece, lo rodea de una aureola y frecuentemente también de fango.

Es lo que osadamente intentaremos demostrar.

Dejemos los amores de los salvajes; son realmente poco interesantes, pues ellos se portan como los más vulgares animales. Observemos de preferencia qué fue lo que los civilizados han hecho del amor. Es al mismo tiempo sublime y lamentable.

Antes de que el hombre sea verdaderamente civilizado, es un crío, un adolescente, en el cual entonces los sentimientos naturales instintivos han guardado intacta toda su fuerza.

¡Pues bien! Mirad cómo, ya bajo el punto de vista del amor, se portan los críos, las niñas principalmente, más precoces que los niños.

Desde la edad de doce o trece años, cuando los senos empiezan a despuntar, ellas ya tienen pequeñas vanidades femeninas. Inocentes o no, procuran agradar a los jóvenes. Ya tienen gusto por el arreglo personal. Lentamente se visten, mirando sus cuerpos desnudos con una curiosidad conmovida, complaciéndose con las joyas que les permiten usar, apreciando las ropas elegantes y los zapatos nuevos. Quieren medias cortas de seda mientras esperan a crecer, para llevarlas largas como sus madres. Prefieren los tejidos multicolores y llamativos. Llevarían los labios pintados si se lo permitiesen. En los libros que les son apropiados, ellas leen y releen los episodios amorosos. Virginia a la edad de trece años, como Julieta a la misma edad, ya está inclinada al amor. Las niñas, incluso las más honestas, no osan confesarlo, pero una mirada, un apretón de manos, un leve contacto, las emociona.

En las pequeñas campesinas, como en las pequeñas burguesas, como en las pequeñas de la ciudad, ya hay, pese a su inocencia, una vaga inclinación hacia el amor. Leen a escape fragmentos de periódicos y esa lectura les revela mucho. Dan preferencia a los dramas pasionales, a los celos feroces, a la impudicia de las ricas aventureras, hartándose de esos alimentos que excitan su sensualidad innata.

Así, pues, a los dieciocho años, ya sea en Europa, en Asia o en América, en las más humildes poblaciones como en las más lujosas capitales, las jóvenes nada más tienen para aprender sobre el amor. Y solo piensan en el amor.

Para los niños es todavía peor; en los liceos, en los colegios, e incluso en las escuelas primarias, en los campos o en la ciudad, ellos hablan de las mujeres. La inquietud sexual aparece algo más tarde en los niños que en las niñas, pero desde la edad de quince o dieciséis años, en esa carrera hacia el amor los muchachos ya han alcanzado a las niñas.

¿Cuántos encontraremos entre los jóvenes reclutas de veintiún años, que sean vírgenes? Sería una estadística fácil de hacer. ¿Cuántos incluso entre los bachilleres? ¿Cuántos entre los alumnos de nuestras grandes academias?

Que me comprendan bien. No juzgo ni condeno, tan solo constato.

Y explico.

Porque un instinto soberano se impone a todos los efebos, ellos siguen la ley natural antes que la que está en los códigos, pues no pueden hacer de otra manera. La Naturaleza es una poderosísima divinidad para que un pobre ser pequeño y débil pueda rebelarse contra ella. Miles y miles de ancestros no le permiten portarse diversamente de ellos.

Bien entendido, hay innumerables excepciones. Hay en este momento en la superficie terrestre casi doscientos millones de muchachos y muchachas entre 15 y 25 años. ¿Es posible adoptar la misma rúbrica para esos cien millones de criaturas humanas? Cada una de ellas tiene su personalidad característica. En un montón de gravilla no hay dos pequeños cascajos idénticos. ¿Cómo podrían serlos dos seres

humanos? Ninguna identidad y no obstante, grandes semejanzas.

Desde hace siglos y siglos los sentimientos permanecen casi los mismos. Para el total de la juventud humana, en todo país, domina una tendencia invencible, irresistible, hacia las cosas del amor. Más tarde, bastante más tarde, esos jóvenes, convirtiéndose en personajes circunspectos, tendrán otras ambiciones. Tal vez incluso condenen los ardores sexuales que les perturbaron la juventud, pero siempre se conservarán, incluso en edad avanzada, fuertemente ligados a las cosas amorosas.

Un psicólogo alemán de mucho renombre – quizá un poco más de la cuenta – Freud, se atrevió a decir que el placer sexual es la base, no solo de nuestros pensamientos, como de todos nuestros actos. “Investigad bien, dice él, y descubriréis en todo ser la turbación del amor”. Este es el parecer de un admirable personaje, otro filósofo alemán, Schopenhauer, ciertamente más extraordinario que Freud, denominando al amor como ‘el demonio de la especie’.

A la edad de quince años, a veces un poco antes o un poco más tarde, el demonio de la especie se incrusta en todo ser humano. Jamás lo abandonará.

Y ese furor sexual y ese apetito de amor constituyen una muy grande parte de nuestra inteligencia; mirad lo que sucede cuando en un niño las glándulas genitales han sido destruidas, como hacían otrora para tener eunucos capaces de, como tenores, alcanzar notas altísimas o para ser guardianes de harén, forzosamente irrepreensibles. Por esa mutilación han sido creados seres viles, hipócritas, mentirosos, sonsos y principalmente poltrones.

Podemos formar justa idea de las modificaciones que la castración causa en la inteligencia observando cómo se vuelven, después de una castración durante la infancia, los corderos, los becerros, los potros. Un buey es diferente de un toro, como un carnero castrado de un carnero, como un capón de un gallo.

En cuanto a la castración femenina (practicada raramente), no parece tener efectos fisiológicos o psicológicos acentuados, por lo menos en la especie humana. Pero en los animales los fisiólogos han estudiado metódicamente sus efectos. Si yo escribiese un tratado de fisiología, daría algunos detalles sobre esas bellas experiencias, hechas especialmente con gallinas. Al quitarles los ovarios e inyectarles extractos testiculares de gallo, ellas toman exteriormente la perfecta apariencia de gallo; les nacen la cresta y las espuelas. Su plumaje se modifica. Llamam a las gallinas y hacen algunas tentativas (evidentemente infructíferas) para asaltarlas a la manera de los verdaderos gallos.

Inversamente, si retiramos los testículos a los gallos, éstos pierden las espuelas, la cresta y, si se les inyectan productos ováricos, se portan como las gallinas y son capaces de incubar huevos.

Así, la genitalidad, si me permiten emplear ese neologismo, forma parte de la inteligencia; las glándulas genitales vierten en la sangre productos que dan a la mentalidad, ya del hombre ya de la mujer, su constitución normal.

Sin el apetito sexual el hombre y la mujer son seres psicológicamente incompletos e inferiores.

Bien entendido, la castración solo tiene esos efectos cuando practicada antes de la pubertad. Pero no puedo ser prolijo sobre esta bella cuestión de biología general. He querido solamente demostrar, mediante esta exposición sumaria, que la Naturaleza ha dotado a todos los seres vivos de un sentimiento sexual tan fuerte que éste domina invenciblemente toda su idealización.

La civilización no hace más que reforzar ese sentimiento en lugar de amortiguarlo. De la misma forma ha fortalecido el amor a la vida, en lugar de disminuirlo.

No hay más que observar, incluso superficialmente, las condiciones de nuestra vida social para cerciorarse de esa influencia soberana.

Hace poco expuse qué papel preponderante representa el comercio de la alimentación; panaderías, confiterías, pastelerías, salchicherías, ultramarinos, negocios de vino, lecherías, restaurantes, casas de frutas. Helos aquí para la vida del individuo. Para la vida de la especie el comercio casi es nada, porque la vida de la especie es la excitación del amor.

Las mujeres, incluso las más honestas, hacen todo por volverse deseadas. Su gran preocupación es antes sexual, después, más tarde, cuando tienen hijos, maternal. Los joyeros, los peluqueros, los perfumistas, los costureros, los floristas, los peleteros, los zapateros, los fabricantes de guantes, representan los primeros papeles en la existencia de las jóvenes señoras civilizadas; hablo, bien entendido, de las que no tienen que soportar trabajos pesados para ganar el pan cotidiano.

Cuánto más progresa la civilización, tanto más prospera el lujo del tocador. Casi podría compararse la intensidad de

la cultura a la proporción de los joyeros, porque en todos los tiempos y en todos los países, las joyas han sido una de las dominantes de la especie humana. Incluso en los tiempos remotos, cuando los primitivos de la especie humana, vestidos de pieles de animales, habitaban las cavernas, las mujeres se ponían en los muslos, en los brazos, en el vientre y en los senos, ornamentos sencillos, como piedras o conchas. Ellas se adornaban con diversos artificios (que han sido encontrados). Parece que así se hacían más atractivos. ¡Tiempo feliz! Pues no se trataba de diamantes ni de esmeraldas.

Diversamente dicho, el ardor que emplean todas las mujeres – las puras y las libertinas – para adornarse, hace lo que ellas desean, conscientemente o no, despertar el amor. Joyas, plumas, flores, perfumes, pinturas, vestuarios a la última moda, tales son sus armas, y se han creado innumerables periódicos para desarrollar el reclamo y proporcionar modelos que se renuevan cada día.

No digo nada que parezca censura, la vida social está guiada por el instinto sexual, irresistible y universal.

*

Nada lo demuestra mejor que el culto a la danza.

Entre todos los pueblos la danza es muy acatada. Entre los salvajes, hay las danzas religiosas, las danzas guerreras y las danzas eróticas también. Pero solo permanecen las danzas eróticas.

Las llamo eróticas. Realmente el placer de la danza es casi un placer sexual. Honesto y discreto, de acuerdo, pero no obstante algunas veces erótico.

Ciertamente. Como en realidad explicaremos: tan pronto como se reúnen algunos jóvenes, ya en el campo, ya en la ciudad, en Europa o en las Américas, inmediatamente se apresuran a organizar danzas.

Lo que demuestra, inexorablemente, que la danza es un placer sexual, es el no ocurrírsele a ninguno de esos jóvenes la idea de danzar solo o de sacar a bailar a una persona de su propio sexo.

Las muchachas y las señoras se adornan cuidadosamente para el baile, y si les gustan tanto los bailes es porque encuentran algún placer en ser ceñidas por la cintura por un bailarín; y al apoyar su cabeza sobre un hombro masculino él, el danzarín, sin duda se agrada de sentir el estremecimiento, el respirar perfumado y el cuerpo joven y flexible que se le abandona.

Ya no recuerdo qué escritor chino, hablando de las sociedades europeas, cuenta que muchas veces ha sido invitado a saraos danzantes y grandes bailes, pero que nunca se ha quedado hasta el final, porque ciertamente, comenta él, el final debe haber sido una orgía. No se comprendería de otra manera toda esa exhibición de mujeres semidesnudas, con gestos audaces y ojos chispeantes. “No podría ser, dice él, sino el preludio de escenas indignantes a que nunca he asistido, pero que deduzco”.

Tan pronto como hay una fiesta pública, inmediatamente el populacho organiza danzas por las calles. En los transatlánticos de lujo que atraviesan el océano, todas las noches, pese al balanceo, hay danzas.

Imperiosamente el demonio de la especie allí está.

¿A qué edad pierde su diabólico poder?

Es difícil responder. Preguntaron a uno de mis amigos, de edad bastante avanzada: “¿Cuándo dejarás de mirar a las jóvenes y bellas mujeres con esos ojos de chivo viejo?” “El año próximo”. Era lo mismo que había respondido el año precedente. Y seguramente responderá, sin duda, de la misma forma, mientras tenga ojos para mirar.

Las mujeres son, salvo excepciones, más razonables. A partir de los cincuenta años, aproximadamente, deponen las armas. Pero cuando tienen hijos, el amor maternal sucede al amor conyugal. Por tanto, aún es lo que ordena la vida de la especie.

En fin, la Naturaleza es siempre la sabia soberana. A partir de los cincuenta años la mujer ya no es capaz de tener hijos y su psicología se adapta a su fisiología.

Es menester conformarse. Nada podemos contra la fatal evolución de nuestros órganos. La voluntad no los transforma. Obedece.

Si fuese necesario poner otros ejemplos, más brillantes quizá, de esa empresa universal del apetito sexual, yo los encontraría en las artes.

No ciertamente en la arquitectura. Jamás ese arte magnífico tuvo cualquier relación con los sentimientos amorosos. Tampoco la música. Aunque a veces, principalmente cuando se asocia a un drama, despierte vagas emociones amorosas.

La danza a veces está considerada como un arte, pero evidentemente no es más que un arte exclusivamente erótico.

Lo repito, no se trata de una censura, sino de una constatación. Los espectadores que en el teatro abren bien los ojos y limpian los cristales de sus prismáticos para mejor distinguir las formas encantadoras y los gestos deliciosos de

una bella mujer (antes desvestida que desnuda), no deben dejarse engañar sobre los sentimientos que ese espectáculo les inspira. Es “ewig weibliche”, el eterno femenino lo que les despierta ese placer, al que llaman estético, pero que es simplemente erótico.

Ahora abordemos la escultura.

Si bien ya existiesen en el viejo Egipto estatuas de rara belleza, volvamos a la verdadera escultura griega que alcanzó en ese arte espléndido una perfección que será, sin duda, imposible para los modernos suplantar o igualar. ¡Pues bien! La escultura griega es la apoteosis de la belleza física. Una leyenda nos cuenta que el estatuario Pígmalión creó en mármol una Galatea tan bella, tan bella, que de ella se enamoró locamente. Implora entonces a Júpiter que anime ese mármol, transformándolo en una mujer palpitante. Y nosotros, sin enloquecer como Pígmalión, sentimos una alegría profunda y cierta especie de éxtasis cuando admiramos las Afrodita, las Juno, las Diana, las Palas, las Flora, que la antigüedad nos legó. La belleza del cuerpo femenino nos perturba amorosamente.

Si en lugar de una mujer de nuestra raza, Pígmalión, Fidias, Praxíteles, nos hubiesen presentado una negra o una hotentote, no tendríamos para sus formas horrendas los mismos ojos que para la Diana de Gabies y la Venus de Milo.

Si el estatuario esculpiese un carnero, un jabalí, un cedro o un barco, contemplaríamos esas obras, por más bellas que fuesen – y a veces son bellísimas – con menos atención.

Quizá se pueda objetar que las esculturas no nos dan solamente cuerpos femeninos para admirar. Espero no ser acusado de tener pésimo gusto, al confesar que es con

admiración como contemplo el Apolo de Belvedere y el Gladiador agonizante. Pero en verdad, ya se trate de Afrodita o de Apolo, es siempre el culto a la belleza física. Quizá yo prefiera ciertamente la Venus de Milo al Apolo de Belvedere. Sería curioso saber, con toda sinceridad, cuál es la preferencia de una mujer por una de esas obras-primas.

En todo caso, podrían juzgarme estúpido, pensando que considero la escultura como un arte exclusivamente erótico. Solo la danza puede ser considerada un arte erótico (y aún así, no siempre). Pero una bella escultura nos transporta a un mundo ideal bien distante del agujón de la carne, como dicen los Padres de la Iglesia. Mi escultura predilecta es el Moisés de Miguel Ángel, en la cual ninguna sensualidad aparece. Admiro con toda admiración la Victoria de Samotracia y la Marsellesa de Rude. Estas tres obras sublimes están lejos de provocar la menor excitación sexual.

Por tanto, la escultura no es un arte sensual; sin embargo, podemos notar la predilección de todos los escultores por exhibir cuerpos de mujeres desnudas.

La pintura comporta mayor variedad que la escultura: paisajes, escenas históricas, retratos, naturalezas muertas, cuadros de estilo. Pese a tal variedad, hay siempre un número considerable de mujeres desnudas. No es solamente el gran pintor (salvo algunos paisajistas), el que ensaya exhibir a la mujer bajo su más seductora forma, es decir, sin velos. Los autores de la Sagrada Familia: Durero, Rafael, Ticiano, Corregio, Rubens, después de pintar vírgenes muy castas, bellas y aburridas, hicieron (afortunadamente) numerosas incursiones por el paganismo. Sus Evas o sus Diosas son más interesantes que sus vírgenes.

Para los pintores, al igual que para los escultores, el culto del cuerpo femenino es sagrado. ¿No es el culto del amor?

Si descendemos a un arte bastante inferior veremos, en profusión, en todos los periódicos ilustrados, fotografías de mujer. Frecuentemente se encuentran desnudas o poco vestidas, y los periodistas tienen la seguridad de que así favorecen el aprecio del público. Las actrices de cine, las estrellas, las 'girls' de café-concierto, por servirnos de la odiosa jerga moderna, son exhibidas en todas las páginas de los grandes periódicos de todos los países. La preocupación constante de la ilustración moderna es mostrar lindos cuerpos o bonitas caras femeninas.

Pero es principalmente en la literatura donde aparece con toda su fuerza el poder de la atracción sexual. Ahí el demonio de la especie se entrega con toda alegría.

Los poemas más antiguos – y los más bellos quizá – la *Iliada* y la *Odisea*, abundan en batallas, pero también en aventuras amorosas. La guerra de Troya, que cuenta la *Iliada*, tiene una mujer por objeto. Helena es tan admirable que los ancianos de Troya, cuando ella pasaba, se olvidaban de las desgracias que esa mujer fatal había desencadenado sobre su ciudad.

Ciertamente, decían ellos, comprendemos que por una belleza tan triunfal hayan guerreado los pueblos. Al comienzo de la *Iliada*, Aquiles es acometido de una cólera furiosa contra el Rey de los Reyes, porque éste, abusando de su autoridad, le había robado a Briseis, la bella esclava. Incluso Homero presta a los Dioses sentimientos amorosos tan ardientes como los de los hombres. Juno, la diosa de los niveos brazos, deseando caer en gracia a Júpiter, su real esposo, se vuelve tan seductora mediante los artificios

proporcionados por Afrodita, que Júpiter, pese a las innumerables infidelidades conyugales que cometía con los simples mortales, tiene que satisfacer inmediatamente su amor ardiente por la astuta Juno.

Así, pues, no solo en los campos de Troya, sino también en las alturas del Olimpo, es el amor lo que gobierna todos los cuerpos humanos, todas las almas humanas. El amor todo lo puede, es más poderoso que Júpiter y más fuerte que Hércules. Júpiter, a pesar de sus truenos y sus rayos, y Hércules, a pesar de su cachiporra y sus músculos, servilmente le obedecen.

En la Odisea, el gran maestro aún es el amor. Ulises, en medio de las tempestades y de los peligros, piensa en Penélope y Penélope no sueña sino con Ulises. No obstante, la ternura de Ulises por su fiel esposa no le impide amar (durante muchos años) a la bella Calipso y a la no menos bella Circe.

Quizá tampoco haya sido insensible a los encantos de la deliciosa Nausica. No obstante, al llegar a casa, después de haber traspasado a los pretendientes con sus flechas, nada más desea (al igual que Penélope) que arrojarle con ella sobre el viejo lecho conyugal.

En la Eneida el amor tiene un papel preponderante. No hablemos del insoportable Eneas, uno de los más desagradables personajes que haya exaltado un poeta, sino de la deliciosa Dido. Solo haré una censura a Dido, que es la de haberse enamorado de un personaje tan antipático como el héroe de la Eneida. Sin embargo, tiene ella una disculpa, pues el pequeño Dios del Amor tomó el lugar de Ascanio, el hijo de Eneas, para inflamar los sentidos de la bella cartaginesa.

Entre los autores griegos y principalmente latinos, en toda obra de imaginación, el amor ocupa el primer lugar. Las Metamorfosis y El Arte de Amar, de Ovidio, las poesías de Tibulo, de Marcial, de Horacio, incluso de Juvenal, muestran hasta qué punto entre los romanos, más aún que entre los griegos, llegó el apetito sexual.

Entre los modernos, el teatro o el romance, es siempre y en todas partes la apoteosis del Amor.

El Amor lo domina todo hasta tal punto que parece ser el único tema interesante. Las literaturas sobre cocina, panadería y confitería son bastante pobres, pese a que la alimentación sea la más urgente de las necesidades; pero la literatura sobre el Amor es completa. Atalía es una excepción magnífica.

El Cid, la obra prima de Corneille, es una espléndida epopeya amorosa. Jimena es adorable y todos la admiramos como Rodrigo. La obra-prima de Racine es Fedra. Fedra y Jimena, ¡qué criaturas amorosas! Por cierto, todas las piezas teatrales de Racine nada más son que conflictos amorosos. Andrómaca, Berenice, Roxana, son tan seductoras como Jimena y Fedra. En cuanto a los hombres, también son apasionados, pero mucho menos interesantes.

Un poco antes de Racine tuvimos a Shakespeare y Cervantes, esos dos colosos de toda la literatura.

El romance de Don Quijote (que contiene tantas aventuras) es principalmente un romance de amor. Si el caballero de la Mancha prosigue infatigablemente sus cómicas y gloriosas aventuras, no es solo por combatir a los malandrines y socorrer a los oprimidos, sino para merecer, por sus proezas, la suprema recompensa: el amor de la inverosímil Dulcinea.

En cuanto a Shakespeare, sus más admirables dramas son dramas de amor. Ofelia se enamora locamente del incomprendible Hamlet. Julieta, a pesar de sus trece años, ya es una enamorada ardiente. En cuanto a Desdémona, enamorándose de un negro deforme, debemos suponer que ella, al dejar que un negro le profanase la belleza, tenía instintos bien perversos. Cleopatra, a pesar de sus vicios, encuentra palabras abrasadoras para expresar su amor ardiente al triste Antonio.

Hablemos de La Fontaine, nuestro incomparable La Fontaine. Ningún poeta ha cantado al amor con tanto encanto y convicción. Ciertamente es el amor sin grandes frases, el amor sin epíteto, el amor para las grandes damas como para las “Jeannetons”. Este poeta no era un romancista, sino un alegre libertino. Sin embargo (adaptaba una tan deliciosa poesía a su libertinaje) debemos admirarlo y perdonarlo, pues su sensualidad, por cierto, real, es frecuentemente más verbal que verídica.

Los religiosos, incluso los más virtuosos, como el admirable Fénelon, imaginaron frases ardientes y llenas de indulgencia para el amor; la ninfa Eucaria nada tiene de casta y quizá en las expansiones místicas del obispo de Cambray con la Señora Guyon, existiese otra cosa además del amor.

En el siglo XVIII fue también un religioso quien compuso la más ardiente historia de amor hasta hoy escrita. Manon es una cortesana fascinadora.

Esa atracción sexual, que un abate contó con tanto realce, los más severos magistrados también la sintieron, cuando menos en la juventud. El autor de El Espíritu de las Leyes escribió las Cartas Persas y El Templo del Guía.

En cuanto al poder del amor en un corazón de mujer, basta leer las cartas enternecedoras de las Srtas. De Lespinasse y Aïssé, para ver lo que puede pensar, decir y escribir una mujer locamente enamorada.

Creo bien que Voltaire poco sabía del amor (2). En cuanto a Diderot y principalmente J. J. Rousseau, éstos aún lo comprendían menos.

En las piezas de Molière, el amor es casi siempre el gran motivo dramático. Pero Molière parece maldecirlo (y adorarlo al mismo tiempo) y así hizo él, no solo en sus piezas teatrales como en su vida desolada.

Sus mujeres jamás se han mostrado ardientes. Lejos de eso. Elvira, Elmira, Celimena, Mariana, Angélica, Agnes, Enriqueta, Carlota, son criaturas cínicamente frías o pérfidas. Los hombres de Molière son ciertamente enamorados sinceros, pero el amor casi siempre los vuelve ridículos, como Tartufo, Arnulfo, Georges Dandin. En suma: Molière habla mucho de amor, pero lo detesta cordialmente.

Una de las más deslumbrantes obras-primas del teatro es Le Mariage de Figaro. Aquí el amor triunfa bajo todas las formas entre los personajes; domina a Querubín, que no es más que un crío que se enamora de todas las mujeres. Domina a la deliciosa Rosina, hecha condesa, ya pronta a ser infiel. El conde Almavia no piensa sino en seducir a Susana, y la encantadora Susana, con una secreta perversidad, solo piensa en el amor. Todos los personajes de esta maravillosa comedia no son más que marionetas movidas por Eros.

En el siglo XIX, más aún, si posible, que en la literatura, el amor domina siempre; lo que no es aventura amorosa es accesorio, sea en teatro, romance o poesía. Serían necesarios

innumerables volúmenes para entrar en esos detalles. Tomaremos solamente algunos ejemplos chocantes.

Goethe escribió innumerables obras, pero en cada una de ellas el amor ocupa siempre el primer lugar. Su obra-prima, su creación principal es la ópera Fausto. ¿Qué es? Nada más que el desarrollo dramático y punzante de esta idea simple entre todas – la que, por cierto, comento en este capítulo – de que el amor sexual es la gran palanca de todos los sentimientos. A su lado todo palidece, tanto para el hombre como para la mujer. Fausto, que extendió sus conocimientos hasta el último límite, que es matemático, astrónomo, médico, alquimista e incluso hechicero, reconoce que ni la medicina, ni la magia cuentan que es menester vivir para amar. Y por su parte, la dulce Margarita, desde que ha visto a Fausto, lo adora perdidamente y se entrega. Mefistófeles, los perfumes mágicos, las joyas espléndidas, son inútiles. Solo el instinto basta, y su voz es tan fuerte que enmudece a todas las demás, la de la religión, la del pudor, la del amor filial. El verdadero demonio de que habla, no es un caballero de pezuñas hendidas y penacho colorado, es el demonio de la especie que ha dominado completamente a esa pequeña mortal para perderla.

Alfred de Musset, al igual que Racine, La Fontaine, Goethe, es el cantor del amor. Víctor Hugo también, en Doña Sol, la reina de España, en Esmeralda, en Cosette, celebró el amor. Y Lamartine en Elvira.

Por cierto, Alfred de Musset, Goethe, Lamartine, Víctor Hugo, Petrarca, Byron, Chateaubriand, d'Annunzio, tuvieron todos una vida terriblemente agitada. Para cada uno de esos maravillosos poetas, el amor no fue solamente el inspirador de su vida, sino también de su genio.

Las grandes obras literarias del siglo, la Dama de las Camelias, Madame Bovary, Thais, Cirano de Bergerac, Las Flores del Mal, son siempre una serie de epopeyas amorosas.

Así, pues, por todas partes y siempre, la literatura no es más que la deificación del amor. Si los poetas y los romancistas lo cantan sin cansarse es, en primer lugar porque se inspiran en sus propios sentimientos y en segundo, porque el público (para el cual principalmente escriben) prefiere las historias de amor a todas las demás.

Apoyando mi idea, citaré una leyenda árabe característica.

Un día, un sultán, apasionado de las cosas del espíritu, ordenó a su gran visir que le mandase a buscar los libros más preciosos, escritos sobre la sabiduría humana. Al final de un año, llegaron al palacio unos treinta camellos cargados de manuscritos, de papiros, de pergaminos. “Esto es demasiado, dijo el sultán, yo nunca podré descifrar todos esos enigmas. Me basta con mucho menos”.

Al año siguiente, solo un camello llegó, trayendo una centena de libros preciosos, venidos de todo el mundo árabe, desde Cordue a Bagdad, desde Fez a El Cairo, desde Basora a Estambul. “Todavía es demasiado, dijo el sultán, yo solo quiero un libro, un único libro”.

Al año siguiente, el día fijado, el gran visir llegó, trayendo solamente un libro, suntuosamente encuadernado y religiosamente lo entrega. Conmovido, muy conmovido, el sultán lo abre. En ese libro precioso, solo una página estaba escrita y en ella una única línea:

LA MUJER, EL AMOR

No solamente la historia de los artistas y de los literatos nos muestra el papel preponderante representado por el amor en todas sus exigencias. Salvo algunas excepciones (Pascal, Newton, Pasteur, fueron castos) los hombres políticos y los sabios, de aquellos cuya historia se conoce, tuvieron una vida amorosa llena y accidentada. César, Luis XIV, Enrique IV, Enrique VIII, que en cierta época dirigieron los destinos del mundo, fueron muchas veces esclavos del amor. Es extraño observar hasta qué punto la suerte de las naciones, conducidas por los tiranos y por los reyes, depende de las fantasías sexuales de los aludidos tiranos, reyes y emperadores. “Si la nariz de Cleopatra hubiese sido más corta, dice nuestro gran Pascal, la faz del mundo se hubiese visto modificada”.

Los hombres políticos de nuestros días, que no son ni emperadores ni reyes, también son frecuentemente influenciados por las mujeres. Es siempre Eros quien domina; como en los tiempos de Júpiter, de Hércules, del general Boulanger, de Pompadour y de Nelson.

No hay razones para indignarse ni lamentarlo. Ya que la Naturaleza así lo ha querido; al mismo tiempo que el amor por la vida ella nos ha impuesto, con una autoridad ante la cual ni la sabiduría ni la voluntad pueden triunfar, el amor sexual.

¿Qué es, pues, el amor sexual, sino la gran ley de la Naturaleza que no quiere ver destruida la vida de la especie, destruida por la aniquilación de la vida individual? Dar al individuo el horror a la muerte no es nada, o menos, es preservar la función vital durante algún tiempo, pero bien pronto la muerte haría al individuo volver a la nada. Entonces, la Fuerza que ha creado toda la materia (los

microbios, las estrellas y los átomos) ha encontrado un medio ingenioso de perpetuar las vidas frágiles de los individuos. Es, ya que el individuo en breve desaparecerá, porque la vida es pasajera – implantando en ellos el deseo de una descendencia y de un amor sexual que dirige tiránicamente toda su ideación y, por consecuencia, todos sus actos.

Si estableciésemos una escala de nuestras necesidades tendríamos el tríptico siguiente: en primer lugar el oxígeno, después el alimento y después la reproducción, es decir, la unión de los sexos.

Del oxígeno no podemos prescindir. Dos minutos sin oxígeno es lo máximo que soportamos. Sin oxígeno ya no hay seres vivos. Pero hay tales provisiones de oxígeno en la vasta capa atmosférica que envuelve nuestro planeta, que no debemos temer – por lo menos, aún durante algunos millones de años – que nos llegue a faltar.

La necesidad de alimento no es tan inmediata como la de oxígeno – dos semanas en lugar de dos minutos. Pero el carbono y el nitrógeno no están a nuestra disposición como el oxígeno. Y es preciso sufrir, a veces mucho, para conquistarlo. A fin de no morir, los seres vivos han de absorber casi todos los días el carbono y el nitrógeno en cantidades suficientes. Los carnívoros son obligados a cazar para conseguir su presa; los herbívoros, a correr para obtener pastizales. El hombre, que es al mismo tiempo carnívoro y herbívoro, para nutrirse ha de trabajar, promover el cultivo de plantas y mantener el ganado, pues la caza no bastaría para su sustento. Es preciso cavar, labrar y sembrar para obtener el trigo, el arroz, la avena, el maíz y las frutas.

La necesidad de alimentos no es menor que la necesidad de oxígeno, pero no con exigencia tan inmediata. Se puede esperar por el carbono y por el nitrógeno necesario. Pero no se puede esperar por el oxígeno.

De hecho, la organización social no necesita preocuparse por el oxígeno, pero sí por el alimento. El alimento es la gran preocupación. Hay labradores, carniceros, panaderos y los intercambios se llevan a cabo gracias al dinero – espiritualmente llamado “el denominador común”.

La civilización emplea los mayores esfuerzos para asegurar la vida de cada individuo, para disminuir las probabilidades de muerte, para curarlo cuando está enfermo, para evitarle, mediante una sabia higiene, muchas dolencias, suavizarle el dolor si sufre, preservarlo de los calores tórridos o de los fríos terribles, abrigarlo contra los vientos, la lluvia, la nieve, concederle el trabajo con el menor esfuerzo, porque el esfuerzo es siempre un poco doloroso.

Nuestra vida social no es más que el sabio desarrollo de innumerables procesos de defensa contra la muerte y el dolor.

Por tanto, la Naturaleza y la sociedad se han coligado para asegurar y perpetuar la vida de los individuos. Los hechos son evidentes. Pues solo existe sociedad para la raza humana (3).

Esa organización social era necesaria porque el hombre está menos defendido que el animal. Sus órganos son más educados, su piel mal lo protege contra las heridas y el frío. La fuerza de sus brazos y la velocidad de su carrera son mediocres. Y solamente gracias a su inteligencia puede enfrentarse a leones, lobos, serpientes y parásitos.

Hoy el hombre se ha multiplicado profusamente. Se ha asociado a otros hombres, lo cual aumenta enormemente su fuerza, y cubre toda la tierra, desde el tórrido Sahara hasta la Siberia glacial. No hay región alguna de nuestro pequeño planeta que no esté habitada por él. Todo el reino animal a él se somete y empieza de veras a ser (cuando menos parcialmente) el señor de la materia.

Es, pues, para que reines verdaderamente, oh hombre, para lo que existes. Es absurdo suponer que ha sido el azar lo que ha hecho de ti el Rey del planeta terrestre. Rey, porque puedes conquistar los espacios con una celeridad mayor que la de los pájaros, el más rápido. Rey, porque puedes modificar la forma de los continentes excavando montañas, uniendo mares, atravesando istmos. Rey, porque tienes un lenguaje que te permite transmitir tus ideas a tus hermanos. Rey, en fin, porque comprendes algunas cosas – muy pocas todavía – de las fuerzas que en torbellino se agitan a tu alrededor. Ahora bien, si a pesar de la impotencia de tu mísero cuerpo y de tu inteligencia también mezquina, has podido llegar a esa apariencia de realeza, es porque una pequeña luz intelectual intensificaba los instintos que la Naturaleza te había impuesto al ordenar que vivieses.

¡Y cómo! Vivir, está bien, pero es poco. La vida no es más que un pasaje rápido. Entonces, para que el hombre no desaparezca, la Fuerza ha descubierto un medio prodigiosamente eficaz: desconfiando de la inteligencia, ella ha fijado en el alma de todos los hombres y de todas las mujeres el deseo y el placer, sentimientos amorosos, ardientes, irresistibles, preludiando así la supervivencia de la especie.

Que no se admiren si hablo de la Voluntad de la Naturaleza; el término voluntad es terriblemente humano. Pero permaneceré en el dominio del escepticismo científico (que me conviene) diciendo:

“Todo sucede como por orden de la Naturaleza”

Sin embargo, no existes solamente por existir, aunque sea para reproducir seres semejantes a ti.

Además de esto, esa voluntad de la Naturaleza es tan poderosa y tan ingeniosa que no puedes escapar a esa orden imperativa.

Así como la civilización (es decir, la inteligencia) reforzó nuestra resistencia contra la muerte, de la misma forma reforzó poderosamente el instinto sexual.

Desgraciadamente el hombre no es prudente; olvida, o simula olvidar, que la perpetuación de la especie es la razón de ser, la causa formal de sus impulsos amorosos. Aquellos dos jóvenes que allí están, tomados de la mano, mirándose amorosamente, temblorosos de placer por estar abrazados, no piensan en absoluto en la gran ley natural. Y, en cambio, esos arrebatamientos, esos ardores, esos estremecimientos,

**Ya es la humanidad futura
Que en sus senos palpita**

Pero ¡ay de mí! La literatura (toda ella) es cómplice. ¿Será que George Sand y Alfred de Musset (él y ella, ella y él) se preocupaban con las criaturas que podrían nacer? Paris raptó a Elena; Fedra se enamoró de Hipólito; Berenice lloró

sobre el cuerpo de Tito; Querubín se enamoró de Rosina. Pero ni unos ni otros pensaron en procrear una criatura. Fausto sedujo a Margarita, pero cuando la criatura nació, ella la mató. Ruy Blas jamás pensó en hacer madre a María de Neubourg, reina de España.

La Fuerza que gobierna los mundos ha implantado en nosotros sentimientos amorosos invasores, pero no ha sido en absoluto para darnos posibilidad de una rápida voluptuosidad, de un pasatiempo romántico, de un divertimento agradable, de una distracción deliciosa. Ella tiene otros intereses que los desfallecimientos de dos amantes. Sus designios están muy por encima de nuestras sonrisas o nuestros suspiros. Creo firmemente que hay un fin y creo que ese fin, muy distante, es grandioso. Pero es escarnio el aceptar, como fin supremo, lo que no pasa de ser un argumento.

No se sabrá admirar bastante esos poderosos impulsos naturales. Porque ellos no quieren solamente la perpetuación de la especie, sino además para la progenie futura, salud, vigor y belleza. Si una mujer provoca el deseo de un hombre es porque es bella y sana. Fea y deforme, nada despierta en nadie. En cambio, poseyendo formas elegantes, realzadas por sabios artificios, ella fatalmente determinará, sino la pasión, por lo menos el deseo, el vulgar y delicioso deseo. ¿Por qué? Porque inconscientemente el hombre que la nota sabe que esa ley generadora podrá darle hijos vigorosos. El inconsciente que gobierna al hombre le dice bajito (pero con autoridad irresistible): “Aquella mujer, mejor que cualquier otra, es capaz de darte una descendencia magnífica”. Y entonces obedeciendo a esa inconsciencia que domina la conciencia, el hombre la desea y la ama.

De la misma forma las mujeres. Un viejo, un tullido, un jorobado, un individuo atormentado por grave defecto físico, no podrán despertar el menor deseo en mujer alguna.

En algún lugar he dicho: “La vida de la mujer fea no es más que una larga agonía”. Para el hombre feo también, porque ambos, hombre o mujer, saben bien que jamás podrán despertar el amor. La nariz de Cyrano de Bergerac lo hizo muy infeliz. Su bravura y su espíritu al lado de esa nariz fuera de lo normal, poco valían, incluso para Roxana.

Entre los animales, el culto de la belleza probablemente no existe. Quizá haya un indicio entre los pájaros, cuando el macho procura agradar a la hembra con su voz y su plumaje. Pero las perras, incluso las de buena raza, se entregan voluntariamente a mastines ordinarios. (Ciertamente nuestras opiniones sobre la belleza canina no son semejantes a las de las perras).

Si la sociedad ha intensificado el sentimiento sexual, muchas veces lo ha pervertido (y no hablaré de la homosexualidad, esa depravación innoble rayana en la locura).

En primer lugar trataremos de la prostitución.

Ésta es de todos los países y de todos los tiempos. Lo que le da el carácter esencial es no encerrar preocupación alguna por la procreación. La prostitución es el siniestro envilecimiento de la más noble función de un ser vivo.

Y no temo decir que el hombre es más culpable que la mujer.

Las infelices que han adoptado esa extraña profesión “se entregan al primero que llega”.

Para dormir una hora ofrecen su seno desnudo, a eso se resignan para tener qué comer.

Hay países donde los padres de familia aceptan tranquilamente que su hija haya adoptado esa profesión, la cual ni ellos, ni ella, ni nadie, consideran deshonrosa. Un árabe, un japonés, un chino, entran en una casa de prostitución como en un establecimiento comercial. La mercancía que ellas venden, la venden lealmente, sin hipocresía inútil, en realidad, sin perversidades nauseabundas.

En occidente la prostitución (clandestina o no), la mayor parte de las veces está provocada por la miseria. No podemos, pues, encarar como viciosas o criminales a esas pobres criaturas que quizá hubieran deseado llevar una vida completamente diversa, tener hijos, lo cual no se lo ha permitido su triste destino.

¡Su triste destino! ¡Sea! Pero con frecuencia también una perversidad innata, precoz, pues aún bastante joven, la pequeña vagabunda abandona fácilmente a su primer amante para pasar a otro, después a otro, quizá para no permanecer sola y para poder vivir. Entonces, después de repetidos cambios, ellas ingresan al rol de las mujeres públicas. No tiraré la primera piedra sobre esas infelices, víctimas de un estado social defectuoso, sino sobre los numerosos hombres, jóvenes o viejos, ricos o pobres, que, degradando una santa función natural, compran (durante algunos minutos) a cambio de algunas monedas, el cuerpo viciado de esas criaturas.

Indulgente con las mujeres, pero no con los hombres.

El acto sexual fríamente (o ardientemente) consumado con la primera mujer que aparece, es obsceno o bestial, pese a toda la poesía que procuran impúdicamente prestarle. No obstante, según un viejo adagio, después de tal unión el

hombre se siente triste (4). Siente vergüenza de lo que ha hecho. Su subconsciente llora.

Verdaderamente nada es más embarazoso que saber dónde empieza y dónde acaba la prostitución. El que una bella joven acepte el matrimonio con un viejo porque éste es rico, ¿no es casi una prostitución?

Tendré el coraje de dar mi opinión en una fórmula que provocará exclamaciones indignadas a mucha gente (que se siente culpable), la unión de los sexos sin el deseo o la posibilidad del nacimiento de un hijo es una verdadera prostitución.

En suma, la civilización transformó, envileció, pervirtió las inspiraciones que la Naturaleza ha implantado en todos los seres, especialmente en todos los seres humanos.

Llegaré aún más lejos. Incluso el matrimonio, matrimonio honesto, razonable, legal, auténtico, que no tiene por fin esencial la constitución de una familia y el nacimiento de hijos no puede ser, salvo excepciones, más que una mediocre sociedad comercial.

Dejo de lado ciertas uniones en las cuales la mujer, en este caso más perversa que la más perversa de las cortesanas, dice “¡No quiero tener hijos! ¡Es fatigante! ¡Es doloroso! Por precio alguno me privaría yo del lujo y del bienestar”. Esas mujeres – existen algunas – saben perfectamente, tan bien cuanto un médico experimentado, cómo defenderse de una funesta gravidez.

Creo bien que esas criaturas – sino en América, cuando menos en Francia – son realmente excepcionales. Casi siempre toda pareja desea tener por lo menos un hijo. ¡Sí! ¡Un hijo!

¡Ah! Frecuentemente la pareja se queda en eso y he ahí el crimen; triple crimen; contra la Naturaleza, contra la Patria, contra toda la sociedad.

Si la natalidad no excede de tres hijos por pareja, la población aumenta difícilmente, porque, de esos tres hijos, quizá solo dos alcancen la edad de veinticinco años, e incluso si llegan a adultos, no podrán, quizá por una u otra causa, tener hijos todos ellos.

Para que la población aumente e incluso aumente con dificultad, son necesarios un poco más de tres hijos por pareja. Ahora bien, hoy, por lo menos en Europa (salvo en Polonia y Rumanía) la natalidad está por debajo de ese número, mientras que los pueblos de Asia (chinos, hindúes, rusos, japoneses) tienen una alta natalidad. Así, los pueblos asiáticos tienden a suplantar a las poblaciones europeas. Dicho de otra forma, nuestra gloriosa civilización greco-romana, honra y esperanza de la humanidad, será destruida por una civilización completamente diversa, que llamaré voluntariamente bárbara, si este epíteto pudiese ser aplicado a una civilización.

Pero no quiero insistir sobre ese futuro cruel: el arrasamiento de Europa por Asia; ese sería el tema de un libro enteramente diverso, que debería ser escrito con amargura e indignación.

Trataré de la cuestión no bajo el punto de vista político y social, sino bajo el punto de vista que me atrevo a llamar zoológico. La inteligencia de hombre que ejecutó tan bellas obras, no está exenta de ciertos inconvenientes, de ciertos peligros graves. Ella permite al hombre (muchas veces lo induce a ello) violar la ley natural. Insulto permanente a la gran ley de la supervivencia de la especie.

Para la ley que nos ordena vivir hay muy poca derogación, porque el suicidio es excepcional. Por el contrario, de la ley que impone la vida de la especie, no hay más que derogaciones.

Hablemos claramente, sin hipocresía, sin falso pudor. No hay una sola pareja – unión libre o legal – que no ponga en práctica por medios que todos los esposos conocen, la restricción de la natalidad. Dos esposos sanos, jóvenes y vigorosos, debían tener un hijo, por lo menos de tres en tres años (un año de gravidez, uno de lactancia, uno para la siguiente gravidez) y así hasta que la mujer alcanzase los 40 años. Generalmente ella se casa a los veinte. Entonces, en una tasa muy baja de un hijo de tres en tres años, ella debería tener seis o siete. Si hay menos es por voluntad de la pareja. El nacimiento de un hijo, en lugar de ser, como sería justo, un hecho natural, se ha convertido en un hecho voluntario, económico y social.

Vosotros todos los que me leéis, tened coraje, mediante una confesión leal, hecha íntimamente, para reconocer esta verdad insigne. Todos, sí, verdaderamente todos, incluso los mejores, habéis limitado el número de vuestros hijos (5).

Uno de mis maestros, hombre de corazón, excelente y sabio, tuvo la audacia de decirme un día: “Es una falta de cordura el tener más de dos hijos”. ¡Ah! *Optimi corrupti pessima*.

Y unos y otros, todos vosotros habéis inventado razones especiales para proceder de esa manera: No se puede alimentar a una familia numerosa. La salud de la mujer requiere cuidados. (Razón abominable, pues el nacimiento de un hijo, según la opinión de mi sabio amigo, A. Pinard, es necesario para la salud de la mujer). ¿Se puede dar a esa

criatura una educación conveniente? Necesitamos mantener nuestra vida. No sé cuántos más motivos razonables nos presentan aún.

Entonces, si los medios habituales han sido insuficientes, hay el recurso del aborto, débilmente combatido por leyes insuficientes (por cierto, leyes casi nunca aplicadas, pese a su indulgencia escandalosa).

No solo a la limitación de nacimientos se aplica esa intelectualidad criminal, sino además, después del nacimiento de la criatura, a la lactancia. Las mujeres ya no quieren dar el pecho al recién nacido. Médicos, comadronas, farmacéuticos, industriales de todos los ramos, las han incitado a prácticas miserables, han inventado leches de todas las especies, drogas que son para los bebés verdaderos venenos, pese a sus impertinentes reclamos.

¡Oh, cómo! La Naturaleza ha dado a la mujer una glándula mamaria (ornamento de su belleza) que provee el único alimento conveniente – digo firmemente el único – y la madre lo niega a su hijo. Eso es casi un infanticidio y un infanticidio para el cual se alega una infinidad de razones ridículas. Pinard, en grandes caracteres, colocó en su clínica esta frase admirable: “La criatura tiene derecho a la leche de su madre”.

¡Oh! bien sé que hablando así del matrimonio, de la natalidad, de la lactancia, voy a provocar indignaciones, cóleras, burlas, quizá silencios desdeñosos, pero no hago caso de eso. Hace mucho que me he libertado de la opinión pública y respecto de esto mi opinión, bien distante de la opinión pública, es inamovible.

Es menester obedecer a la ley natural.

Toda la palabrería de los políticos, de los economistas, incluso de los fabricantes de leche, no prevalecerá contra la ley natural.

Cuánto más avanzo en años, tanto más me convengo de que nada es mejor que la leche de mujer para nutrir a un bebé.

En breve, tanto rodeamos nuestra vida personal de cuidados meticulosos, que nos ingeniamos para combatir con todas las fuerzas las leyes que gobiernan la perpetuación de la especie.

Afortunadamente para la especie humana, nada tenemos que recelar, pues los asiáticos allí están. Pero está permitido lamentar la extinción futura, casi fatal, de la raza humana.

Con todo, aún me resta alguna esperanza; no es que alimente la loca ilusión de creer que mis palabras encontrarán eco. Pero imagino que la inteligencia de los blancos no los conducirá al aniquilamiento. Los europeos comprenderán que está en el interés inmediato de cada individuo y de cada nación el no desaparecer frente a los bárbaros. Acabarán por convencerse de que el significado profundo de la vida es seguir los instintos protectores que la Naturaleza ha implantado en nosotros, no habiendo felicidad para el hombre más que en la adaptación escrupulosa de su inteligencia a esos instintos.

Y, además, envejecer sin posteridad es condenarse a una vejez miserable. Por tanto, poniéndonos en el punto de vista de un egoísmo vulgar, es una grave falta.

¿Por qué existes? Pregunto. En primer lugar para existir y en segundo para tener hijos.

Et nati a natorum et qui nascentur ab illis.

He ahí la ley, la ley universal, la ley de otrora y la ley de hoy; la ley del Antiguo y del Nuevo Testamento, la ley de los nacionalistas, la ley de todos aquellos que piensan, la ley de todos aquellos que quieren ser dignos del nombre de hombre. Pero es preciso ir más lejos, bastante más lejos y ver lo que podremos esperar.

Tú existes y debes tener hijos, porque hay para el objetivo de la humanidad una gran esperanza.

SEGUNDA PARTE

LA GRAN ESPERANZA

LIBRO I

EL MUNDO HABITUAL

¿De dónde venimos? La respuesta no es dudosa. Ya no es posible – e incluso la Iglesia Católica así lo reconoce – admitir una creación en el sentido literal del primer capítulo

del Génesis. Los seres, en el correr de los siglos, se han modificado hasta tal punto que, derivando de un primer protoplasma original (¿de dónde salen ellos?) han adquirido, gracias a transformaciones graduales, una complicación extraordinaria.

En todo caso, entre el hombre primitivo y el hombre de hoy, existe un intervalo de ciento cincuenta mil años (como asegura M. Osborn). El hombre es probablemente el último de los animales terrestres que apareció. Por tanto, admitamos como posible e incluso probable, que su evolución progresará todavía y que de aquí a cien mil años él se transformará más que superficialmente, de suerte que el hombre futuro será tan diferente del hombre actual como un salvaje de Nueva Guinea lo es de un académico.

Pero en este punto aún es preciso ser prudente y no intentar profundizar demasiado.

Antes de saber para dónde vamos es necesario preguntar dónde estamos y qué podemos esperar.

La superproducción domina la situación actual, debido al aumento gradual, enorme de la población terrestre, que crece más o menos en diez millones de hombres al año. Sobre esos diez millones de incremento, Europa (y principalmente Francia) solo tienen una parte mínima. Pero la inmensa y misteriosa Asia (comprendida la Rusia Asiática) aumenta anualmente, según sabemos por estadísticas muy imperfectas, en nueve millones de hombres.

Malthus supuso que ese incremento de la población acarrearía un déficit creciente de las sustancias alimenticias, pero él se equivocó rotundamente. En lugar de un déficit de sustancias alimenticias hay una superproducción. Los brasileños son obligados a tirar el café al mar, los pescadores

destruyen muchas veces mil toneladas de sardinas y en cuanto al trigo es de tal forma superabundante que, a veces, en Canadá alimentan las locomotoras con él.

Esa superproducción se explica fácilmente, pues la maquinaria ha progresado de tal forma que una de esas máquinas sustituye con ventaja el trabajo de diez o más operarios.

Por tanto, ya se trate de productos agrícolas o de productos industriales, en todas partes la superproducción sobrepasa el consumo.

De ahí la falta de trabajo y la miseria.

Es doloroso y casi necesario. Y tanto, cuando se es obligado a decir: “esto es tan bello que estamos arruinados”.

Esperábamos que los hombres, a medida que aumentasen en poderío industrial y en número, más se uniesen y asociasen sus esfuerzos. En cambio, en 1932, fue lo contrario lo que se nos presentó. Las nacionalidades que se sirven del mismo idioma son cada vez más enemigas de las otras nacionalidades. Pese a una fraseología fastidiosa, estéril y verdaderamente disparatada, yerguen fortalezas, fabrican ametralladoras y las legislaciones aduaneras y draconianas son todavía más encarnizadas que otrora.

Para todos cuantos sueñan con un mundo pacífico donde la colaboración activa de todos los seres humanos prepararía un mundo mejor, es un doloroso espectáculo.

Creo bien que ese nacionalismo desenfrenado puede ser de corta duración. Con todo, sería necesaria alguna cosa nueva para transformar esos egoísmos nacionalistas. Esos increíbles despechos de pueblo hacia pueblo. Ahora bien, no será con los congresos, las conferencias, los discursos, las asociaciones – incluso siendo generosas y en gran número –

como podremos conducir a esos hombres ciegos a concepciones menos locas y a competiciones menos ardientes.

USOS Y COSTUMBRES

Las costumbres, por lo menos en nuestra vieja Europa, se han vuelto más humanas. Ya no hay esclavitud, ni tortura, pero el egoísmo de los individuos en nada ha retrocedido, continuando tan feroz como lo era ayer.

En cambio, asistimos impotentes a un fenómeno general, que es la migración de la gente del campo a las ciudades. Las ciudades, con sus suburbios, se han convertido en monstruosos hormigueros. Nueva York (siete millones de hombres). Londres (seis millones). París (cuatro millones). Las condiciones de vida se han modificado. Sin embargo el hombre ha sido creado para vivir al aire libre y no para amontonarse en las oficinas y en las fábricas. El desarrollo de la vida urbana se hace en detrimento de la moralidad individual, de la salud pública y de la natalidad.

Por tanto, en eso también son necesarias las innovaciones; la vuelta al campo sería deseable. Pero ¡qué va! El trabajo agrícola, en el estado actual de las cosas, conduce a la miseria.

Y además de eso, no se vuelve atrás. No se debe esperar que haya flujo de campesinos hacia los campos. Por todas partes los campesinos desean convertirse en intelectuales, por lo menos en ciudadanos, operarios; y nada (aunque les fuese permitido trabajar con tractores perfeccionados) podrá convencerlos para permanecer en sus chozas ancestrales.

LAS ARTES

Al igual que las costumbres, las artes evolucionan. Se modifican, se transforman, pero zapatean en el mismo lugar, pues el arte no comporta ningún progreso. Verdad banal en extremo, sobre la cual es inútil insistir. Hay construcciones audaces, de rascacielos de 65 pisos. Naturalmente es una curiosa obra industrial, pero me niego absolutamente a considerar a estos 65 pisos como representación de un progreso en estética. Se puede incluso preguntar si la pirámide de Keops y los suntuosos monumentos de Luxor no son debidos a una técnica tan perfeccionada cuanto la de los norteamericanos.

No hablemos de la escultura ni de la pintura, ni de la poesía. Los modernos podrán hacerlas a conciencia, pero no las harán mejor que los antiguos. Quizá algún hombre de genio pueda crear – y eso será maravilloso – si produce un drama igual a Prometeo Encadenado, una Venus tan bella cuanto la Venus de Milo, y un cuadro igual a las Bodas de Caná.

Quizá con la música no ocurra lo mismo, pues la industria inventará, quién sabe, instrumentos superiores a los instrumentos antiguos. La música es el único arte que, en el transcurso de los últimos ciento cincuenta años, ha venido realmente progresando. Es posible que el progreso continúe, gracias a instrumentos de música más complicados. Pero, según las apariencias, no será gran cosa.

Tampoco se puede esperar nada sobre la invasión de las artes orientales en nuestra vieja civilización grecorromana. Vasos sagrados, pagodas, budas ventrudos, estampas sobre

papel de arroz, abanicos multicolores, en nada nos harán adelantar. Confesaré que me siento moderadamente entusiasmado y que repetiré voluntariamente las frases de Luis XIV ante los personajes cómicos de Téniers y Callot: “Quítame esos títeres de ahí”.

A pesar del arte oriental, japonés, chino, grecorromano y (oh profanación) el arte negro, no podremos esperar una renovación humana por la renovación del arte.

RELIGIONES

Hay por el mundo, sin contar las pequeñas religiones fetichistas insignificantes, cuatro grandes religiones, representadas por sus fundadores: Moisés, Cristo, Mahoma y Buda.

Las cuatro son muy poderosas. Y ninguno de sus sectarios cambia su culto por otro. Pese a sus formidables jurisdicciones y a su pasado, al mismo tiempo sangriento y glorioso, son imposibles de desarraigar y disparatadas.

El judaísmo: solo es practicado por poblaciones casi apagadas e infantiles.

El cristianismo está dividido en cinco o seis sectas que no quieren en modo alguno confundirse.

El mahometano no ha terminado aún su período conquistador. En la India es casi tan poderoso como el budismo, y en África, pese a la conquista de África por Europa, está sólidamente arraigado.

En cuanto al ridículo budismo, cuenta con más adeptos que todas las otras religiones. Pero los ochocientos millones de budistas nada representan desde el punto de vista de la civilización general.

Y es lamentable que una religión uniforme, sabia y tolerante no reine sobre todos nuestros hermanos humanos. Pero ¿será esto posible?

La condición primordial de una religión ¿no es la intolerancia?

LAS CIENCIAS

Aunque los progresos de la industria hayan extendido nuestros poderes sobre la materia y hayamos explorado casi completamente todos los rincones de nuestra pequeña habitación esférica, nada hemos cambiado esencialmente en nuestra existencia moral, en nuestra vida interior, más importante quizá que una mecanización completa, perfecta y rápida.

Ahora bien, si algún progreso puede modificar, mejorar, transformar nuestra vida interior, será gracias a la ciencia, a la ciencia soberana que, abriendo nuevos horizontes, nos revelará verdades desconocidas y por consiguiente traerá lo imprevisto.

¡Ciertamente que sí! Pero ¿cuáles son las ciencias que podrán transformar nuestra moralidad? ¿Transformar nuestras concepciones sobre las cosas y los hombres? ¿Sustituir nuestro estado social defectuoso por un estado social superior?

Pasemos rápidamente revista a deslumbrantes progresos de la ciencia en estos trescientos años, incluso en estos cien años, o en estos cincuenta años.

A) Una ciencia que no existía, ni de nombre, es la paleontología. Se han encontrado en la Tierra vestigios de

seres innumerables, habiendo otrora vivido y prosperado, y de los cuales hoy nada más resta sino despojos fósiles.

Es, por lo tanto, la historia de la Tierra que se ha podido, bien o mal, reconstituir. Prodigiosos e inmensos reptiles, helechos colosales, amonitas enormes. Sabemos que, hace más de cien mil siglos, la Tierra estaba poblada por otros seres diferentes de los actuales.

Se ha logrado reconstituir la prehistoria del hombre, porque han sido encontrados vestigios de su industria primitiva.

Hay todavía mucha incertidumbre sobre el momento en que el hombre apareció. ¿Habrán sido hace cincuenta mil años? Se ignora. Pero poco importa. El hombre es probablemente el último hecho de la creación. Seguramente es un progreso haber encontrado esos raros testimonios de nuestra prehistoria, pero eso en nada modifica el juicio que hacemos de nuestro estado actual.

B) Prosigamos. Ya que los seres así se transformaron, esas mutaciones son los indicios de una transformación de las especies. La forma de los seres que pasan su corta existencia en la superficie de la Tierra está en perpetua evolución. La modificación nos parece muy lenta pese a ser muy rápida desde el punto de vista de los siglos que se suceden. En la historia del mundo, diez mil siglos no son más que un punto.

Admiro ciertamente el inmenso esfuerzo de los pensadores y de los investigadores que han demostrado esas mutaciones vitales, pero desgraciadamente no podemos sobrepasar los límites de esa simple constatación, ni prever, por poco que sea, cuál será en un próximo (o lejano) porvenir la morfología del hombre futuro.

C) Después de Lavoisier la química ha hecho progresos enormes. Confundiéndose con la física, ha podido profundizar en la estructura íntima de la materia. Se ha logrado más o menos retroceder a la profunda concepción de Epicuro. La materia es desconocida; granulosa, constituida por átomos cuya pequeñez confunde nuestra imaginación, pues hay mil millones de átomos en un milígramo de hidrógeno. Cada uno de esos átomos representa, por sí solo, un mundo. Es como si hubiese, en lo grande como en lo pequeño, una organización homóloga, cada átomo es un mundo solar en miniatura, constituido por un núcleo central análogo a un Sol, en torno al cual voltean los electrones negativos, análogos ellos mismos a los planetas. Se ha conseguido, respecto de esos átomos, medir la velocidad, la energía, el número, tal como se han medido la velocidad, la masa y el número de los planetas que gravitan alrededor del Sol.

Ciertamente eso demuestra el poder del genio humano. Pero, en el fondo, que haya más o menos electrones negativos alrededor del núcleo central, que su velocidad sea más o menos grande, que desprendan más o menos iones cuando el átomo se desplaza, de hecho eso nada importa en cuanto a las ideas de paz y de justicia, ni a las esperanzas de felicidad que deben iluminar nuestra vida interior.

Todo es admirable en ese microcosmos cuyo espectáculo nos asombra, pero ese microcosmos no interviene en nuestra vida interior, es demasiado pequeño para nosotros.

D) Al lado del microcosmos hay un megacosmos que instrumentos cada vez más poderosos y observaciones cada vez más precisas nos enseñan, no a conocer, sino a presentir. Los astrónomos han visto en el inmenso Cosmos que nos

rodea, universos-islas análogos a nuestra Vía Láctea, tan grandes y mucho más remotos. Esos miles de nebulosas (universos-islas) están pobladas por miles de estrellas, así como nuestra Vía Láctea. Algunas de esas nebulosas están a cien millones de años-luz (¡trescientos mil kilómetros por segundo!)

Así, pues, el número de estrellas (y de planetas, por consiguiente) es inmenso. Así también inmensa es la distancia que las separa y de ellas nos separa.

Y me faltan las palabras para indicar la pequeñez de nuestro mundo solar en el Universo.

Se puede demostrar además que los espacios interplanetarios no están vacíos. Una materia prodigiosamente tenue los rellena. Pero pese a esa tenuidad, el espacio es de tal forma vasto, que la masa de esa materia difusa es enorme. Y no obstante, el vacío de esos espacios interestelares es mucho mayor que el que pueden hacer nuestros más hábiles instrumentos.

Así como la vida en la superficie terrestre, ese megacosmos del mundo estelar está en evolución perpetua.

¿Hay estrellas que cambian de esplendor? Hay las Novas, debidas, según las apariencias, al encuentro de dos estrellas, encuentro que produce sin duda un cataclismo inaudito, cuya intensidad no podemos conjeturar. En lugar de creer en la inmovilidad del cielo, hemos forzados a admitir que él se modifica constantemente. (Dicho sea de paso, si me pidiesen que presentase alguna prueba del poder intelectual del hombre, yo diría que nada es más extraordinario que poder conocer por el análisis espectral la composición química de un astro que es luminoso hace cien millones de años).

Por tanto, el conocimiento, siempre imperfecto, de ese maravilloso megacosmos, así como el del microcosmos, no cambiará nada de nuestra trágica existencia terrestre. Vivimos en un mundo diverso. Es el biocosmos.

El Sol nos da calor. El oxígeno, el carbono y el nitrógeno nos alimentan. Estamos bien distantes de los abismos del megacosmos y del microcosmos y forzados a limitar nuestro Yo y el de nuestros hermanos humanos al biocosmos. Tampoco puedo prever que, profundizando en sus tenebrosas grandezas, cambiemos algo de nuestra existencia.

En conclusión, la física y la química nos hacen conocer algunos de los misterios del microcosmos, como la astronomía algunos misterios del megacosmos; pero estamos muy distantes del mundo que nos interesa, social, psicológica y moralmente, es decir, del biocosmos.

¡Ah! Ni la Zoología, ni la Botánica, esas dos bellas ciencias que venero profundamente, nada nos pueden enseñar sobre el destino de los hombres. Suponiéndose que a pesar de haber dominado y descrito todas las plantas, todos los animales terrestres y marinos, nosotros, moralmente, en nada hemos avanzado.

¡La Fisiología por sí misma, esa ciencia magnífica, a la cual he dedicado toda la vida, podrá, sin duda, gracias a métodos más perfectos, gracias al esfuerzo concéntrico de los sabios de todos los países, que aplicarán su genio a pesquisas, establecer hechos nuevos, imprevistos, que desvendarán algunos de los medios secretos que animan los prodigiosos organismos que somos! Viviremos siempre en el mismo plano. Las leyes de la vida mejor profundizadas permanecerán siendo siempre las leyes de la vida animal (6).

Es cierto que los dos grandes males que pesan sobre nuestra frágil existencia son la enfermedad y la vejez, su terrible hermana.

La Medicina ha hecho grandes progresos desde hace medio siglo. Y habrá de hacer más, esto es absolutamente seguro. Llegaremos quizá a descubrir el medio de combatir los microbios y los virus que diezman a la pobre humanidad. Admito incluso que los problemas resueltos por medidas higiénicas rigurosas, profilaxis sabias, terapias eficaces, hayan vencido al cáncer y a la tuberculosis, como también casi ha sido vencida la locura, el tifus, la peste y el cólera; espero incluso, en esta concepción optimista, de un futuro más o menos cercano, que también se hayan subyugado la sífilis y el alcoholismo. La mortalidad entonces ya no será como en nuestros días; hombres y mujeres alcanzarán una edad avanzada y la media de vida será de 90 años, en lugar de los 55, como en el presente.

¡Pues bien! ¿Y después?

Que se viva más tiempo, eso poco cambiará nuestra alma. Las condiciones de la vida social y moral permanecerán siendo las mismas. Habrá en las sociedades humanas muchos más viejos que actualmente. Eso es todo.

Por tanto, no sería una gran ventaja retrasar esa determinación progresiva de nuestros órganos, triste ley de la vejez. No ignoro que han inventado métodos de rejuvenecimiento mediante la infusión de sangre joven en diversas inyecciones orgánicas, pero los resultados, por cierto, dudosos, no pueden ser sino mediocres bajo el punto de vista de nuestra felicidad. En realidad, ¡es poca cosa el haber prolongado la juventud en quince o veinte años! So pena de demencia no podemos suponer que algún día la

juventud de los individuos sea permanente; todos estamos condenados a morir y a gastarnos; no hay ejemplo alguno en el mundo orgánico – e incluso en el mundo mineral – de una máquina cuyas ruedas, funcionando, no terminen por alterarse.

Por más poderoso que sea ese hipotético rejuvenecimiento, jamás dejará de ser parcial y transitorio. Entonces ¿de qué servirá?

Si guardé mis reservas relativas a la selección humana, no es para suponer una nueva especie humana, más vigorosa y longeva; sino con la esperanza de que la cualidad que es la esencia propia del hombre, es decir, la inteligencia, aumente quizá en poderío y en extensión y que entonces tengamos una concepción de las cosas completamente diversa, menos incoherente y menos mezquina que nuestra concepción actual.

Incluso admitiendo la victoria contra todas las dolencias, un rejuvenecimiento de algunos años, lo cual es quizá un optimismo ridículo, no llegaríamos a un cambio radical en la constitución de las sociedades y de las individualidades humanas. El pensar del hombre no se transformará. Su esperanza no se engrandecerá.

Al objeto de certificarnos de esa impotencia del progreso científico o industrial para transformar nuestro estado de alma, vamos a imaginar los sentimientos de un hombre mediocre del siglo XVI, contemporáneo de Montaigne.

En el año de 1560 no existía cosa alguna de lo que constituye nuestra vida mecánica. No conocían la luz eléctrica, ni siquiera las velas. No tenían sino una vaga idea de todas las nociones de la física. El peso del aire era desconocido. Admitían los cuatro elementos: la tierra, el

agua, el fuego y el aire. Ni Kepler, ni Galileo habían hablado sobre el movimiento de rotación de los planetas alrededor del sol, no conocían el álgebra, ni el cálculo integral, no había telescopio ni microscopio, ni termómetro, ni máquina neumática; la circulación de la sangre era desconocida, la Paleontología no existía; con más razón los asombrosos descubrimientos modernos, como el teléfono, la telegrafía, la fotografía y la Bacteriología. La Química no era más que una aglomeración de ideas infantiles, casi tan ridículas como la Medicina de esa época.

¡Pues bien! Pese a esa ignorancia, pese a esos errores, el estado de alma del hombre mediocre en el siglo XVI se asemejaba extrañamente a nuestro estado de alma actual. Ciertamente, nuestros ancestros iban con menos rapidez de un punto a otro, no teniendo ferrocarriles, ni automóviles, ni aviones, ni barcos a vapor, pero ¿en qué los automóviles, los ferrocarriles, los aviones y los barcos a vapor han transformado el estado de alma de los hombres?

Las costumbres han cambiado tan poco que un burgués, un obrero, un campesino del año de 1560 se reconocería exactamente en los campesinos, en los burgueses, en los obreros de 1932. Las costumbres se han modificado, pero el alma ha permanecido la misma. Las mismas preocupaciones, las mismas esperanzas, los mismos celos:

El francés de 1560 es casi el francés de 1932.

Del mismo modo, si en lugar de comparar a los hombres modernos con los hombres del siglo XVI, tomásemos a los galo-romanos del tiempo de Trajano, por ejemplo, los habitantes de Nimes, de Marsella, de Lyon, del Valle del Rin, veríamos que pensaban casi como sus descendientes de hoy.

Sería locura negar las enormes transformaciones mecánicas habidas en la vida de los hombres. Pero por tener una máquina de coser, una navaja mecánica, una estilográfica, una máquina de escribir, un teléfono, un receptor de telegrafía sin hilo, un álbum de fotografías, quinina, cloroformo, un automóvil, un cine, no se sentirá trastorno alguno en nuestra vida interior.

Podemos tan solo combatir mejor las enfermedades. Nos comunicamos más fácilmente con nuestros semejantes, tenemos periódicos cotidianos e incluso radiotelefonías que nos dan, a cada momento, noticias exactas y detalladas de lo que sucede en nuestro globo terrestre. Pero conservamos siempre, sobre el origen de los hombres, la vida y la muerte de los individuos, las mismas ideas y la misma preocupación por ganar el pan cotidiano y por obtener algo más de lujo. El vestuario se modifica, el adorno se transforma; sin embargo, pese a esas variaciones en el vestuario y en el adorno, los actores de hoy se asemejan a los actores de ayer. Los sentimientos, las emociones, no se han diferenciado. ¿Podemos esperar otra cosa?

Si no hay una transformación radical en todas nuestras ideas, no y no.

El desarrollo, cuán considerable lo supongamos, de las artes, de las ciencias y de la industria, en nada cambiará la mentalidad de las sociedades humanas. Que la Mecánica triunfe, que el lujo y el bienestar aumenten, que la materia cósmica o terrestre sea más conocida, nada será esencialmente modificado.

LA CIENCIA METAPSÍQUICA

Sin embargo, al lado de nuestras ciencias clásicas, hay una que aún permanece en un estado de esbozo tan rudimentario que casi no se puede, en 1933, darle el nombre de ciencia.

Se producen a nuestro alrededor hechos inverosímiles que parecen absurdos, que registramos con vacilación (e incluso con algún terror) sin poder reatar con una cadena continua esos fenómenos disparatados. Vivimos todos, sabios y laicos, como si nuestros pobres sentidos, con o sin el auxilio de instrumentos perfeccionados, nos revelasen la realidad de las cosas y de las causas. Ahora bien, al lado de lo que podemos ver, leer y entender, se verifican hechos extraordinarios que podrían llamarse anormales, si las cosas reales pudiesen ser anormales.

Y la conclusión, ¡hela aquí! Y es que, confundido con nuestro mundo habitual, existe un mundo misterioso que nos rodea, fantasmas, casas encantadas, telepatías, premoniciones, moniciones, transportes, de suerte que nos movemos en una oscuridad profunda.

¿Existirá ese nuevo mundo? Intentaré demostrar que existe y que por consiguiente la esperanza de una transformación mental completa puede ser presentada.

¡Afortunadamente! Porque nuestro estado social y nuestra mentalidad individual son muy miserables para que aspiremos a una suerte mejor, a una gran esperanza.

Y son estas las razones que presentaré de su existencia sin poder, no obstante, agrupar esos hechos extraños en una doctrina coherente.

LIBRO II

LO INHABITUAL

Para asegurar que hay hechos anormales, maravillosos desde el punto de vista de la ciencia actual, invocaré en primer lugar el argumento de autoridad. En favor de la nueva ciencia, hay por una parte ciertos sabios y por la otra, cierto público.

En primer lugar hablaré de los sabios.

Es facilísimo decir que se han equivocado y que han sido engañados. Es una objeción que está a la altura del primer sabihondo que aparece. Cuando el gran William Crookes relata haber visto en su laboratorio a Katie King, fantasma capaz de moverse, de respirar, al lado de su médium, Florence Cook, dicho sabihondo puede elevar los hombros y decir: “Es imposible. El buen sentido hace afirmar que Crookes ha sido víctima de una ilusión, Crookes es un imbécil.” Pero ese pobre sabihondo no ha descubierto ni la materia radiante, ni el talio, ni las ampollas que transmiten la luz eléctrica. Y así, mi elección está hecha. Si el sabihondo dice que Crookes es un farsante o un loco, seré yo quien sacudirá los hombros. Y poco importa que, a remolque del sabihondo, una multitud de periodistas – que nada han visto, ni en nada han profundizado, ni nada han estudiado – diga que la opinión de Crookes de nada vale. No me admiraré.

¡Si aún Crookes estuviese solo! ¡Pero no! Hay una pléyade de sabios (grandes sabios) que han presenciado esos fenómenos extraordinarios. En lugar de hacer esa simple

suposición de que ellos han presenciado lo inhabitual, ¿podré considerarlos cretinos o mentirosos?

Stainton Moses, un hombre de rara piedad, de elevada moralidad, con su amigo Speer y la Señora Speer, anotaron, diariamente, durante diez años, fenómenos que él observaba y que le ocurrían a él mismo. Y ello pese a los riesgos que su audacia lo hacía correr.

Los fenómenos producidos por Eusapia Paladino han sido afirmados y confirmados por toda una serie de ilustres experimentadores, por Enrico Morselli, uno de los más sabios psiquiatras de Italia, por Filippo Bottazzi, Foá Herlitzka, profesores de Fisiología en las Universidades italianas, por el célebre Lombroso, por sir Oliver Lodge, por Ochorowicz, por Fr. Myers, por Camille Flammarion, por Schrenck-Notzing, por Albert de Rochas. El testimonio de uno solo de esos grandes hombres sería suficiente. Entonces, cuando ellos se reúnen en una misma afirmación, ¿daré yo oídos a las críticas infantiles que se resumen casi todas en esta pequeña frase ingenua: “No es posible”?

¿Y por qué no es posible? Únicamente porque no es habitual.

En Alemania, el gran matemático Zollner presenció, con Slade, fenómenos realmente extraños.

Mi distinguido amigo, Doctor Gibier, Director del Instituto Pasteur de Nueva York, ha constatado fenómenos semejantes con la Señora Salmon.

Geley obtuvo con Kluski sorprendentes moldeados que toda la habilidad mecánica de los moldeadores no podría reproducir y que solo se explican mediante la desmaterialización de las formas moldeadas.

En cuanto a los fenómenos mentales de adivinación, de lectura de pensamiento, de premonición, citaré los nombres de William James, de Sir Oliver Lodge, de la Señora Sidgwick, de Schrenck-Notzing, de Frederic Myers, de Osty, de Flammarion. En el curso de este libro haré referencias a algunas de sus constataciones, pero desde ahora afirmo que la autoridad de esos sabios es suficiente para, a priori, hacernos admitir que ellos no se han engañado completamente.

Repito: se trata de hombres versados en ciencias experimentales, cuyo espíritu se mantiene constantemente alerta respecto de la serie de todos los fraudes posibles.

Las objeciones de los periodistas de pasquines que niegan la realidad de los hechos son de la misma especie que las objeciones hechas a la realidad de los meteoritos. El gran Lavoisier osó decir: No hay piedras que caen del cielo, porque en el cielo no hay piedras. Boucher de Perthes llamó la atención sobre el sílex, que él decía haber sido tallado por hombres primitivos. Durante diez años él fue ridiculizado, como ridiculizaron a aquellos que juzgaban ser posible el vuelo de máquinas más pesadas que el aire. Denis Papin construyó un barco a vapor. Fueron necesarios más de cien años para que ese invento fuese adaptado a la práctica náutica.

Las nuevas verdades, establecidas por los grandes sabios, cuesta que las acepte el gran público. Es necesario mucho tiempo para que un descubrimiento científico sea aceptado. ¿Qué será entonces cuando se trata de hechos inhabituales? Toda constatación de un hecho nuevo, al principio, parece inverosímil. Entonces, cuando es inhabitual, no pudiendo ser repetido a voluntad, es negado, pese a las pruebas que se

presentan. ¡Sí! Es negado obstinadamente, porque nada es tan fácil como una negativa.

Volvamos a la metapsíquica.

Un primer hecho es evidente: y es que cada vez que un sabio asintió en estudiar de manera profundizada esos fenómenos, llamados otrora ocultos, adquirió la convicción de la existencia de esos fenómenos. En la historia de la metapsíquica, no conozco un solo caso, ni siquiera uno, de un observador concienzudo que, tras dos años de estudios, haya concluido por una negativa.

Dos años de estudios, no es realmente mucho, porque no es suficiente para hacer (con ideas preconcebidas y la intención determinada de negar) dos o tres experiencias prematuras e incompletas.

Por tanto, concedo una importancia primordial a esta constatación: que jamás, hasta el momento presente, un experimentador perseverante, habiendo llevado a cabo pacientemente una treintena de experiencias (por lo menos) con dos o tres médiums, juzgados auténticos por observadores competentes, haya finalizado por una negativa.

Una objeción ridícula frecuentemente nos es planteada. Los negadores, cuando consienten con otra cosa que gracejos, pretenden que nosotros, metapsiquistas, empleemos todos nuestros esfuerzos en demostrar, no que esos hechos existen, sino que no existen. Nuestra constante preocupación es buscar el fraude posible, el error sistemático. Pensar que queremos encontrar fenómenos sobrenaturales o paranormales, es locamente absurdo. No tenemos más que una preocupación: y es la de descubrir los embustes. Cualquiera que sea el fantasma que se nos presente, no

tenemos otro recelo que el de ser embaucados por un individuo real, un odioso impostor.

Todos aquellos que han publicado sus experiencias sabían que por esa publicación comprometían su renombre científico exponiéndose a las burlas de sus colegas y a los sarcasmos del pueblo. No es, pues, con satisfacción como se entra en esa batalla, donde no hay más que golpes a recibir. Es porque nos limitamos al honor de defender la verdad, por más arriesgada que ésta pueda ser.

No imaginan las angustias interiores por las que pasa un sabio, así que se le presenta un fenómeno extraordinario, anormal, cruelmente inverosímil, que parece estar en contradicción evidente con todo cuanto él conoce, con todo cuanto sus maestros le han enseñado, con todo cuanto él mismo ha enseñado. Podrá un periodista adivinar lo que piensa un fisiólogo cuando presencia (como yo he presenciado), una expansión que sale del cuerpo del médium, que se prolonga formando dos piernas extrañas que se fijan en el suelo, emitiendo después algunas prolongaciones más, que toman poco a poco la forma de mano, en la cual se distinguen vagamente los huesos, sintiendo su presión en las rodillas. ¡Es necesario coraje para creer en esto! Y es necesario mucho más coraje para relatarlo.

¿Pensáis por ejemplo que Crookes, Oliver Lodge, Schrenck-Notzing, de Rochas, Flammarion, Lombroso ignoraban que serían mirados con desprecio por osar decir que lo inverosímil y lo absurdo son muchas veces verdaderos?

Si hemos tenido la audacia de hablar es porque estábamos absolutamente seguros de nuestra experimentación, mucho más seguros de lo que con

frecuencia están innumerables sabios cuando sostienen un hecho verdadero, pero nuevo.

Vitam impendere vero. Esa es nuestra divisa.

1. ° - Los hechos metapsíquicos han sido afirmados por una treintena de sabios de honorabilidad absoluta, tras pruebas anteriormente adquiridas por una irreprochable competencia experimental.

2. ° - Han empleado todos los esfuerzos para no admitir lo extraordinario.

3. ° - No temen comprometerse, perderse, al publicar el resultado de sus experimentaciones.

He aquí lo que se puede decir de los sabios que han hecho experimentaciones. Pero no son solamente los sabios, hay además un numeroso público, de cultura intelectual no descuidada, público cuyo número y actividad crecen cada día. Estaré lejos de la verdad diciendo que hay, tanto en Europa como en las dos Américas, doscientas sociedades psíquicas, ya sean espíritas, metapsíquicas, particulares o no, y por lo menos cincuenta periódicos de pesquisas psíquicas. Sé bien que esos periódicos se entregan muchas veces a lucubraciones teóricas y místicas sin valor, aburridamente liosas, cruelmente indigestas. Del mismo modo, se relatan hechos curiosos cuya documentación es nula o mediocre. Pero para que se decidan a publicarlos es menester que se hayan convencido sólidamente de su realidad.

Cada uno de los miembros de cada una de esas sociedades está absolutamente seguro de que lo paranormal existe. Es pues, algo que ha de ser tomado en consideración,

en vista de la convicción razonada de treinta mil personas juiciosas.

Ellas están convictas, no como se está de una creencia religiosa. No es una fe más o menos ciega, como la de los católicos, protestantes, musulmanes; es una fe científica, personal, apoyándose en observaciones, porque realmente, aunque que esas observaciones sean frecuentemente bastante imperfectas, esas personas han observado, visto, tocado, controlado, oído, o por lo menos han pensado ver tocar, oír, controlar.

Junto a los periódicos hay libros, entre los cuales hay algunos notables. Solamente la bibliografía de esos libros y los artículos de espiritismo o de metapsíquica serían de doscientas páginas, quizá todavía más.

Es una biblioteca muy voluminosa, incluso no tomando más que los trabajos escritos desde hace medio siglo (ver por ejemplo el último catálogo de Rider, en Londres).

Me niego absolutamente a creer que todos esos libros, que todos esos periódicos son una colección de mentiras y equivocaciones. Que haya algunas mentiras, muchas equivocaciones y más aún, ilusiones, es absolutamente positivo. Pero Jehová habría perdonado a Gomorra si allí hubiese un único justo, y hay ciertamente más de un escrito verídico en los relatos, que nos son proporcionados en abundancia.

A todos esos escritos, a todos esos hechos confirmados por sabios ilustres, expuestos por personas de buena fe, hacen siempre la misma objeción: “¡Es contrario al buen sentido, es absurdo!” No sé qué sabio osó decir: No quiero asistir a la experiencia que me propones, porque ya estoy seguro de que, si yo creyese, ella me induciría a un error

formidable. ¡Oh, qué terrible ceguera rehusar por adelantado una experimentación nueva! Es necesaria una fe inamovible, injustificable, no obstante, en los miserables datos actuales de nuestros sentidos y de nuestras ciencias, para negar cualquier cosa a priori.

Tanto más que nada es contradictorio, los fenómenos son nuevos e inhabituales, ellos nada destruyen. No es lo absurdo, es lo desconocido todavía.

El buen sentido de 1933 no es el mismo de 1833.

En 1833 quién podría suponer que se colocarían todas las dolencias en pequeños frascos, que se podrían hacer las más graves operaciones sin que el operado sintiese el menor dolor, que máquinas cargadas con cinco mil kilos irían, en menos de dos horas, por los aires de Londres a París, que se oiría en París, en Berlín o en Roma, un discurso pronunciado, o un concierto realizado en Nueva York, que se reproduciría la imagen, no solo de las personas, sino además de sus movimientos, etc....

Es todo un mundo, que los académicos de 1833 hubieran considerado farsa o hechicería, y hubieran, en nombre del más elemental buen sentido (de 1833), repudiado esas extravagancias.

Abordemos, por tanto, con riesgo de ofender el buen sentido de los Académicos de 1933, lo increíble, lo inhabitual y lo absurdo.

CAPÍTULO I

LO INHABITUAL EN LA BIOLOGÍA

Yo podría escribir largas páginas y relatar numerosos hechos, pero seré breve.

A - Curaciones increíbles debidas a fenómenos misteriosos.

Hay muchas, pero me contentaré con citar dos.

I - He aquí un caso señalado por Duchatel y Warcolier (Les Miracles de la Volonté, París, Durville, 1913, páginas 89 a 96).

La Srta. B., de veintiocho años de edad, huérfana. Un hermano muerto de tuberculosis a la edad de ocho años. Ella también está tuberculosa, si bien haya tenido que recogerse definitivamente al lecho en abril de 1905. Tres médicos llamados en consultas separadas hacen el mismo diagnóstico:

1. °, pérdida absoluta de sensibilidad y de movimiento de los miembros inferiores.

2. °, hinchazón extrema del abdomen con muchos dolores, haciendo imposible la palpación.

3. °, respiración disminuida en los dos lados. A la izquierda, estertores y ruidos submacizos.

4. °, sensibilidad aguda en la región vertebral; la columna presenta una curvatura convexa a la izquierda.

Estado general: adelgazamiento y debilidad extrema, pérdida de apetito, constipación pertinaz, insomnio por lesión de la columna vertebral, tuberculosis pulmonar y peritoneal, estado gravísimo.

A 28 de febrero el Doctor Levy acude a ver a esa pobre mujer, concluyendo que no hay esperanza alguna de curación. Ella está inerte en el lecho, solamente los brazos conservan algunos raros movimientos, y puede ligeramente volver la cabeza al lado derecho. Pero así que se le levanta el

cuerpo, la cabeza pende pesadamente. No es posible sentarla en el lecho, la columna no tiene firmeza alguna. Cada uno de sus movimientos provoca un síncope, el vientre está muy agrandado, las asas intestinales distendidas se dibujan bajo la pared abdominal.

A la desesperada se llamó entonces al Sr. Emile Magnin para experimentar un tratamiento por el magnetismo. La Srta. B. le contó esto: El 18 de septiembre, a las dos de la mañana, mi lámpara se apagó dos veces. Oí entonces una voz, proveniente del cuarto vecino: - ¿Puedes soportar la prueba?

Y yo respondí: ¡sí!

Entonces se acercó a mí una fina mano alargada, sujetando una llama que iluminó todo el cuarto y pude leer estas palabras: “a 8 de mayo tú te levantarás.” La visión desapareció lentamente y, tras algunos minutos de oscuridad, la lámpara se encendió sola (¡!)

Ante esto, el Señor Magnin, de acuerdo con los médicos, le da pases magnéticos que calman los dolores y traen un poco de sueño a la enferma.

A 8 de marzo la enferma cuenta nuevamente a su médico, Señor Magnin, que veía junto a sí una linda señora; después su pecho se calma, ella se mueve y vuelve la cabeza, hace esfuerzos para sentarse, poniéndose perfectamente erecta, sentada en el lecho. El Señor Magnin entonces dice a la linda señora (a quien él no veía) – Si sois vos quien ahí estáis, tenéis poder para hacer andar a la enferma. La enferma levanta lentamente la pierna derecha, después la pierna izquierda, se apoya contra el lecho y hace dos veces la vuelta al cuarto. Poco a poco la expresión cambia; hay una verdadera transfiguración. – No creo alterar la verdad, dice

el Señor Magnin, pretendo haber visto una pálida aureola que circundaba la cabeza de la enferma. Después, a dos pasos de la cama, su pecho se inclinó, la cabeza volvió a pender y las piernas se doblaron. El Señor Magnin la tomó en sus brazos y la colocó en el lecho.

A 16 de marzo durmió siete horas. Dijo que su amiguita le había mandado extender las manos, que las había tocado, habiendo entonces sentido una fuerza nueva. Escribió después una carta, lo que no sucedía desde hacia veintitrés meses.

Cesaron las hemoptisis.

¡A 15 de mayo estaba definitivamente curada!

Como si esta historia no fuese suficientemente extraña, añadiremos esto: que el agradecimiento de la enferma la llevó hasta el punto de querer casarse con el Señor Magnin, y como Magnin rehusase, la linda señora le dijo que lo haría morir.

El Señor Magnin la disuadió (no sin dificultad) de ese proyecto funesto (por intermedio de la enferma). Entonces la linda señora le dijo: - Yo os demostraré que me sería fácil poner mi proyecto en ejecución.

Dos días más tarde el Señor Magnin fue a Veules, se dirigió a la orilla del mar y se puso a leer, tranquilamente, junto a una roca. Tras dos horas, se levantó para volver, pero nada más hacerlo la roca se desmoronó. Si el Señor Magnin aún estuviese allí, hubiera sido aplastado.

En cuanto a la Srta. B., ella se consoló. Completamente curada, se casó y tuvo dos hijos.

Detengámonos un instante en esta historia extravagante.

En primer lugar, es auténtica, pues no se puede considerar al Señor Magnin como ingenuo o mentiroso.

Tendremos frecuentemente que volver a esas dos objeciones, tan fáciles que siempre se podrá observar: mentira cínica o credulidad imbécil. Pero en este caso esas dos objeciones son nulas, porque el Señor Magnin (a quien conozco personalmente) es de una honestidad escrupulosa, y su sagacidad de observador y de crítico es incontestable. Es preciso, pues, aceptar los hechos tal como él los relata.

1. ° - Una enferma cuyos pulmones están tuberculosos, que tiene una lesión ósea en la columna vertebral y una paraplejia debida a una compresión medular (mal de Pott) (tuberculosis ósea) curada en tres meses y curada completamente; los cuatro médicos que la examinaron no vacilaron en el diagnóstico y en un pronóstico rápidamente fatal. Ella estaba, pues, absolutamente condenada, y, en el estado actual de la ciencia médica, no había duda de que jamás se podría salvar un enfermo tan grave.

2. ° - La presencia (si bien muy hipotética) de la linda señora (una alucinación evidente) tuvo conexión con la cura. La Srta. B. la oyó, vio su mano que llevaba una luz y ciertamente sintió su contacto.

Sí, fue sin duda una alucinación. Pero la palabra alucinación se ha empleado muy aprisa. Es una alucinación bastante singular, puesto que indicó la cura increíble. Y, como dice el Señor Magnin, la descripción que la Srta. B. hizo de la linda señora parece corresponder a una persona de su familia (¿?).

3. ° - ¿Qué decir de la pálida aureola que el Señor Magnin vio en torno a la cabeza de la enferma? ¿Sería una alucinación del propio Señor Magnin?

4. ° - En cuanto al desmoronamiento de la roca, ¿sería una casualidad? Ciertamente, sí, es posible, pero muy poco verosímil.

Si se quisiese, a la fuerza, encontrar explicaciones racionales para esos extraños acontecimientos, seríamos obligados a decir:

1. ° - Que los médicos diagnosticaron el mal de Pott, cuando no era más que histeria (¡!).

2. ° - Incluso atacados del mal de Pott y de tuberculosis, los enfermos algunas veces sanan (¿en tres meses?).

3. ° - La linda señora no es más que una imaginación de la Srta. B.

4. ° - La aureola no es más que una alucinación del Señor Magnin.

5. ° - El desmoronamiento de la roca no es más que una casualidad.

Pero se ve inmediatamente hasta que punto estas cinco suposiciones son absurdas. Más vale reconocer francamente que nada comprendemos.

II - He aquí un caso referido por el Señor Magnin (Annales des Gentes Psychiques, diciembre de 1907). Se trata de una curación inverosímil sobrevenida en Lourdes.

En diciembre de 1897 Gabriel Gargan, empleado de Correos, es víctima de un accidente de ferrocarril, en el tren que va de Burdeos a París, cerca de Angoulème, a las 22:30h. Es arrojado a distancia de la vía, queda sepultado en la nieve hasta las 7 de la mañana. Entonces es transportado al Hospital de Angoulème. Está sin sentido, cubierto de llagas, parapléjico, la clavícula rota. Después se debilita gradualmente. Hay que alimentarlo por medio de una sonda. La paraplejia es completa. Dos informes médicos en el

proceso que él intenta contra la Compañía de Orleáns atestiguan no solo la incurabilidad, sino además la evolución progresiva de la dolencia. La gangrena empezaba en las extremidades.

Gargan era muy poco religioso. Pero a la vista de la insistencia de una de sus tías y de sus primas, religiosas en Angoulême, él se deja llevar a Lourdes, se confiesa y desea comulgar. De súbito, en el momento en que iba a comulgar, él se yergue: “ayúdeme, dice, yo puedo andar”.

He aquí la narración que hizo M. V., Concejal Municipal radical de una gran ciudad del centro: “Allí estaba él ante nosotros, erecto como un resucitado, sin sombrero, sin pantalones, no teniendo puestos más que una camisa y un albornoz.” “Dejadme andar”, exclamó nuevamente: “Virgen Santa, sollozó su madre, hacía veinte meses que él no hablaba.” Y ante miles de espectadores, esa ruina humana, cuyas piernas eran semejantes a los cilindros de los pasteleros, y con unos pies que no eran más que un montón de llagas, da algunos pasos vacilantes por el cuarto. En los pies, las heridas que supuraban están casi totalmente curadas; la voz es distinta, ingiere caldo, ostras y pechuga de gallina. Al día siguiente, vestido de nuevo, él se presenta en el despacho. Ya no hay gangrena en los pies, la cicatrización prosigue a pasos agigantados y puede andar sin apoyo.

Tres semanas más tarde ya había ganado dos kilos. Hoy es enfermero en Lourdes y puede hacer trabajos pesados.

Nada tenemos para añadir a esta observación: nos es imposible admitir un milagro, pero también es imposible suponer que haya sido algo normal. Por tanto, no aceptamos ni las conclusiones alambicadas de los escépticos, ni las

conclusiones entusiastas de los creyentes. Estamos ante lo incomprendible (7).

Parece, pues, que los fenómenos normales de la fisiología, de la terapéutica, de la patología, bajo la influencia de no sé qué fuerzas, están completamente revueltos y trastornados.

AYUNOS PROLONGADOS

La fisiología nos enseña que si la temperatura de nuestro cuerpo y de todos los “homeotérmicos” (animales de sangre caliente) es más alta en 20°, algunas veces en 30°, algunas veces incluso en 50° por encima de la temperatura ambiente, es porque hay una combustión del carbono y del hidrógeno en nuestros tejidos. Ahora bien, esa combustión no puede evidentemente prolongarse sin que la alimentación introduzca el carbono y el hidrógeno destinados a sustituir el carbono y el hidrógeno que se han quemado en los tejidos orgánicos.

En estado normal, el hombre puede soportar sin gran daño un ayuno de una semana, pero es raro que su vida pueda prolongarse tras veinte días de ayuno. En todo caso, los ayunadores profesionales (pues esa extraña profesión ha sido adoptada por algunos), jamás han podido sobrepasar el número de cincuenta días (de una vez). Y durante ese tiempo han adelgazado enormemente.

He aquí hechos tan bien y tan frecuentemente establecidos que parecen leyes.

Bajo la influencia de ideas místicas, generalmente religiosas, y algunas veces incluso sin idea religiosa alguna, individuos, principalmente mujeres, pueden ayunar durante mucho más tiempo, casi sin adelgazar. En todo caso, conservan la integridad de sus funciones musculares e intelectuales y su temperatura no sufre descenso notable. Relataré algunos de esos casos (8).

Catalina Binder (1587) permanece siete años sin comer ni beber. Una niña de doce años, en Angers, permanece durante cuatro años sin ingerir alimento alguno, no siendo un poco de agua (1568). Una niña de Spire (1586) pasa tres años sin comer, lo mismo que una joven de Confolens, en Poitou (1602). Kundmann habla de dos jóvenes, una de las cuales pasó diez años y la otra tres sin comer nada (1724). Según Fontenette, una joven de quince años estuvo cuatro años sin beber ni comer. Mercadier (1765) cuenta la historia de una mujer que habría estado 17 años sin comer.

Mencionaré solamente – puesto que es muy semejante a las otras – la observación siguiente de las Ephémérides des Curieux de la Nature (1670-1686), sobre una abstinencia extraordinaria de toda clase de alimentos, por Henri Samson.

Una hija del Conde Derby, llamada Marthe Teiler, recibió un golpe en la espalda que la obligó a retener algunas gotas de zumo de ciruelas pasas cocidas. Lo tragó entonces con gran dificultad, perdiendo completamente el apetito. Desde la fiesta de Navidad (1667) ella dejó completamente de ingerir alimentos sólidos. La dificultad para tragar, habiendo aumentado cada día, hizo imposible incluso la absorción de líquidos, a excepción de algunas gotas de zumo de ciruelas pasas cocidas, o agua azucarada que le goteaban algunas veces (pero raramente) en la boca, con una pluma; y

ya dura tres meses esa abstinencia de toda clase de alimentos. Durante todo ese tiempo, ninguna evacuación, ni orina, ni excrementos. La boca está continuamente seca y es preciso humedecérsela de vez en cuando como acabamos de decir. El semblante se mantiene bueno y el sonido de la voz, bastante fuerte... la piel se mantiene áspera, cubierta de una especie de caspa. Una cantidad de curiosos, médicos y cirujanos de todas las provincias acuden de todas partes para ver a esa mujer y pasan muchas veces noches enteras junto a ella para examinarla y ver si descubren algún fraude. De esos hechos extraordinarios nadie duda en el país.”

Yo podría presentar todavía otras observaciones venidas de Francia, de Alemania, de Holanda, de Italia, de Inglaterra, de América, donde se verifican con detalle ayunos prolongados.

Bien entendido, los médicos que han conocido estos hechos extraños siempre han supuesto que había algún truco. Tomaron entonces todas las precauciones necesarias para no ser embaucados. En realidad, ellos no han vigilado a esos bizarros ayunadores durante sus años de ayuno, habiéndose contentado únicamente con una observación atenta y escrupulosa durante algunos días. Es absolutamente imposible pretender que sus observaciones no sean más que mentiras, salvo si los consideramos de una ignorancia crasa.

Aún admitiendo que haya un 90% de exageración, es todavía una cantidad de alimento mucho menor que la que la Fisiología normal nos permite admitir.

No es solo a causa de lo absurdo de una simulación total, en las treinta o cuarenta observaciones publicadas, por lo que creo que son parcialmente auténticas, sino porque he tenido ocasión de observar metódicamente a dos mujeres que, sin

ayunar completamente, han tenido sin embargo una alimentación absolutamente insuficiente y eso sin que su peso haya disminuido sensiblemente y sin que su temperatura haya caído más bajo de lo normal.

En estado normal la producción de calorías en un adulto que se nutre regularmente es de cerca de 45 calorías por kilogramo y hora. En los campesinos italianos, los más nutridos, en los japoneses, en los abisinios, en los malayos que viven en los climas cálidos, la producción de calorías es de 40 por kilogramo y hora. En los ayunadores profesionales (ya que el consumo de los tejidos es evidentemente mínimo) es de 26 calorías. Pues bien, en las mujeres cuyo régimen escrupulosamente observé, la producción fue de 12 calorías en L. y en Marceline de solamente 7 calorías.

He ahí, pues, el hecho normal, científicamente constatado, de que en esas dos mujeres la producción de calorías no fue sino la quinta parte de la producción calórica normal.

Lo que confirma absolutamente esa anomalía extraña es que midiendo la cantidad de oxígeno consumido y la cantidad de carbono quemado, encontré una disminución del 75% de las combustiones respiratorias (en comparación con el metabolismo habitual).

No entro en detalles. Señalo simplemente el hecho y, entre paréntesis, me sorprende enormemente que esas anomalías no hayan producido mayor asombro entre los fisiólogos y los médicos. ¡Cómo! ¡La temperatura del cuerpo puede mantenerse sin que haya combustión correlativa!

Un caso más reciente y bastante curioso es el de Teresa Neumann, de Konnersreuth (Baviera). Ya existe acerca de ella una bibliografía abundante: el Canónigo de Hovere, el

Profesor Ewal, el Dr. Weiss, el Dr. Kröner, el Dr. Seidl, el Dr. Gerlich, el Dr. Willemin, el Padre Meharht y el Dr. Maer de Gand (Annales et Bulletin de la Sté. Royale de Gand, página 123). Según M. Maer, desde 1927 Teresa nada come. Todo en ella es extraordinario. Llagas supurantes han invadido su espalda y sus pies. Pero la aplicación de una reliquia determinó la cura inmediata de esas llagas. Una apendicitis aguda, que debía ser operada con urgencia, fue curada inmediatamente tras una invocación; una bronconeumonía que la tiene entre la vida y la muerte sana súbitamente cuando se oye una voz anunciando la curación. Hay estigmas (flujo de sangre de los párpados). Otros estigmas surgen como si ella hubiese sido crucificada como Cristo, en la espalda, en las palmas de las manos y en la frente, es decir, en el mismo lugar donde fue colocada la corona de espinas, y en la espalda, en el mismo lugar donde Cristo apoyó la Cruz. Se asiste incluso al espectáculo impresionante de la sangre que brota de las regiones estigmatizadas. A veces ella habla en un idioma desconocido, que nadie a su alrededor puede comprender. Algunos filólogos juzgaron reconocer el arameo, es decir, el idioma que se hablaba en Palestina en los tiempos de Cristo. (¿?)

Desde 1927, ya no vuelve a comer. Entonces, para comprobarlo, la sometieron a controles severos. El Profesor Ewald dice que nada justifica la idea de un fraude y que todo es completamente inexplicable. Declara que es un fenómeno anti fisiológico. En cuanto al Doctor Kröner, encontró una explicación ingeniosa, es decir, que se produce una nutrición astral.

El caso del ayuno de Teresa Neumann es, pues, realmente extraordinario; pero se ve, según el breve resumen mencionado anteriormente sobre casos análogos, que no es ese el único caso conocido de ayuno prolongado.

Así, pues, nos hallamos en presencia de hechos auténticos que parecen estar en contradicción con los más positivos datos y los más universales de la Biología y de la Patología. Hemos entonces forzados a admitir que hay, por una causa cualquiera, individuos que no forman parte del cuadro de los individuos corrientes.

LOS ESTIGMATIZADOS

Hay pocas cuestiones que den lugar a tantos escritos y polémicas como la estigmatización (9). Solamente la bibliografía ocuparía innumerables páginas de este libro, pero nos contentaremos con relatar dos o tres casos de estigmatización que parecen estar más allá de toda polémica posible.

He aquí en qué consiste la estigmatización: son flujos, destilaciones de sangre, acompañadas de alteración de la epidermis, de hemorragias cutáneas, convirtiéndose en formas especiales.

El primer estigmatizado y el más célebre fue San Francisco de Asís. El 14 de septiembre de 1224, estando en éxtasis, tuvo la visión de un ángel que le anunció su crucifixión como Jesucristo. Hacía algún tiempo, innumerables personas habían visto sus manos y pies

traspasados por clavos que se veían. Había también en su costado derecho una llaga enrojecida como si hubiese sido abierta por una lanza; frecuentemente de esa llaga manaba sangre que encharcaba su túnica. Las llagas de las manos, de los pies y del costado eran continuamente dolorosas, pero jamás supuraban.

A la muerte del santo, dice San Buenaventura, más de cincuenta hermanos, así como la virgen Clara y sus hermanas, pudieron ver los estigmas sagrados.

¿Qué valor tienen esos testimonios?

Dirán tratarse de testimonios de la Edad Media, pero, como justamente hace notar De Vesme, para los sabios del siglo XXX, los sabios del siglo XX también serán de la Edad Media. Es fácil, pues, poner en duda los estigmas de Francisco de Asís, y se podría o hasta se debería dudar, si no hubiese en las vidas de santos o incluso de individuos vulgares, un número respetable de fenómenos análogos.

Los estigmas de Santa Verónica (abril de 1700) aparecen incluso después de encerrar sus manos en guantes sellados.

En lo que se refiere a nuestros días, se conocen numerosas historias de estigmatizados. Teresa Neumann, de quien hablé hace poco, fue ciertamente una estigmatizada. Transcribiré solamente según De Vesme, la opinión del Doctor Gerlich, Redactor-Jefe de un gran periódico de Múnich. Llegó a Konnersreuth con bastante escepticismo, pero habiendo tenido la constancia de estudiar el caso durante dos años (de los cuales pasó cinco meses constantemente al lado de Teresa) Gerlich, historiador protestante, narra esa larga observación y termina diciendo: “Ya no dudo de la autenticidad de los fenómenos”, llegando incluso a decir que la única explicación posible es la mística.

Ensayemos, por tanto, encontrar una explicación racional a la estigmatización, puesto que, en la mayoría de esos casos observados, la hipótesis del embuste es inadmisibile. ¿Podremos explicar por los datos de la fisiopatología normal el fenómeno de las hemorragias cutáneas?

Todo el mundo sabe que hay fenómenos vasomotores y no es absurdo pensar que éstos pueden estar influidos por el sistema nervioso central y por el gran simpático en su dirección, localización y extensión. Pero es ciertamente bastante singular que la voluntad pueda producir una congestión de la piel distintamente definida para presentar una cruz o letras.

Lo que es completamente anormal, incomprensible e inhabitual, es que esa congestión definida de la piel pueda llegar a la hemorragia.

Por otra parte, con la estigmatización simple se confunden los fenómenos accesorios, los estigmas luminosos, los estigmas perfumados, los estigmas de los cuales la sangre fluye en sentido contrario a la gravedad, los estigmas que sanan sin dejar rastro, las alteraciones de la piel donde no hay supuración.

En suma, la fisiología de los estigmatizados es absolutamente diferente de la fisiología normal.

¿Debemos ver en eso, como hacen muchos católicos, el efecto de una intervención divina o angelical? Sería completamente injustificado, porque hay casos de estigmas en personas no religiosas, o cuya religión era bastante heteróclita, como por ejemplo en esa religiosa de que habla De Vesme, quien se decía esposa de Jesucristo y que no obstante cometía una infinidad de infidelidades muy materiales contra su divino Esposo. Ignacio de Loyola no

objeta los estigmas de esa joven, pero lo considera todo obra del diablo (¡!).

Entre los protestantes, incluso entre los musulmanes, también hubo estigmatizados.

Aquí pues, cualquiera que sea la extrañeza de la estigmatización, estamos en el límite entre los fenómenos fisiológicos normales y los fenómenos metapsíquicos. Sin embargo, es bastante extraordinario que, en ciertos individuos, la inervación cerebral, ya sea consciente o inconsciente, sea capaz de hacer nacer en la piel manchas enrojecidas, hinchazones, llegando a la hemorragia. Dicen algunas veces: son histéricos. ¡Sí! Es fácil decirlo, pero la histeria es como un cesto donde se arroja, en mezcolanza, todo lo que no se comprende ni se explica.

Si algún crítico tuviese la idea, en parte justificable, pero que por mi parte considero errónea, de poner en duda todos los estigmas observados por los religiosos y religiosas, desde San Francisco de Asís (1224) hasta Teresa Neumann (1931), yo le citaré una experiencia rigurosa a la que asistí, en compañía de mis amigos Doctores Jean Charles Roux, Osty y Cunéo.

Se trata de la Señora Kahl, de nacionalidad rusa.

La Señor Kahl, ante nosotros, al extender su brazo desnudo, pudo hacer surgir, sin que se supiese como, dermatográficos cutáneos lo bastante nítidos para que todo el mundo pudiese leer, según el relieve, ciertas letras en la piel. En una experiencia llevada a cabo en el Instituto Metapsíquico (*Revue Métapsychique*, 1929, p. 133), a 28 de enero de 1928 la Señora Cunéo, en la sala vecina, escribe cualquier cosa al azar, según su inspiración, sobre un pedazo de papel que dobla y entrega a Cunéo, que lo guarda en su

bolsillo. Entonces, después de que la Señora Cunéo haya tocado ligeramente el brazo de Olga Kahl, así que retiró la mano, vemos dibujarse sobre el antebrazo de ésta la palabra Sabine. Pues bien, la Señora Cunéo había escrito el nombre de su hija Sabine.

Así pues, en esa curiosa experiencia, hay dos cosas distintas: en primer lugar el conocimiento mediante el sexto sentido de la palabra escrita por la Señora Cunéo; en segundo, la aparición dermatográfica de la palabra que, inconscientemente, la Señora Kahl recibió.

Casi no se puede explicar la fisiología normal de los fenómenos de estigmatización, pero el no poder explicarlos no es una razón para negarlos. Volvamos, pues, a la conclusión de que hay seres cuya fisiología es enteramente especial. Aceptemos para ellos el triste nombre de médium y digamos que existen médiums, es decir, seres humanos excepcionales, anormales, sustraídos a las leyes biológicas que nos hemos acostumbrado a tener por absolutas.

LA INCOMBUSTIBILIDAD

Una serie de hechos aún más extravagantes se refiere a la incombustibilidad.

Si hay algo que parece evidente, en general, es que nuestros tejidos son destruidos por el fuego. No se trata de Biología, sino de simple Química.

No obstante, hay excepciones.

Home dio magníficos ejemplos; el Vizconde de Adare, Lord Dunraven, la Señora Jenkins, el Mayor Blackburn, la Señora Hennings, todos grandes personajes de la nobleza inglesa son testigos de tales hechos.

En casa de la Señora Hennings, Home se acerca a la chimenea, toma una brasa (dos veces mayor que una naranja) la pone en su mano y se pasea así por la sala; hace entonces que le huelan las manos, que en vez de oler a quemado están perfumadas. Vuelve después a poner la brasa en el fuego y, arrodillándose, pone su rostro sobre las ascuas (Placed his face among the burning coal moving it about as though bathing in water) (10).

Él me preguntó, dijo Adare, si yo deseaba tocar la brasa. La sujeté con las dos manos; él colocó las manos sobre las mías y permanecimos con la brasa entre nuestras cuatro manos. No he sentido más que algo de calor.

Evidentemente es imposible cualquier explicación racional de esos hechos extraordinarios, pero las condiciones de la experimentación son tales que no se puede suponer que se haya embaucado a todas las nobles y sensatas personas presentes.

No obstante, por más extraordinaria que sea esa proeza de Home, él no ha sido el único, y podríamos citar a algunos más, según M. Oliver Leroy ('Les hommes salamandres – Recherches et réflexions sur l'incombustibilité du humain' – París, 1931).

Lo mismo se ha observado en ciertos santos, como San Francisco de Paúl, Santa Catalina de Siena, a quienes la Iglesia Católica venera, aceptando su testimonio. Está el 'fire walk' que aún hoy se practica en la India. Algunos pueden andar con los pies descalzos sobre el fuego, sin quemarse.

Están además las hazañas, más o menos funambulescas, de los Aissaouas y de los Faquires.

La autenticidad de tales fenómenos debe suscitar dudas reales. Sin embargo, la experiencia de Home, considerando por un lado la autoridad y multiplicidad de los testigos, y por otro, la intensidad de los fenómenos, resiste absolutamente todas las críticas.

A la incombustibilidad de Home nosotros añadiremos un hecho casi tan extraordinario. Se trata de una fanática jansenista sobre la tumba del diácono de París (1731). Un proceso verbal ha sido firmado por un Doctor en Teología por la Sorbona, un Canónigo, un Lord inglés, cuatro burgueses de París, cuatro escuderos, un Consejero del Parlamento y un Tesorero del Tribunal de Cuentas, Armand Arouet, cuyo nombre actualmente es célebre.

Veamos qué dice ese proceso verbal.

“Hemos visto a María Sonnet acostar su cabeza sobre un taburete, de manera que su cuerpo, bajo la cubierta de un enorme fogón, permaneciese en el aire por sobre el fuego, que era de una virulencia extrema. Ella permaneció así por espacio de 36 minutos, sin que la cubierta en la cual se envolvía, no teniendo otras ropas, se quemase, a pesar de que la llama muchas veces la cubriese, lo cual nos ha parecido sobrenatural. Mientras firmábamos este certificado, dicha Sonnet se colocó nuevamente sobre el fuego y allí permaneció durante nueve minutos, procurando adormecer sobre el brasero ardiente”.

Es difícil creer que los hombres probos que firmaron ese documento hayan imprudentemente mentado. (Oliver Leroy, *Les hommes salamandres*, París, 1932, páginas 31-33).

Y ahora, retomando esos diferentes hechos, en apariencia maravillosos (hechos de los cuales podríamos presentar innumerables ejemplos, y que, para abreviar, hemos reducido a los casos que nos han parecido los más demostrativos de la serie), constatamos que las llamadas leyes absolutas de la Biología no existen.

1° - Una mujer atacada de mal de Pott, paraplejia, tuberculosis ósea y peritoneal, tuberculosa de los dos pulmones, se ha curado en tres meses, tal como se lo había predicho un fantasma y, al cabo de un año, se casa y tiene hijos.

2° - En Lourdes un individuo cuya columna vertebral se había fracturado, sana casi de súbito.

3° - Algunas mujeres pueden vivir casi sin comer, casi sin respirar, casi sin adelgazar durante meses y meses, y, no obstante, su temperatura no desciende.

4° - Fue posible (a Home) tocar una brasa ardiente y poner el rostro en un brasero sin quemarse. Por tanto, ciertos individuos pueden ser incombustibles.

5° - Bajo la influencia de emociones místicas poderosas, se han visto surgir hemorragias cutáneas, que tenían formas determinadas (estigmas de los Santos).

¿Podríamos explicar esos hechos extraños? En el primero podríamos creer en la intervención de un espíritu todopoderoso. Rigurosamente, para los fenómenos de Lourdes y los estigmas de los Santos puede suponerse, aunque sea muy poco satisfactorio. Rigurosamente también, podemos admitir la intervención de un espíritu en la curación de la Srta. E. y en la incombustibilidad de Home; pero la explicación no es razonable en los casos de ayunos

prolongados, puesto que se trata de personas vulgares que no recurren a ningún poder divino.

Sin embargo, aún admitiendo la injerencia de una divinidad (o de media divinidad) cómo suponer que esa fuerza sea bastante poderosa para modificar las condiciones normales de la vida de los tejidos y volverlos incombustibles, para mantener la temperatura orgánica sin combustión intersticial, para curar en algunas horas una llaga en la médula, para hacer surgir cruces sanguinolentas en las manos y en los pies. Esa pretendida explicación a través de fuerzas sobrenaturales desconocidas es precisamente lo contrario de una explicación, es la omisión dolorosa de nuestra ignorancia, es, en una palabra, lo misterioso.

Por tanto, desde el punto de vista de la ciencia actual, hay anomalías tales, excepciones tan extraordinarias, que nos sentimos inmersos en un océano de tinieblas y de dudas. Esos fenómenos tienen una causa, pero nuestra ciencia (que aún se encuentra en la infancia) no puede conjeturar cuál sea esa causa.

Y voy a insistir sobre esos absurdos aparentes porque se trata de consideraciones que creo nuevas y que son quizá la trama esencial de lo que habrá de decirse en este libro.

El principio supuesto de la identidad es absoluto y no admite restricciones.

Sean, por ejemplo, a y b . Cada vez que yo tenga una relación cualquiera entre a y b , si esa relación es idéntica, el resultado será idéntico asimismo. Si yo multiplico a por b , obtendré siempre el mismo producto ab ; si yo divido a entre b , obtendré siempre a entre b . No es un postulado, es una tautología.

Pero esa evidencia tautológica supone que a es siempre rigurosamente idéntico a a , y que b es siempre rigurosamente idéntico a b . Ahora bien, esa identidad nunca existe en la Naturaleza.

Solo existe identidad para los a en matemáticas, pues en las cosas naturales jamás hay dos a que sean absolutamente idénticos. Siempre que así pensamos, nos equivocamos, pues esto es una imperfección de nuestro enjuiciamiento y de nuestros sentidos, que consideran a esos dos a idénticos.

Cuando sus semejanzas son enormes, por ejemplo, como dos átomos de hidrógeno, no podemos establecer entre ellos diferencia alguna. Suponemos entonces (arbitrariamente) que son idénticos y que, si por ejemplo tomamos a b haciéndole actuar sobre a obtendremos siempre el mismo resultado. Pero es un error; en realidad nunca obtendremos ab y ab , sino ab , $a'b'$, $a''b''$, etc. ...

Y voy a presentar algunos ejemplos para demostrar, de manera evidente, que jamás habrá en el mundo de las cosas reales dos a ni dos b idénticos.

Nada será más común, diré incluso más absoluto, que la ley de la caída de los cuerpos. Una piedra lanzada al aire siempre cae y estaríamos tentados a decir, como consecuencia de nuestras innumerables y constantes experiencias, que nunca hay excepciones en esa ley.

No obstante, estamos equivocados. He aquí un trozo de hierro. Lo lanzo al aire, él cae. Pero si yo lo lanzo al techo de mi cuarto y si en el techo hay un fuerte imán, o incluso un solenoide, entonces el hierro no caerá. Se quedará pegado al imán. Si yo ignoro las propiedades magnéticas del imán y si no sé de la existencia de un imán en el techo, estaré tentado a

decir que los cuerpos lanzados al aire, mal grado su peso, no siempre caen.

No hay necesidad de un imán, porque si en el techo se ha puesto un hierro dulce envuelto en un hilo metálico por el cual pase una corriente eléctrica, el trozo de hierro caerá como todos los otros trozos en cuanto se desconecte la corriente. Pero si alguien, desde cerca o desde lejos, sin que yo lo sepa, hace pasar algunas veces por la espiral metálica una corriente eléctrica de intensidad suficiente, entonces el trozo de hierro quedará, por la imantación del hierro dulce, retenido en el techo; y si ignoro la fantasía del que hizo pasar una corriente eléctrica en la espiral metálica, estaré obligado a decir:

1. ° - que casi todos los cuerpos caen por tierra cuando se lanzan al aire;

2. ° - que a veces, sin que sepamos la causa, los trozos de hierro no caen.

3. ° - Los físicos modernos, estudiando profundamente la radioactividad, han constatado que no es el determinismo, determinismo siempre incompleto, imperfecto y grosero, lo que regula los fenómenos, sino la probabilidad. Los hechos constatados son registrados estadísticamente. Tenemos una media que nos proporciona, no una certeza, sino una probabilidad. Cuando se extrae la media sobre un número inmenso de guarismos, la probabilidad se aproxima a la certeza, sin nunca alcanzarla.

He aquí, por ejemplo, en este frasco, 3.000.000 de átomos de radio. Todos los años hay más o menos 1.000 que desaparecen, estallando. Por tanto, había cerca de 1.000 que deben desaparecer, pero no son exactamente 1.000 y en todo caso, nada nos hará prever cuáles son los que van a

transformarse. Es poco más o menos como si, en una ciudad de 3.000.000 de habitantes, siendo la mortalidad del 10%, se pudiese prever que al cabo de un año habrá más o menos 1.000 muertos. Pero no se sabe quiénes son los que van a morir.

Retomemos nuestro frasco de radio al año siguiente; hay todavía 1.000 átomos que van a desaparecer. Todos los años ocurrirá casi lo mismo. Diremos entonces que esos tres millones de átomos no se conducen todos de la misma manera, por tanto, que no son idénticos.

Así, los átomos de radio, aunque nos parezcan idénticos, no lo son. Hay los que son más viejos y van a perecer, absolutamente, como en la ciudad hay individuos de edades diferentes, entre los cuales algunos, principalmente los más viejos, van a desaparecer. Comprendemos perfectamente que los diversos individuos de una ciudad, niños, adolescentes, viejos, mujeres, obreros, burgueses, enfermos, alcohólicos, alienados, tuberculosos, cancerosos, miserables, son muy diferentes unos de otros, y que el índice de mortalidad no nos puede dar más que una estadística global; pero nos sentimos terriblemente confundidos cuando se trata del radio. ¿Cómo admitir que un átomo de radio sea diferente de otro átomo?

3.º - Con mayor motivo cuando se trata de células vivas, incluso muy simples, monocelulares como las bacterias. Hice una experiencia a la cual no se dio la importancia merecida: “Antisépticos regulares e irregulares”. (Hecha la comunicación a la Academia de Ciencias). Si tomamos un caldo conteniendo lactosa (cerca de 40 gramos por litro) y lo sembramos de fermento lácteo, la lactosa fermenta y se vuelve ácido láctico, que se puede fácilmente cuantificar por el simple manejo del acidómetro. La cantidad de ácido

formado va a medir la actividad de la vida del fermento. Ahora bien, se puede añadir al licor fermentable cierta cantidad de antisépticos, de manera que se disminuya en media – poco más o menos – un suponer, en un 50% la actividad de la fermentación. Pues bien, tomando como antiséptico el bicloruro de mercurio, la experiencia da resultados verdaderamente imprevistos. Tenemos cien tubos conteniendo el mismo licor fermentable con el añadido de las mismas cantidades de bicloruro de mercurio y fermento láctico muy diluido. Esos cien tubos parecen, por tanto, idénticos, pues se trata del mismo licor, del mismo antiséptico y de la misma proporción del mismo fermento.

¡Pues bien! Esos cien tubos no se conducen de la misma manera: hay cinco, por ejemplo, que han quedado estériles, en los cuales el fermento no ha germinado. Hay otros cinco en los cuales la fermentación ha sido más activa que en los líquidos fermentables normales no adicionados de bicloruro de mercurio. Los otros 90 tubos tendrán una fermentación de actividad intermedia, y la media dará un 50% de fermentación normal.

Se hace, pues, necesario llegar a la conclusión de que los microbios que servían de fermento no eran idénticos. Si fuesen idénticos, tendríamos la misma cantidad de ácidos en todos los tubos, con minúsculas diferencias omisibles, debidas a los errores experimentales.

Así, pues, y más aún para los átomos de radio, no hay para los fermentos una ley absoluta. No hay más que probabilidades.

4. ° - Actualmente los físicos han reconocido que dicha ley de Mariotte está sujeta a extravíos que exceden los posibles errores experimentales. Cuando se comprime un gas

a una atmósfera, su volumen disminuye a la mitad. Su volumen aumenta en mitad cuando se disminuye su presión en media atmósfera.

Ahora bien, esto es real solamente en parte; pues los números encontrados por la experiencia nunca son rigurosamente los que debían ser hallados. Estadísticamente, en media, la ley es exacta, pero esto es todo cuanto se puede decir. Admitimos entonces que el resultado no es sino global, real en media, puesto que está hecho sobre un número inmenso de moléculas; pero, sin duda, cada una de esas moléculas se conduce un poco a su manera con la compresión o la descomposición.

Por tanto, ya se trate de moléculas gaseosas, de átomos de radio, de células microbianas vivas o de cuerpos sujetos a la gravedad, hay pequeñas diferencias individuales que hacen imposible la edificación de una ley absoluta.

Estos preliminares eran necesarios para poner de manifiesto a nuestros ojos que, pese a la extrañeza de ciertos hechos, tenemos constataciones tan formales, pruebas experimentales tan rigurosas, que debemos admitirlos. Si hay diferencias reales, aunque inaccesibles a nuestros sentidos, entre las moléculas de un gas, entre los átomos de un cuerpo simple, entre las bacterias monocelulares provenientes de un mismo tronco, con más motivo en lo que se refiere a los seres humanos, tan desemejantes, debemos, sin sentirnos demasiado sorprendidos, aceptar los fenómenos que parecen extraños.

Yo podría multiplicar los ejemplos para establecer las leyes orgánicas constatadas por los médicos y fisiólogos, leyes que parecen fundadas en miles de experiencias y de observaciones, y que no obstante están sujetas a excepciones

singulares, inexplicables. Nuestra ignorancia, que nos encubre la no identidad de los individuos, debía ser reconocida como verdadera. El único punto litigioso es saber ahí si las observaciones han sido bien aprehendidas y si el control ha sido suficiente.

Y aún presentaré otro ejemplo, a fin de demostrar que no se pueden rigurosamente asimilar entre sí los diversos individuos humanos, pues tienen diferencias tales que sería muy imprudente prever, por un medio cualquiera, las reacciones o el destino de esta o de aquella individualidad.

Bien entendido, una media puede tomarse, siempre que se opere sobre números grandes. En París el número de suicidios es casi siempre el mismo anualmente. Pero en cuanto a prever que éste o aquél individuo se suicidará, eso es imposible.

1. ° - He aquí a tres o cuatro hormigas que deambulan; ellas siguen el mismo camino y son de tal forma semejantes entre sí que me es imposible distinguirlas. Hay, en cambio, una o dos que de tiempo en tiempo se desvían del camino. ¿Por qué esta más que aquella?

Lo que gobierna el mundo es la variedad, la diferencia, la no identidad. Cuando establecemos leyes, no de Matemáticas, sino de Física, de Mecánica, o de Biología, no es más que en media. Esa media, siendo media, es muy valiosa, pero eso es todo.

En verdad, cada vez que se quiere profundizar en algún punto, el punto no es nada sencillo. Aceptamos que haya diferencias, desvíos del término medio, pero esos desvíos no pueden ser enormes, inauditos, inverosímiles. Todas las hormigas andan casi con la misma celeridad, un metro por minuto, supongo. Admito, sin gran sorpresa, que algunas

pueden recorrer dos metros; pero es poco probable que se encuentren las que andan cinco metros, con mayor razón diez metros, número que consideraré absurdo.

Ahora bien, si tomamos el caso que indiqué, por ejemplo, la curación de Gargan o la de la Srta. B. por Magnin, entre la media de curaciones habituales y las dos curaciones rápidas observadas, el desvío es tal, que pese a toda mi dialéctica relativa a la diferenciación, no llegaré a comprenderlas.

¿Qué se dirá si se trata de ayunos prolongados? Y ¿qué se dirá principalmente cuando se trata de incombustibilidad?

Estamos, pues, ante lo inexplicable, casi absurdo.

Resta con todo un hecho positivo: y es que ciertos individuos tienen poderes extraordinarios; esos individuos son llamados médiums y debemos decir que los médiums no forman parte del grupo de los individuos normales. ¿Por qué?

La única explicación posible – que, no obstante, no es una explicación – es decir que son, o bien superhombres, seres extraños, excepcionales, o bien que están auxiliados, protegidos, envueltos por ciertas fuerzas sobrenaturales invisibles y desconocidas. Esas fuerzas, son, a lo que parece, inteligentes, y se les puede llamar espíritus.

Volveremos a estas dos hipótesis audaces en el transcurso de este libro.

CAPÍTULO II

LO INHABITUAL EN EL CONOCIMIENTO

MÁS LUCIDEZ QUE TELEPATÍA

Ahora llego a los fenómenos psicológicos habituales y resumiré – al empezar este capítulo – mi opinión muy ponderada, profundamente consolidada en mi espíritu, por una proposición sencilla y formal. A veces la inteligencia humana puede conocer ciertas realidades sin que ese conocimiento pueda atribuirse a la sagacidad, al azar o a percepciones sensoriales normales anteriores.

Por tanto, es menester admitir que ese conocimiento de las cosas exteriores nos llega a través de una excitación exterior cualquiera. Sin esto concluiríamos en el absurdo enorme de un efecto sin causa.

A esa sensibilidad especial la denomino sexto sentido, sin la ilusión de que ese nombre sea una explicación, todavía menos una teoría, pues de ese sexto sentido solo se conocen sus efectos, por cierto muy irregulares y muy fantasiosos. Pero antes de entrar en el estudio de ese sexto sentido, presentaré un ejemplo sobre el fenómeno de las nociones concretas que aún hará más fácil la discusión teórica.

En el libro que escribo sobre el sexto sentido, he recopilado cierta cantidad de documentos, pero aquí solo presentaré cinco que me parecen decisivos y mejores que los otros.

Se trata, en primer lugar, de mi admirable amigo Stephane Ossowietzky, que, tanto a mí como a Geley, a

Osty, a Schrenck-Notzing y a otros sabios, presentó pruebas sorprendentes de una lucidez que me parece superior a la de todos los médiums conocidos.

Ossowietzky no es un médium profesional. Es un hidalgo polaco, Ingeniero, que solo de muy mala gana se somete a las experiencias. Pese a que su buena fe está fuera de toda sospecha, nunca hemos descuidado – y le pido humildemente perdón – experimentar con él como si fuese un pérfido y consumado prestidigitador. Hemos tomado, por tanto, todas las precauciones necesarias para impedir un inverosímil fraude (consciente o inconsciente). Relataré solamente tres experiencias. Yo podría mencionar una treintena, todas de valor, pero he elegido intencionadamente estas, porque si dos pueden ser más o menos explicadas por la telepatía, la otra no contiene telepatía alguna.

He aquí la primera que puede ser explicada por la telepatía. Estando solo con Ossowietzky en mi cuarto, por cierto, muy poco iluminado, en el Hotel de Europa, en Varsovia, escribí (a tres metros de distancia) ocultando cuidadosamente lo que escribía: “Jamás el mar parece tan grande como cuando está calmo; sus furiosos lo dejan abatido”. Doblé ese papel muchas veces y lo encerré en un sobre. Entonces Ossowietzky, tomando el sobre entre las manos lo frotó y, mirándolo tan solo, dijo estas palabras que escribo textualmente: “veo mucha agua. (Digo: muy bien). Es alguna cosa difícil, no es una pregunta, es una idea tuya que ha sido escrita; (digo: muy bien, muy bien). El mar nunca es tan grande que... no puedo encadenar dichas ideas. (Digo: perfecto, admirable). El mar es tan grande que al lado de sus agitaciones...”

Esta experiencia es realmente bella, incomparablemente bella.

1. ° - Se trataba del mar y de la grandeza del mar, lo cual es extremadamente preciso y particular.

2. ° - Esa grandeza del mar evoca una comparación con una cosa moral que él no comprende muy bien; no siéndole posible encadenar las dos ideas.

3. ° - Esa frase formaba parte de una colección de pensamientos que no estaban publicados, frase que yo, sin vergüenza alguna, reproduje sobre el papel doblado, y entregué a Ossowietzky debidamente encerrado en un sobre. Aun suponiendo, lo cual es eminentemente absurdo, que él hubiese visto lo que yo escribía, no podría saber que era una idea mía.

Así, pues, he aquí una experiencia que puede ser explicada tanto por la telepatía como por la lucidez.

(Cuentas dadas por el Congreso, París, 1924, páginas 201 – 304).

M. Dingwall había traído de Inglaterra especialmente encargado por la S. P. R. un papel que así describió: “Tres sobres gruesos y opacos están encerrados uno dentro de otro; el primero, exterior, es pardo; el segundo, negro y el tercero, rojo. En este último hay una hoja de papel de carta doblado en dos con un dibujo y algunas palabras escritas”. El sobre exterior estaba pegado con cola fuerte y lacrado. Las cuatro esquinas del envoltorio habían sido cosidas con una aguja.

He aquí entonces lo que dijo Stephane Ossowietzky ante la asamblea emocionada y atenta: “Hay un dibujo hecho por un hombre que no es artista, algo rojo como esta botella, un cuadrado dibujado en el ángulo del papel, la botella está muy mal dibujada, algunas letras que no puedo leer. Antes de

1923 hay algo que no puedo leer, una fecha o una ciudad. Está escrita en francés, la botella está algo inclinada y no tiene tapón, su contenido está hecho con innumerables trazos finos. El envoltorio está formado así: 1.º - un sobre grisáceo por fuera. 2.º - un sobre verdoso-oscuro, 3.º - un sobre rojo, 4.º - en este sobre un papel blanco doblado en dos”, y Ossowietzky reproduce el dibujo.

M. Dingwall entonces, tomando el sobre, declaró que había rodeado la experiencia de las suficientes precauciones para tener la seguridad de que el sobre no había sido abierto. El momento era solemne. Ante la asamblea, M. Dingwall abrió el primer sobre, retiró el segundo que era de un negro verdoso; después, abriendo el segundo, retiró el tercero, rojo. En el rojo entonces se vio un papel blanco doblado en dos. Toda la asamblea aplaudió, porque hasta allí la experiencia había resultado admirablemente. Pero el éxito fue aún mayor cuando constataron la identidad del dibujo hecho por M. Dingwall y el presentado por Ossowietzky.

La comparación de los dos dibujos fue emocionante.

Se puede admitir que hubiese telepatía en ambos casos. Pero, para la experiencia siguiente, que menciono entre muchas otras, no puede aceptarse la hipótesis de una telepatía cualquiera. Se trata de una experiencia que hice con Ossowietzky en Varsovia, tan extraordinaria como las otras, si no más.

En París, en vísperas de seguir para Varsovia, en visita a Ossowietzky, rogué a mi ilustre amiga, Condesa Ana de Noailles, la cual se interesa profundamente por las investigaciones psíquicas, que me diese tres sobres opacos, bien cerrados, en los cuales ella encerraría algunas palabras completamente desconocidas para mí.

Tomo esos sobres que numero al azar: 1. 2. 3. Los guardo en mi cartera y ellos no me dejan hasta el momento en que, en Varsovia, yo los entrego a Ossowitzky para que adivine lo que hay escrito. Le digo que elija uno y él retira el de número 3. Toma el sobre, lo palpa febrilmente. Sabe que es de la Señora Noailles, pues yo se lo había dicho. Pero no sabe nada más. Ni yo tampoco. Asisten a la sesión: Geley, la novia de Ossowitzky y sus dos hermanas. Pero ninguno de los cuatro toca en la carta cerrada, carta esa que atentamente Geley y yo no perdemos de vista; carta que Stephane mira solamente, pero que sigue frotando entre las manos.

He aquí las palabras textuales de Stephane: No hay nada para mí. (Quiere decir esta carta no me concierne). Es alguna cosa de un gran poeta francés, diré Rostand, alguna cosa de Chantecler. Cuando ella habla de Chantecler, escribe algo sobre un gallo. Hay una idea de luz durante la noche, una gran luz durante la noche. Después el nombre de Rostand con la bella poesía de Chantecler.

Eso fue dicho pronto, en un cuarto de hora. Durante media hora aún, él sigue arrugando el sobre y dice: las ideas de la noche y de la luz fueron las primeras antes del nombre de Rostand. También hay dos renglones más abajo”.

Abrimos el sobre y encontramos lo que la Señora Noailles había escrito.

*

Para el sexto sentido, presentaré aún otra experiencia, aunque yo podría mencionar muchas más. La que voy a narrar ha sido con Alice (no profesional). Se trata de un

dibujo a pluma que me ha sido dado por Hericourt, en su casa, en un sobre opaco, entre innumerables hojas de papel, ignorando yo completamente lo que él había dibujado. Hericourt, presente en esa experiencia, no dice nada ni hace el menor gesto. Soy yo solamente quien interroga a Alice:

“Hay muchos colores, es un redondo doblado en dos, un retrato en el redondo, un medallón, un cuadro con un oval, en el cuadro una cabeza de hombre en el oval. Su cuello no está vestido como es habitual, sino que hay cordones transversales en la delantera que suben y bajan; hay seis o siete cordones transversales, sobre su cabeza hay un quepis y ese quepis tiene tres galones circulares; en las mangas cuatro galones, o mejor dicho, tres que se hallan en el puño; delante, diez botones; es el busto de alguien que es delgado, puede estar sentado, pero solo veo la cabeza y el busto. Lo conozco, pero no diré quien es”.

Esa experiencia es excelente: el dibujo puesto en el sobre representa un cuadro, pero nada más, y ese cuadro, en lugar de ser redondo es rectangular. Por tanto sería casi una alucinación si nos contrajésemos al dibujo encerrado en el sobre.

Pero no es una alucinación. Por el contrario, es una magnífica experiencia.

He aquí lo que ocurrió. Hericourt, procurando presentarme un dibujo para que fuese adivinado, vio en la chimenea una fotografía suya y dibujó solamente el cuadro; pero Alice vio la fotografía de Hericourt en traje de Comandante-Médico y la describió con una precisión sorprendente, casi como si la tuviese ante sus ojos: un hombre delgado, con un quepis, tres galones y siete cordones

transversales. Por tanto, ella describió algo que no existía en el sobre, y sí únicamente en el pensamiento de Hericourt.

Es superfluo añadir que ella veía a Hericourt por primera vez. Nunca había estado en su casa y probablemente no sabía que él había sido médico militar.

Discutimos ahora la conclusión que se puede extraer de estas cuatro experiencias irreprochables.

Mis eminentes amigos de la S. P. R. de Londres propagaron y se hizo casi popular la idea de la telepatía, palabra creada por Frederic Myers. Warcolier, en un libro notable, que contiene muy bellas experiencias, también dio numerosos ejemplos de telepatía. Ahora bien, afirmo que la telepatía no es más que un caso particular de lucidez y que, si se va a explicar más o menos, habrá fenómenos muy numerosos que no podrán explicarse mediante la telepatía.

Recuerdo sumariamente en qué consiste la telepatía. Sean dos individuos A y P; A el agente y P el perceptor. Los que adoptan la explicación telepática dicen que los pensamientos de A pueden ser, en ciertas condiciones, recibidos por P. Todo parece pasar como si el cerebro de P fuese agitado de cierta manera por las vibraciones del cerebro de A. Un pensamiento de A resuena en el pensamiento de P.

¡Si no se reflexiona parece, pero no es nada sencillo!

Pero no es nada sencillo.

¡No! ¡Mil veces no!

El pensamiento de A, incluso cuando éste aplica toda su atención, es una nube, un humo, un vapor, que emerge entre un torbellino de otras nubes, de otros humos, de otros vapores. Es una realidad inmaterial, inalcanzable, de una fragilidad extraordinaria. Que P pueda entrever esa nube y

que, consciente o inconscientemente, precise algunos detalles, esto sobrepasa todo cuanto el buen sentido y la ciencia clásica nos enseñan.

Iré más lejos. Me es difícil comprender que un clarividente lea el nombre de Julieta, herméticamente encerrado en un sobre y tan pronto como pienso en Julieta, él me dice Julieta. Porque, en fin, el nombre de Julieta ahí está, en ese sobre. Negro sobre blanco. Es una realidad que sería visible si no hubiese un sobre opaco, mientras que, si pienso en Julieta, una cantidad de ideas bulle en mi cabeza. ¿Será que veo escrita delante de mí la palabra Julieta? ¿Será que pienso en el drama de Shakespeare? ¿Estaré pensando en la ópera de Gounod, o en las Julietas que he conocido? ¿En los mil pensamientos que durante las vacilaciones de la vidente, se agitan en mi cerebro? Las expansiones protoplásmicas de mis células cerebrales han tomado formas fugitivas, en torbellino, que no tienen la precisión, la materialidad simple y evidente de la palabra Julieta, encerrada en letras grandes dentro de un sobre.

Dicho de otro modo: la clarividencia sin la telepatía es incomprendible, pero la clarividencia telepática es más incomprendible aún.

Para determinar con precisión este punto que me parece de importancia fundamental, mencionaré dos experiencias hechas con dos personas diferentes que, si bien tienen facultades mediúmnicas, no son profesionales en el sentido exacto de la palabra.

En una primera experiencia, teniendo en mi bolsillo una carta que yo había leído, pregunto a la señora X el nombre de la mujer que me la había escrito. Ella me dice: “Es el nombre de una flor, Margarita”. Contesto: No, está

equivocado. Y en efecto, esa carta era de una mujer llamada Blanche. Pero llegando a casa encuentro en mi mesa de trabajo, sobre mis papeles, otra carta que yo no había llevado y que casi había olvidado, en la cual había, en letras grandes, como firma, el nombre de Margarita.

Se puede dudar entre la explicación telepática, recuerdo inconsciente de la palabra Margarita que yo había leído antes, y la explicación por la clarividencia no telepática.

He aquí una segunda experiencia. Pregunto a la Señora Y el nombre de una de las criadas que tenía conmigo, desde hacía mucho tiempo, en mi casa paterna. Los nombres de esas dos excelentes mujeres eran: Luisa y Dorotea. La señora Y me contesta (a través de la escritura automática): Mélanie. Ahora bien, Mélanie es el nombre de una honrada mujer que, durante mi primera infancia, era cocinera en casa de mis padres. El personaje y el nombre de Mélanie estaban completamente alejados de mi memoria consciente. Ciertamente yo no había pensado en esa pobre Mélanie ni una sola vez durante sesenta años (¡!). (Se debe notar que el nombre de Mélanie no es muy común).

Es, si se quiere, una telepatía proveniente de mi pensamiento inconsciente. Pero esa explicación es terriblemente requintada y me parece mejor suponer que la clarividencia de la señora Y se haya ejercido sobre la realidad de un hecho relativo a mi pasado.

Se trata, pues, de saber si el conocimiento paranormal es debido a la vibración de una realidad exterior, antigua, actual, o bien a la vibración sincrónica de dos cerebros. Pues bien, un gran número de hechos demuestra con toda evidencia que la vibración sincrónica de dos cerebros no es en absoluto necesaria para que se produzca el conocimiento

paranormal. Yo podría citar un gran número de experiencias que he relatado con detalles en mi “Traité de Métapsychique” y en mi “Le Sixième Sens”. Pero me basta referir la experiencia ya citada, hecha por mí con Ossowietzky.

En esa experiencia es manifiestamente imposible admitir la hipótesis de la telepatía, y ello por dos razones: primera, porque la Señora de Noailles se hallaba ausente cuando entregué el sobre a Ossowietzky, a quien ella no conocía. Además de esto, ella no sabía en qué momento yo llevaría a cabo la experiencia y ciertamente no pensaba en ella. Es altamente absurdo suponer que durante muchos días, a una distancia de dos mil kilómetros, el pensamiento de la Señora de Noailles vibrase constantemente de manera a activar la cerebración de Ossowietzky. En fin, había tres sobres y el pensamiento de la Señora de Noailles no hubiera podido adivinar cuál de los tres sobres sería el elegido por Ossowietzky.

Llego, pues, a la conclusión siguiente: la telepatía existe, pero no es más que un caso particular de lucidez. El pensamiento del agente es un hecho real. Ahora bien, el conocimiento paranormal se aplica a todos los hechos reales, cualesquiera que fuesen, como un gesto, una palabra escrita, un objeto, un sobre, un accidente cualquiera, o incluso tan solo un pensamiento. Y cuando es un pensamiento, decimos: Telepatía.

La telepatía no es más que un caso especial. Y si lo aceptamos más favorablemente que el conocimiento no telepático de los hechos exteriores, es porque en esa dirección se ha investigado muchísimo más. Los laboriosos miembros de la S. P. R. inglesa se han lanzado con gran

ardor sobre esa pista y han sido imitados por innumerables observadores. Sobre telepatía hay quizá cien experiencias, contra una experiencia de lucidez simple.

En segundo lugar, si nos parece que se alcanza el éxito más frecuentemente con la telepatía, es porque esos éxitos, incluso muy fugaces, y aunque exista un defecto de experimentación, son más fáciles de obtener. Si el experimentador conoce los detalles del dibujo que ha encerrado en un sobre, le es necesaria una gran atención para no traicionarse facilitando indirectamente, a través de su fisonomía, su tono de voz, sus gestos, algunas indicaciones vagas que encaminarían al médium; mientras que si él nada sabe, nada, nada, sobre la naturaleza de ese dibujo, no podrá evidentemente auxiliar la adivinación.

Tras un gran número de experiencias me he convencido profundamente de que para que el médium (perceptor) acierte (reproducción de un dibujo, indicación de un nombre, etc.) es completamente indiferente que ese dibujo o ese nombre sea conocido por cualquier persona presente.

El perceptor no tiene necesidad de un agente.

En resumen, hay conocimiento paranormal de la realidad sin que esa realidad sea conocida por uno de los asistentes, por consiguiente, sin telepatía.

Con todo, hemos de reflexionar bien. Es, lo repito, realmente tan difícil comprender el conocimiento paranormal sin telepatía, como con telepatía. Ingenuamente se dice: no es sorprendente que P lo haya acertado, puesto que lo ha leído en el pensamiento de A.

Leer en el pensamiento de A.

Verdaderamente es mucho más difícil comprender esto que leer lo que – en letras grandes – está herméticamente encerrado en un sobre opaco.

Ese conocimiento paranormal de la realidad resulta, por tanto, de observaciones y de experiencias numerosas que infunden una convicción profunda y una absoluta certeza.

En capítulos ulteriores procuraremos ir un poco más lejos que esa simple constatación y saber si hay fuerzas, inteligentes o no, que, sin manifestarse directamente a nosotros, actúan, no obstante, sobre nuestro pensamiento. Ahora bien, en muchas experiencias, y notadamente en las de Ossowietzky, no hay necesidad de introducir a una segunda persona diversa del vidente. Basta admitir la existencia de un sexto sentido.

E insistiré en este asunto, pues me han hecho muchas objeciones.

Contestaré a las de mi amigo Osty (Revue Métapsychique) y a las palabras corteses y bondadosas del Doctor Vettari (Luce e Ombra, 1928).

En primer lugar se me ha objetado que cuando se habla de un sentido, se supone un aparato sensorial orgánico, como la retina para la vista, la membrana de Corti para la audición, etc., mientras que para el sexto sentido no es posible encontrar un órgano.

Sea. Y reconozco que nuestra ignorancia es profunda, pero esa ignorancia solo puede aplicarse a esa explicación. No al hecho en sí mismo. A falta de algo mejor, o no pudiendo hallar un término mejor, digo que hay un sentido; pero reconozco que ese sentido no se parece en nada a nuestros pobres cinco sentidos normales, que nos dan alguna noción del mundo exterior.

Reconozco que, en toda evidencia, esa sensibilidad especial no tiene receptor conocido. Pero esto no es suficiente para rehusar la palabra sentido.

Por lo demás, creo poder llamar criptestesia a esa sensibilidad paranormal, oscura y misteriosa (como indica la propia palabra criptestesia) sensibilidad de las excitaciones que no afectan a nuestros sentidos normales.

Osty prefiere la palabra metagnomia a la palabra criptestesia, pero son dos cosas completamente distintas. Existe una sensibilidad paranormal (o criptestesia), la cual nos permite llegar a la metagnomia, es decir, al conocimiento paranormal. Del mismo modo que la sensibilidad de la retina conduce a la visión, del mismo modo la criptestesia conduce a la metagnomia.

La segunda crítica que hacen Osty y Veltrani a la denominación de sexto sentido es que tal expresión quiere decir, según ellos, simplificar en extremo unos hechos muy complicados.

Pero yo nunca - ¡oh gran Dios! – he pretendido que los fenómenos realzados de esa sensibilidad que llamo sexto sentido sean explicables. La complejidad se hace terrible. Sin embargo, cualquiera que fuese esa complejidad será siempre necesario admitir, como base de todos los fenómenos, una sensibilidad especial del organismo.

Ya sea por la vibración sincrónica de un cerebro vecino (telepatía), ya sea por la vibración de la realidad (escrita o no), ya sea por la acción de un fantasma, ya sea por otra influencia cualquiera, será siempre necesario suponer que la inteligencia humana ha sido despertada por algún fenómeno exterior.

La sensibilidad a ese fenómeno es la criptestesia. Es una palabra que fija de manera absoluta, pero que nada explica, así como la sensibilidad de la retina no explica el conocimiento del mundo exterior. Que yo vea una pieza de teatro, que yo oiga una ópera, la sensibilidad de los ojos y la de los oídos son necesarias, pero nada fijan si el cerebro no trabaja sobre las sensaciones recibidas y si no existe exteriormente una pieza de teatro o un drama o una ópera que despierte mis percepciones. El sexto sentido solo quiere decir una cosa: que somos insensibles a las vibraciones o, si se quiere, a los fenómenos que no fijan nuestros sentidos normales.

En resumen, podemos resueltamente concluir – y esta conclusión es de importancia fundamental – que la hipótesis de la telepatía y la hipótesis de la vibración de la realidad se confunden en numerosos casos.

Toda telepatía es una percepción de la realidad, mientras que muchas realidades que nos hace conocer el sexto sentido, no pueden llegar al conocimiento por una telepatía cualquiera.

¿HABRÁ PARA ESE CONOCIMIENTO PARANORMAL LA INTERVENCIÓN DE UN PODER EXTRAÑO?

En el capítulo precedente hemos determinado mediante experiencias precisas que, en ciertos casos, nuestra inteligencia puede conocer lo que jamás nos han enseñado nuestros sentidos normales.

Ahora vamos a discutir esa asombrosa cuestión de saber si puede haber conocimiento paranormal sin la intervención de un espíritu, o dicho de otro modo, de una fuerza extraña.

Esto es grave, pues los espíritas, cuyos nobles esfuerzos sería estúpido no reconocer, afirman que muchas veces esos fenómenos son debidos a un personaje, un espíritu, dicen ellos, que influye sobre el médium.

Dividiremos, pues, esas experiencias de lucidez en dos grupos:

A – Casos en que no se puede admitir la intervención de un espíritu.

B – Casos en que la intervención de un espíritu es posible.

Grupo A.

No es admisible intervención alguna de cualquier fuerza extraña.

Aparte de los ejemplos ya presentados, experiencias de Ossowietzky y de Alice, aún citaré algunas que me son personales. Éstas parecen probar claramente que muchas veces la influencia de un personaje extraño no es necesaria.

I – Hace muchos años yo visitaba a una anciana señora, no profesional – dotada para la escritura automática – que naturalmente jamás había visitado mi laboratorio y que nada entendía de las cosas de Fisiología. En el transcurso de la conversación, le digo: “Dentro de poco le daré una lección sobre el veneno de las serpientes”. Inmediatamente ella me responde: “Esta noche he soñado con serpientes, o mejor dicho, con anguilas”. Entonces, sin decirle por qué, le pido que me relate su sueño.

He aquí textualmente sus palabras:

“Eran más dos anguilas que dos serpientes, porque yo veía sus vientres blancos y sus pieles viscosas. En el sueño yo dije: no me gustan mucho esos animales, en cambio, me da pena cuando los maltratan”.

Pues bien, ese sueño fue asombrosamente semejante a lo que yo había hecho la víspera (1º de diciembre). Ese día yo había hecho, por primera vez desde hacía veinte años, una experiencia en mi laboratorio de Boulevard Brune, con dos anguilas, para extraerles la sangre directamente del corazón. Yo las había atado sobre la mesa. Sus vientres blancos, nacarados, relucientes, me habían impresionado.

Esa bella observación no puede ser explicada por la intervención de un espíritu. Hubo en el sueño de la Señora X la visión de lo que yo había hecho durante el día.

Telepatía o lucidez, poco importa. Hay que admitir el sexto sentido, tanto en una hipótesis como en la otra. En cualquier caso, es absurdo creer en la intervención de un espíritu.

II – La segunda experiencia que citaré es una experiencia toda personal.

Cerca de las ocho de la mañana, en 1907, yo estaba profundamente dormido. Soñaba que me encontraba con la Señora Charcot, a quien no conozco, con quien nunca he hablado y a quien jamás he visto. En coche atravesábamos una alameda de plátanos. Era la Señora Charcot quien conducía. Pero el auto seguía tan rápidamente que yo temía un accidente. Ese accidente se produce y me despierta. El accidente fue simplemente la llegada del cartero, que me traía una carta certificada. Pues bien, inmediatamente, al tomar esa carta, imaginé (¿por qué? esto es bien singular) que había alguna relación entre mi sueño y la carta

certificada que me llegaba. Estaba de tal forma persuadido que, para proporcionar una señal material, hice sobre el registro postal de firmas una pequeña cruz (que, sin duda, podría aún ser encontrada). Fue la única vez que hice una señal sobre el registro.

Pues bien, la carta venía de las Azores. Era de mi amigo el Coronel Chaves, que me pedía una presentación para Jean Charcot, hijo del Profesor y de la Señora Charcot. Jean Charcot, a quien yo aún no conocía, debía llegar algunas semanas más tarde a las islas Azores, en su yate “Pourquoi Pas?”

En ese sueño todo es extraño, principalmente mi idea, imaginando una relación entre el sueño y la carta certificada. No hay necesidad de insistir en que la casualidad no puede ser invocada. La probabilidad de que esa carta se relacionase con Charcot es extremadamente pequeña. Fue la única vez que soñé con la familia de Charcot. Fue, por cierto, el único sueño monitorio que he tenido (salvo un sueño relativo a la Marcha Fúnebre de Chopin).

III – Señalaré ahora algunas experiencias, bellísimas a veces, de Pascal Forthuny.

A 15 de noviembre de 1925, Forthuny, en una reunión en la cual se encontraban unas cuarenta personas, se dirige a una de ellas que, por primera vez iba a la avenida Niel, al Instituto Metapsíquico. Era el Señor Papp, Redactor de un periódico de Viena. El Señor Papp, a quien Forthuny no conocía, sabía español, italiano, francés y alemán.

Le dice Forthuny: “En sus trabajos hay una mezcla de cultura alemana y observaciones meridionales.” – Sí. – (Forthuny). Yo no me sorprendería si usted escribiese

algunas obras. Daré dos ejemplos que son definidos por dos nombres: Lessing y Leopardi.

Pues bien, la disertación inaugural de doctorado del Señor Papp trataba de “La Influencia de Voltaire sobre Lessing”.

Forthuny - ¿Ha conocido usted en Heidelberg a una persona llamada Hugo?

Sr. P – Sí, tengo un amigo que se llama Hugo.

F. – ¿Y Vera, una joven rusa?

Sr. P. – Conozco a una rusa, pero no se llama Vera.

F. - ¿Será Era?

Sr. P. – No, ella se llama Ara.

F. – Pues ella está como si hubiese salido de una tumba, ha estado gravemente enferma, de una enfermedad mental. Hoy está curada y hablará en público.

Sr. P. – En efecto, esa joven ha tenido una enfermedad gravísima. Sufrió una crisis de melancolía inquietante; es una actriz que va a representar por primera vez, estando hoy llena de entusiasmo por su carrera. Ese es el tipo de la sensibilidad extraordinaria de Forthuny. En él el sexto sentido está maravillosamente desarrollado. Sería absurdo ver la intervención de un desencarnado, ya sea una maquinación cualquiera o bien una casualidad.

Daré aún otro ejemplo de la lucidez de Forthuny, ejemplo ese que no se encuentra en el libro interesantísimo y muy documentado que Osty le consagró.

Llevé a Forthuny a casa de mi prima, la marquesa M. G. de Montebelo, para que él le diese algunas pruebas de su formidable lucidez. Tras diversas indicaciones, en general curiosas e interesantes, nosotros le pedimos una bastante más importante que las otras, presentándole una linda miniatura

que se hallaba sobre un mueble. Esa miniatura, cuya fecha, autor e incluso persona representada, Forthuny, como artista, podría perfectamente identificar, era un delicioso retrato de la Señora Recamier. Forthuny lo toma, lo mira, lo vuelve por todos los lados y dice: “Es extraño, veo a un hombre, que besa frenéticamente esta miniatura, llorando convulsamente. ¡Cuántas lágrimas!”

Pues bien, esa miniatura era un retrato que la Señora Recamier tenía, de París, mandado a J. J. Ampare, entonces en Roma. El joven Ampare, pese a la gran diferencia de edad, estaba locamente enamorado de la Señora Recamier y, en una carta que fue conservada (y publicada) él relata que después de haber recibido ese retrato, pasó la noche en contemplación del mismo y llorando.

Si reunimos esos diferentes casos, elegidos entre un ciento de otros, todos igualmente auténticos, llegamos a la conclusión de que el conocimiento de las cosas exteriores llega, a veces, a la inteligencia humana, sin que nuestros órganos sensoriales normales, ni nuestra sagacidad, hayan podido darnos dicho conocimiento; y aparte de esto, sin que se pueda, en forma alguna, invocar la injerencia de los espíritus.

Ya hemos visto que la explicación por la telepatía no es suficiente. Tampoco lo es para estos casos que acabo de narrar. Si hay, pues, conocimientos paranormales de la realidad sin telepatía, es mucho más sencillo decir que las emociones del agente A o sus deseos, siendo una realidad, son recibidas porque son realidades no materiales, sino mentales. Y principalmente porque, por lo menos para los ejemplos que acabo de dar, sería ridículo imaginar a otro personaje, un espíritu que interviene.

En todo caso, telepatía o no, ese conocimiento que llamamos, con Boirac y Osty, metagnomia – que significa una sensibilidad especial, a que denomino criptestesia.

En el mundo que conocemos, donde la ciencia cada día descortina imperfectamente algún nuevo misterio, todo parece no ser más que vibraciones. La luz, el calor, la electricidad, los sonidos, no son más que vibraciones, incluso admitiendo la mecánica ondulatoria de M. de Broglie.

Hay vibraciones en torno a nosotros, en inmensa diversidad sin duda, pero por nuestros sentidos normales solo percibimos un pequeño número. Muchas, sin duda, se nos escapan. Ingeniosos aparatos nos hacen conocer algunas. Pero sería pueril creer que, incluso con el auxilio de esos aparatos, las conocemos todas. Efectivamente, es bastante probable que todas las realidades, percutiendo en vibraciones más o menos rápidas, produzcan ondas que pueden actuar sobre nuestro sexto sentido. Estamos, sin saberlo ni comprenderlo, rodeados por las vibraciones, incluso de las más lejanas realidades. Conocemos algunas: calor, luz, atracción, electricidad, emisiones de telegrafía sin hilo, ondas vibratorias hertzianas, rayos cósmicos; pero hemos de suponer, so pena de antropomorfismo ingenuo, que hay muchas otras. Ahora bien, esas ondas no desaparecen. Se atenúan, se transforman. Quizá jamás se extingan completamente. Los mares, dije yo en algún lugar, aún están agitados por el surcar de las naos de Cleopatra.

Por lo demás, esa no es la dificultad principal. Que esas ondas vibratorias de la realidad existan es extremadamente probable, e incluso casi cierto. Pero que individuos (que, por cierto, no parecen más inteligentes, ni más notables que lo

común de los hombres) puedan, solo ellos, ser algunas veces sacudidos por esas ondas, he aquí lo que es mucho más difícil de admitir. No obstante, los hechos ahí están... ¿y entonces?

En todo caso, la explicación por las ondas vibratorias, pese ser bastante hipotética, es, para los hechos que he presentado hasta aquí, muchísimo más simple que todas las otras. Pero como demostraré, está lejos de ser suficiente.

CASOS EN QUE SE PUEDE RIGUROSAMENTE SUPONER LA INTERVENCIÓN DE UNA INTELIGENCIA EXTRAÑA

1. °) Alucinaciones verídicas simples:

A- La primera observación que presentaré es de gran importancia, pues fue la que ha hecho al ilustre William James creer en los fenómenos metapsíquicos. (Proc. American S. P. R. 1.2.).

Bertha, una joven, desaparece el día 31 de octubre de 1898, en Enfield (New Hampshire). La buscan activamente. Más de cien personas son enviadas a explorar los bosques y la orilla del lago. Se sabía que ella había ido en dirección al puente Shaper. Un buzo había hecho incursiones por la zona del puente pero nada había encontrado. Pues bien, en la noche del 2 al 3 de noviembre la Señora Titus, en una ciudad a tres kilómetros de distancia, sueña que ve el cuerpo de Bertha en un determinado lugar. A la mañana siguiente ella va al puente Shaper e indica al buzo, con una variación de una pulgada, el lugar donde se hallaba el cuerpo de Bertha;

“cabeza abajo, dice ella, y de manera que solo se puede ver la planta de sus pies”. El buzo, siguiendo las instrucciones de la Señora Titus, encuentra el cuerpo envuelto en ramajes, a 7 metros de profundidad. El agua estaba muy oscura. “Me he quedado impresionado, dijo el buzo; los cadáveres en el agua no me amedrentan, pero he tenido miedo de la mujer que estaba sobre el puente. ¿Cómo ha podido una mujer venir desde tres kilómetros para decir dónde se hallaba el cuerpo?” El cadáver yacía en un hoyo profundo, cabeza abajo; estaba tan oscuro que casi nada se veía.

Se puede, con mayor rigor, suponer que ese bello caso, que causó tan viva impresión en el gran William James, comparta una vaga explicación espírita. El espíritu de Bertha, muerta el 31 de octubre, ¿habrá podido, pese a que sea poco verosímil, manifestarse a la Señora Titus en un sueño?

Fueron mis amigos de la S. P. R. inglesa quienes dieron el nombre de alucinaciones verídicas (11) a los hechos relativamente numerosos, en los cuales un fenómeno (por lo regular una muerte) es anunciado por el fantasma del muerto, que apareciéndose, ya sea en sueños, ya en estado de vigilia, anuncia de esa forma la muerte del individuo. Hay muchos casos notables en el *Phantasms of Living* y en los libros de Flammarion. Me contentaré con citar tres, abreviando lo que he dicho en mi libro acerca del sexto sentido.

1.- CASO WINGFIELD – En el camarote de su yate, el Sr. F. Wingfield, al acostarse, divisa distintamente a su hermano Richard Wingfield Baker, sentado en una silla frente a él. Pero su hermano inclina la cabeza sin contestarle. Era cerca de medianoche. Esa visión fue tan nítida y angustiosa que F. W. se levantó y salió del camarote.

Después escribió en su diario: “Aparición. Noche de jueves, 20 de marzo de 1880. R. B. W. B. (Richard Baker, Wingfield Baker) Dios nos libre.”

Tres días más tarde, Frederic Wingfield recibe la noticia de que su hermano R. W. B. había muerto, el jueves día 20 de marzo, a las 20 horas y 30 minutos, a consecuencia de las terribles heridas ocasionadas por una caída del caballo durante una cacería.

2.- CASO FREDERIC – J. S. y Frederic S. eran empleados en el mismo despacho. El lunes, 18 de marzo de 1883, Frederic se sintió ligeramente indispuerto. El sábado, 24 de marzo, J. supo que Fred, por consejo de un médico, permanecería en reposo durante 2 o 3 días. Pues bien, el mismo sábado, 24 de marzo, por la noche, sobre las 20 horas, J., estando en la habitación con su mujer, de repente avistó a Fred que se mantenía en pie frente a él, vestido como siempre. J. notó los detalles de su vestuario, un sombrero con lazo negro, la chaqueta desabrochada y el bastón en la mano. El fantasma clavó su mirada en J. y desapareció. “Mis cabellos se erizaron, dijo J., un estremecimiento me recorrió el cuerpo y repetí las palabras de Job: Un espíritu pasó frente a mí y mi piel se espeluznó toda”. Se volvió entonces hacia su mujer y le preguntó: “¿Qué hora es?”

- Faltan doce minutos para las nueve.

- Por tanto, dijo él, Frederic murió a las 9 menos doce. Acabo de verlo.

- Qué tontería, respondió su mujer, mañana cuando vayas a la ciudad has de encontrarlo perfectamente bien.

En realidad, Fred, que estaba tan solo indispuerto, fue encontrado muerto en su lecho, sin que se pudiese

determinar la hora exacta. Debió haber muerto entre las 20 y las 21 horas.

3.- CASO D'ESCUDET – He aquí el caso que me fue relatado por mi excelente amigo Gaston Fournier, del cual él mismo fue testigo.

Gaston es invitado a cenar con sus amigos el Sr. y la Sra. B. También esperaban para cenar a D'Escudet, ya que irían los cuatro después al teatro. Pero D'Escudet no apareció. Cenaron alegremente sin hablar de D'Escudet. A los postres, la Sra. B. se levantó para ir a ponerse el sombrero. Entre en su cuarto cuya puerta, quedando abierta, da al salón comedor. “B. y yo, escribe Gastón, quedamos sentados a la mesa, fumando nuestro cigarro, cuando, después de algunos minutos, oímos un grito terrible. Nos precipitamos para el cuarto; la Sra. B. estaba casi desmayada. “Yo estaba, dijo ella, colocándome el sombrero frente al espejo, cuando de súbito veo a D'Escudet entrar por la puerta. Traía su sombrero en la cabeza y estaba pálido y triste. Sin volverme, le digo: Por fin ha llegado, D'Escudet; siéntese. Y como él no me respondiese, me di la vuelta y ya no vi nada más. Entonces, solté el grito que me han oído.”

B. y yo quisimos bromear, pero la Sra. B. nos dijo que se trataba de un caso extremadamente serio. Fuimos entonces a la casa de D'Escudet, que vivía en las cercanías. Encontramos la puerta cerrada. Llamamos a un cerrajero y encontramos el cuerpo de D'Escudet aún caliente, acostado en el lecho y atravesado por dos tiros de pistola.

He elegido estos tres casos que me parecen característicos. Hay muchos similares en los periódicos especializados, pero en estos tres la monición de la muerte es de una precisión sorprendente.

La hipótesis de la casualidad, de una coincidencia fortuita, es inverosímil. En primer lugar, ni J. S. ni la Sra. B. habían sufrido alucinaciones durante su vida. ¡Pues bien! Se trata de una visión que ambos tuvieron, coincidiendo exactamente – con una diferencia insignificante – con una muerte que nada podía hacer prever.

Si aplicamos a esos acontecimientos, lo cual es difícil y absurdo, el cálculo de las probabilidades, admitiendo treinta años de vida para cada uno de los tres perceptores, eso da para cada uno de ellos más o menos unos diez mil días, entonces, para la muerte de Wingfield, de Fred y de D'Escudet, la probabilidad compuesta de una coincidencia entre esas muertes y la visión alucinatoria es de 1/10.000.000.

Ciertamente la casualidad puede dar esto, puede incluso dar mucho más. Pero entonces caeremos en el absurdo. ¡No! No es la casualidad, no es una coincidencia.

2. °-¿Será un fenómeno de telepatía? El pensamiento del muerto o del agonizante ¿se habría transmitido a través del espacio para accionar el sexto sentido y provocar entonces una imagen alucinatoria?

Hipótesis bastante difícil de admitir. El fantasma vuelve completamente vestido, con su bastón y su sombrero. ¿El cuerpo astral, iría, por tanto, acompañado de vestimenta, de corbata, de sombrero, de abrigo, de bastón?

Evidentemente hay que admitir un símbolo. No había ciertamente ninguna realidad objetiva, y si tuviesen un aparato fotográfico no hubieran conseguido imagen alguna. La mujer de J. S. nada vio, nada más que Gaston, y la Sra. B nada más que los marineros del yate de Wingfield.

3. ° ¿Será la percepción de una realidad, que va a tocar la inteligencia del perceptor, quien entonces, bajo la influencia de esa sensación confusa, teje una alucinación simbólica?

No puede haber duda sino entre estas dos hipótesis: la percepción de la realidad por los sensitivos o bien el pensamiento del muerto, del espíritu, del desencarnado, que se transmite por telepatía a las personas a quienes él quiere advertir.

Ahora bien, comprendo que se vacile entre estas dos hipótesis.

Por lo demás, ambas nos conducen a lo incomprendible. Pero por mi parte, prefiero suponer que esa lucidez, como hace poco hemos visto en tantos ejemplos, no es más que la intervención de un espíritu.

Ya hemos hablado de los conocimientos que la inteligencia puede poseer respecto de las cosas exteriores, cuando los sentidos normales nada le pueden hacer saber. En los ejemplos presentados hemos visto que la hipótesis del espíritu, es decir, de un personaje nuevo, era completamente inadmisibles. Aquí, por el contrario, podemos encarar, ciertamente no como probable, pero con todo el rigor posible, la intervención de un espíritu que se materializa, dándose a conocer al perceptor.

2. °) Alucinaciones verídicas colectivas:

Lo que complica prodigiosamente la cuestión es la existencia de las alucinaciones verídicas colectivas. Yo podría mencionar una treintena, pero me contentaré con citar tres, pues me parece que la repetición no interesa mucho al lector, no lo conduce a una convicción más fuerte.

He aquí quizá una de las más importantes que han sido señaladas.

La Señora Wickham, en Malta, iba todos los días al hospital, donde estaba siendo tratado el oficial inglés Sr. B., de una herida recibida en Tell-El-Kebir. Esa herida se gangrenó, haciendo inminente la muerte. No obstante, los médicos aseguraron a la Sra. W. que el fin no llegaría esa noche, y ella regresó a su casa. Sobre las 3, su hijito, de la edad de 9 años, la llama gritando: “Mamá, mamá, el Sr. B. está aquí”. “Me levanté apresuradamente, dijo la Sra. Wickham. La imagen del Sr. B. fluctuaba por el cuarto a unos 18 centímetros del suelo. Desapareció sonriendo, a través de la ventana. Él estaba en traje de dormir, pero el pie enfermo, gangrenado, me pareció igual al otro. Mi hijo y yo lo notamos. Tras media hora fui avisada de que el Sr. B. había fallecido”. (Phantasms of living, tomo II, p. 212).

El otro caso también es muy impresionante. Bozzano A. S. P., tomo 19, 1909, página 326).

La Sra. P., antes de acostarse ve, junto a su marido, que ya se encontraba en el lecho, una figura representando a un hombre en uniforme de oficial de la marina. Él mantenía los codos apoyados en la cabecera de la cama y miraba fijamente al Sr. P. La Sra. P., entonces, despierta a su marido, el cual también ve la aparición y, estupefacto, le grita: “Señor ¿a qué ha venido aquí?” La figura, irguiéndose lentamente, le dijo con voz imperiosa: “Willy, Willy, que era el diminutivo del Sr. P. Éste se levanta, lívido, para agredir al extraño, pero éste, impassible y solemne, atraviesa el cuarto, reflejando su sombra en la pared del cuarto iluminado y desaparece a través de la pared. La puerta estaba cerrada con llave. El Sr. P. entonces, piensa tratarse de su padre que había sido oficial de marina y al que no había conocido. Poco tiempo después, el Sr. P. murió.

El tercero no es menos demostrativo que los dos precedentes. (Cita de Flammarion, p. 174).

La Señora Obelcheff, en Odesa, estaba acostada con su hijito y a su lado dormía, en el suelo, Claudine, su criada. De pronto la Sra. O., levantando los ojos en dirección a la puerta, ve a su suegro entrar lentamente, en chinelas y vestido con una bata de cuadros con que la Sra. O. jamás lo había visto. El fantasma pasó por encima de los pies de la criada y se sentó suavemente en un sofá. En ese momento el reloj de péndulo anunció las veintitrés horas. “Yo estaba segura, dijo la Sra. O., de que veía distintamente a mi suegro, pero nada dije a Claudine, que temblando de miedo me dijo: “Veo a Nicolás Nilovitch (nombre de mi suegro). Éste entonces se levantó, pasó nuevamente por encima de los pies de Claudine y desapareció.

Examinamos el apartamento, ¡ya no encontramos nada!” Nicolás Nilovitch, a quien la Sra. O. y Claudine habían visto, moría justamente en ese momento en Tver.

¡Pues bien! En las alucinaciones verídicas simples, ya mencionadas, podríamos suponer tratarse solo de alucinaciones, es decir, el fantasma no tenía ninguna realidad objetiva. Podría creerse que el conocimiento de una realidad se recibe gracias al sexto sentido, y que la inteligencia inconsciente del perceptor la simboliza. De esa forma, A. sabe por el sexto sentido que B. ha muerto; A. entonces simboliza esa noción y ve a B. como si B. estuviese vivo, con sombrero, bastón y corbata.

Pero cuando la alucinación es colectiva, esa explicación se hace insuficiente.

Realmente ¿cómo suponer que dos personas tengan la misma alucinación? Somos casi forzados a admitir la realidad objetiva del fantasma.

¡Qué mundos misteriosos se nos descortinan entonces! Que un fantasma objetivo vuelva con uniforme, con una bata o con un camisón, es prodigiosamente absurdo. ¿Habría entonces materialización del camisón, de la bata, del uniforme?

Entonces, un hecho de alucinación colectiva objetiva, tan bien demostrado, nos permite dudar de que en las alucinaciones verídicas simples tampoco haya ninguna realidad objetiva.

Sin embargo, en algunos casos, por ejemplo, en el caso de Frederic S., la mujer de S. no vio el fantasma que su marido había visto.

Los fenómenos son de tal forma misteriosos que explicación alguna es suficiente. Prosiguiendo en este estudio veremos que cuanto más avanzamos en dominios de este orden, tanto más impotentes nos volvemos para llegar a una conclusión. Todas las teorías son absurdas, desesperadamente absurdas.

Henos aquí en el límite entre la Metapsíquica mental y la Metapsíquica objetiva.

Debo, por tanto, relatar algunos casos de fantasmas vistos muchas veces, por innumerables personas, en las llamadas casas encantadas. Las casas encantadas se aproximan mucho a las alucinaciones colectivas.

Los casos principales de fantasmas frecuentadores de casas, fueron presentados, en un excelente dossier de la S. P. R. (marzo 1882, página 144).

Bozzano escribió al respecto un libro muy documentado (Les phénomènes de hantise, con prefacio de J. Maxwell, traducción francesa, Alcan, 1919).

Más que en ningún otro fenómeno, es menester desconfiar enormemente, en primer lugar, de la credulidad del público y, en segundo, del embuste, pues muchas veces encontramos como explicación de los fenómenos extraños de las casas embrujadas, que en la casa hay una criatura o un adolescente más o menos idiota, o bien un místico más o menos histérico. Pero esa explicación no es admisible cuando se trata de un ser espectral claramente divisado, muchas veces por personas diferentes, de salud intelectual irreprochable.

Aquí daré solamente algunos casos en los cuales el fantasma ha sido visto por diversas personas.

I - En un caso cuidadosamente estudiado por Myers, la Srta. Morton, estudiante de Medicina, hija del Capitán Morton, vio ante sí, en el pasillo de su casa, una forma de mujer, una dama alta, vestida de negro. Sobre la cabeza llevaba algo negro que parecía un tocado envuelto por un velo. Cuando la Srta. Morton le habló, la forma espectral se inmovilizó, pareciendo estar siempre fuera del alcance de la Srta. Morton. Algunas veces yo la veía, dijo la Srta. Morton, pero nadie más la divisaba. Una noche, sobre las ocho, cuatro personas pudieron verla. A doce de agosto, mi hermana E. la vio a su lado y entró corriendo en la sala para llamarme. Ambas la vimos entonces. Ella permaneció parada durante diez minutos y después se dirigió al jardín. Mi hermana M. la vio subir la escalera y mi hermana K., que estaba asomada a la ventana, la vio pasar por el jardín y desaparecer.

Luego, la aparición (desde 1882 a 1886) parecía tan segura y real que se podía tomarla por un ser viviente. A partir de 1886 se hizo cada vez más distinta y desde 1889 ya no volvió a ser vista, oyéndose solamente el ruido de sus pasos.

Dos observaciones interesantes: 1. ^a - algunas veces innumerables personas la veían al mismo tiempo, otras veces ella no era divisada por todos, lo que hace pensar que la objetividad era incompleta, accesible solamente a algunos sensitivos, quizá pasajera. 2. ^a - La Srta. Morton hizo un experimento instructivo, disponiendo cables eléctricos en la escalera. Pues bien, la forma pasaba a través de esos cables sin romperlos.

II - La Srta. Marg. Vatas Simpson cuenta que cuando era pequeña, jugando con sus hermanos y hermanas, vio muchas veces, igual que todos los demás, a una vieja bajar la escalera. Llevaba un viejo vestido negro, una mantilla de terciopelo sobre los hombros y una gran toca en la cabeza.

“Nosotros le teníamos un poco de miedo y nos disponíamos para la defensa, caso ella nos atacase. Mi padre, Señor Vatas Simpson, no nos permitía hablar de ello y no creía en absoluto lo que le contábamos. Sin embargo había ruidos extraordinarios e inexplicables en la casa, quejidos conmovedores de recién nacidos, cantos melancólicos que casi siempre terminaban en gritos desesperados. Pero mi padre se mantenía incrédulo. Con todo, una noche, el vio, sin que la puerta se abriese, en su cuarto iluminado por una espita de gas, a la pequeña y frágil viejecita con su enorme toca en la cabeza. Ella parecía deslizarse y desapareció tal como había entrado. Mi padre nunca más quiso oír nada respecto de eso.”

III - El tercer caso es el más extraordinario de todos. Se trata de dos señoritas inglesas que publicaron un libro titulado *An Adventure*, Londres, Mac Millan 1911 (12), la Srta. Morrison y la Srta. Frances Lamonte (seudónimos). Pues bien, ellas relatan que, en agosto de 1901, yendo por primera vez a Versailles y al Petit Trianon, de súbito vieron, primero un individuo de apariencia repugnante y después un individuo alto de cabellos rizados que les dijo gritando:

“Señoras mías, no pasen por ahí”. “Llegamos – cuentan ellas – a un pequeño palacio donde una mujer, vestida según la costumbre antigua, entregaba un vaso a una joven de unos quince años, que llevaba una toca blanca en la cabeza.”

En una segunda visita al Petit Trianon, las dos vieron otros personajes y oyeron música.

Enseguida hicieron ambas una averiguación y constataron que los paisajes vistos, entre ellos un pequeño puente de madera, al igual que las prendas de vestir que usaban los personajes divisados (¡con los cuales ellas habían hablado!) correspondían al Trianon de 1789 y a las costumbres de la época.

Ambas narraciones, tanto la de la Srta. Lamonte como la de la Srta. Morrison, coinciden absolutamente.

Por tanto, he aquí una alucinación colectiva que se repitió con pocas semanas de intervalo. A decir verdad, los personajes observados por las dos jóvenes fueron casi los mismos.

Como siempre, es fácil poner en duda la autenticidad de esa historia extraordinaria. No obstante, ¿cómo admitir esa doble alucinación si no había certidumbre en la objetividad de los fenómenos exteriores?

Hemos visto que hay alucinaciones colectivas, que tienen alguna relación con un acontecimiento actual, pero ahora hemos de llegar más lejos. Parece que en ciertos casos los fantasmas pueden residir en una casa. Vacilo al escribir esto. Es de tal forma extraordinario, con todo es verdad, y no se trata ciertamente de fantasmas reales objetivos en el sentido que se da a esa palabra, porque esos fantasmas no son palpables y sus imágenes no se reflejan en un espejo, pero atraviesan paredes, entran y salen por una puerta cerrada. Todo sucede como si fuesen únicamente imágenes. Pero ¡qué imágenes extraordinarias! En cuanto a las explicaciones de Podmore, de Bozzano y de Myers ¡son insuficientes! Y me atreveré a decir: ¡ridículas!

Y lo cierto es que no las tenemos mejores para presentar.

ESOS FANTASMAS ¿SERÁN DESENCARNADOS QUE VUELVEN?

Abordaremos aquí otra cuestión, quizá la más importante de este estudio, que es saber si esos fenómenos pueden ser explicados por la injerencia de una personalidad extraña, de un muerto que vuelve, de un espíritu; y si podemos suponer que las palabras, las imágenes, los escritos que se obtienen, se deben a un ser superviviente. Esa supervivencia es la base de la religión espírita.

Sabemos que en todas las experiencias espíritas hay un guía, lo que Maxwell juiciosamente denominó una personificación. Una personalidad nueva toma lugar con una intensidad de vida sorprendente.

Pero no debemos engañarnos sobre la vida de la personalidad que aparece.

Realmente, he podido demostrar que los personajes hipnotizables e hipnotizados adquirirían maneras rigurosamente semejantes a los tipos que yo les había sugerido. Es lo que he denominado objetivación de los tipos.

Aquí daré solamente algunos ejemplos sencillos. Una señora, familiar mía, respetable y anciana, madre de familia muy religiosa, es transformada por mí en actriz, en danzarina. Me dice ella entonces: “Estás viendo esta falda, mi bien, ha sido el director quien me ha obligado a alargarla. ¡Qué pena! Cuánto más corta mejor queda. ¡Qué pelmas son esos Directores!... ¡Tú eres muy tímido con las mujeres! Ve a mi casa a las tres. Podremos charlar, porque estaré sola...”

Le digo después que es un General. Entonces, inmediatamente, ella asume un aire marcial, da órdenes, cae por tierra, imaginándose herida durante una batalla. Procura persuadirla – pese a sus opiniones ultra-reaccionarias – de que Gambeta es un gran hombre. Responde ella: “¡Ah, sí! ¡Es como un velo que se rompe!”

Una segunda mujer, una modelo de “atelier”, es transformada en General. Asume un aire completamente diferente. Pide una absenta, jura, fuma, se encoleriza contra un oficial. La misma mujer es transformada en pastelero, a saber, un individuo determinado con el cual ella, tiempos atrás, estando a su servicio, había tenido una seria contienda, tomando entonces resueltamente el partido de ese pastelero contra ella misma.

Todo se le hizo real. Yo le dije que iba a hacerle una operación y cortarle la mano. “He aquí, le dije yo, la sangre

que corre”. Fue cuando me puse horriblemente asustado, porque ella tuvo un síncope y cayó.

Algunas veces las personificaciones se vuelven de tal forma intensas y ridículas, que recelamos relatarlas. Dije a mi querido amigo Ferrari que había sido transformado en papagayo, él me dice entonces seriamente: ¿Puedo comerme el maíz que está en mi jaula? El estado de credulidad fue bien denominado por Rochas como una de las condiciones del sueño.

Por consiguiente, el yo normal se encuentra transformado en un yo nuevo, cuya vida psicológica es intensa, lo cual nos hace reflexionar fuertemente sobre la realidad objetiva de los yo nuevos que aparecen en el Espiritismo.

Eusapia persuadida de que es John King, la Sra. Thompson cree que es su hija Nelly quien habla, la Sra. Leonard cree que es su hija Fedá quien está presente. Stainton Moses tiene diferentes personalidades que aparecen: Rector, Imperator, Mentor, Prudens, teniendo cada uno de ellos una escritura diferente y especial, y un lenguaje todo particular. La Señora Piper en primer lugar fue un extraño médico francés, llamado Phinuit, quien, habiendo ejercido la Medicina en Metz, ya no sabía francés porque, según dijo, tenía tantos clientes ingleses en Metz que había olvidado su lengua natal.

Por tanto es necesario ser muy reservado, cuando un médium nos dice: “Soy John King, soy Nelly, soy Fedá, soy Phinuit, soy Imperator”, pues es verosímil que esos yo nuevos sean puras ficciones.

Con todo, hay ciertos casos en los cuales esas personalidades nuevas, en vista de las indicaciones precisas

y recuerdos extraordinariamente exactos, parecen ser realmente las personas desaparecidas.

Seguramente los casos más admirables son los de Georges Pelham, encarnado por la Señora Piper, y el de Raymond Lodge, encarnado por la Sra. Leonard.

De repente la Señora Piper dice: “Soy Georges Pelham, llamen a mi padre, a mi madre, a mis amigos Howard y a mis amigos Vance.” Y cuando ellos llegan, la Señora Piper conversa con sus interlocutores absolutamente como si ella fuese Georges Pelham. Las conversaciones de la Señora Piper transformada en Georges Pelham han sido relatadas en un volumen enorme.

Nos hallamos, pues, en presencia de dos grandes dificultades: es un dilema terrible, que no temo establecer porque ambos lados de ese dilema son igualmente inverosímiles. O es Georges Pelham quien se halla presente, siendo por tanto, la supervivencia de los individuos lo que debemos aceptar, o no es Georges Pelham, no habiendo más que la Señora Piper, pero la Señora Piper provista de una lucidez tal que conoce todo cuanto sucedió con Pelham, que habla y piensa como él. En ambos casos lo inverosímil es formidable.

Lo que digo de Georges Pelham y de la Señora Piper se aplica también a Raymond y a la Sra. Leonard. Raymond, hijo de Oliver Lodge, habla con su padre por la voz de la Sra. Leonard, exactamente como si hubiese sobrevivido. Ahora bien, debo dar gran importancia a la convicción profunda de Oliver Lodge de que se trata realmente de la supervivencia de Raymond.

Bozzano se esforzó en probar la identificación de los espíritus. (Dei casi d'Identificazione spiritica). Una de las

pruebas a la cual él da gran importancia es que algunas veces el médium (o antes, el guía del médium) cuando se le hace una pregunta que no puede contestar, dice: “Vamos a consultar a uno de nuestros amigos”, (un amigo del más allá, bien entendido). Así, pues, presentando M. Newbold un texto griego, la Señora Piper dice no comprenderlo, yendo en busca de Imperator para explicarlo.

Todas las pruebas de identificación espírita pueden ser más o menos explicadas por una enorme lucidez. De la misma forma, esas denominadas consultas que los espíritus hacen a sus compañeros del más allá, no son, quizá, más que una comedia. Y no empleo esa palabra en sentido peyorativo. Es probablemente un símbolo, símbolo de duda y de investigación.

La terrible cuestión de la identificación de los espíritus es la esencia de la religión espírita. Estamos todos de acuerdo (me refiero a los sabios que han estudiado esos problemas sin las prevenciones de costumbre) en decir que los fenómenos de lucidez existen e, incluso, que hay fantasmas y telekinesias. Pero cuando se trata de saber si esas respuestas lúcidas son debidas al espíritu de un muerto que ha vuelto y que habla por la voz del médium, o bien es la inteligencia casi sobrehumana del médium, quien, sin la intervención de un personaje fallecido o de cualquier otra fuerza extra-humana, pretende ser este o aquel muerto, me declaro incapaz de pronunciarme de manera definitiva.

Sin embargo, estoy propenso a creer que no haya la supervivencia de un muerto y la vuelta de ese muerto en el pensamiento, voz y gestos del médium, porque fácilmente, con una facilidad deplorable, el médium adopta la personalidad que se le impone o que él inventa. En casa de

Víctor Hugo, su hijo Charles, poderosísimo médium, escribía versos y prosas admirables que atribuía a Tyrtée, a Esquilo, a Sófocles, a Shakespeare, a Jesucristo, a Lutero, a Molière, a André Chénier. Esas personalidades, si bien hablando todas en francés, poseían el mismo estilo (más el estilo de Charles Hugo que el de su padre). Me cuesta creer que Tyrtée, Jesucristo y el león de Androcles hayan vuelto.

Hemos podido imponer a algunos médiums personalidades fantásticas que persistieron y que parecieron demostrar su real existencia por una asombrosa coherencia, que se perpetuaba durante prolongadas series de experiencias. Ahora bien, la objetivación de los tipos, como la objetivación de los personajes, es de tal forma común, de tal forma fácil en los médiums perfectamente sinceros, produciéndose entonces con tales apariencias de veracidad y verosimilitud, que me parece natural suponer que aun cuando una personalidad aparece con todas las características aparentes de una realidad, aún así no pasará de ser apariencia de realidad. Esa es la primera objeción, por cierto formidable.

He aquí la segunda, casi tan eficaz. Cuando el fantasma del muerto vuelve, no hay solamente la figura, la voz, los gestos, las maneras que él poseía durante su vida terrestre, sino además los vestuarios que usaba. ¿Cómo se puede explicar que haya materialización, no solamente de la figura del difunto, sino además de sus vestuarios?

Para creer en la identidad de los espíritus es preciso admitir una cantidad de hechos inverosímiles y casi monstruosos. No hablo de esta hipótesis audaz, la de que la inteligencia puede funcionar sin cerebro. En efecto, todo parece demostrarnos que la ciencia y la memoria siguen

juntas con la integridad cerebral. Cuando el corazón para, aunque sea durante medio minuto, toda función cerebral queda abolida. Es tan difícil para un fisiólogo admitir la existencia de la inteligencia sin cerebro, como para un electricista admitir que una lámpara aún ilumine tras el desplazamiento de todos sus órganos.

Verdaderamente, esas objeciones, por más fuertes que sean, no resisten a ciertos hechos. Cuando se considera la vuelta de Georges Pelham y que, por la voz de la Señora Piper, él conversa durante muchos meses con una veintena de antiguos conocidos, absolutamente como si Georges Pelham estuviese presente, solo hay explicaciones rebuscadas para dar a esos hechos otra interpretación fuera de la supervivencia de Pelham.

De los dos lados solo hay, desde el punto de vista de nuestra miserable ciencia contemporánea, lo inverosímil y lo absurdo.

He aquí ahora un fenómeno puramente psíquico de importancia superior. Pese a todos los hechos extravagantes (y auténticos) que acabamos de señalar, el de las premoniciones es, al mismo tiempo, el más extravagante y el más auténtico. Escribí un libro respecto de esto (París, 1931) y, no deseando repetirme, me contento con señalar dos o tres casos que me parecen de un valor indiscutible.

Para que haya premonición, es decir, indicación del futuro, es necesario y es suficiente:

1. °- Que la premonición no sea probable, o por lo menos que la probabilidad sea de tal forma pequeña, de 1/100.000 por ejemplo, que no se pueda atribuir al azar la referida premonición.

2. °- El contenido de esa premonición debe ser escrito antes del acontecimiento, ‘ante eventum’, o por lo menos relatado antes del acontecimiento a personas que lo atestiguarán.

3. °- La persona para quien fue prescrita la premonición no interviene en el fenómeno.

Y he aquí las tres premoniciones de las cuales haré un inventario.

El Caballero de Figueroa relata a su mujer, en agosto de 1919: “He soñado que, al final de una larga calle, encontraba una cabaña. Un campesino me invitaba a entrar. Sobre su cabeza había un sombrero negro. Entramos en una caballeriza. Al fondo se hallaba una escalera de piedra y un jumento impedía el paso. En lo alto de la escalera había un cuarto con cebollas colgadas del techo: en ese cuarto, tres mujeres, una vieja, una joven y una niña.”

Dos meses más tarde, el Señor Figueroa fue invitado a servir como testigo para uno de sus amigos, en un duelo. Llegando a Murano (Sicilia, localidad que el Señor Figueroa no conocía ni siquiera de nombre), ve la realización de su sueño. El cuarto, el campesino de sombrero negro, el jumento que es preciso apartar para subir la escalera y las tres mujeres.

a) La Señora Verall recoge, mediante escritura automática, a 11 de diciembre: él estaba leyendo Marmontel, Mémoires, libro encuadernado en dos volúmenes, que le había sido prestado en Passy o Fleury. Estaba acostado en un sofá, hacía un frío impertinente, o en la cama, a la luz de una única vela.”

Pues bien, tras dos meses y medio el Señor Marsh, un amigo de la Señora Verall, cenando en su casa el 21 de

febrero, cuenta en la mesa que había leído las Mémoires de Marmontel a la luz de una vela, durante una noche glacial. El libro se componía de tres volúmenes, pero él solo había tomado prestados dos, de la biblioteca de Londres. Fue en Passy y el nombre de Fleury allí estaba indicado.

Leer a Marmontel, libro prestado, a la luz de una vela, durante una noche glacial, era formidablemente inverosímil.

b) Alexis Didier, que hace casi un siglo fue un vidente magnífico, dijo en 1847, durante un viaje sonámbulo que hizo a Roma, al pasar delante del Panteón (que en la Roma Papal era una iglesia): “En el futuro ese monumento tendrá un destino más solemne y puramente italiano”. Esa predicción de 1847, impresa en 1872, tuvo una sorprendente realización, pues en la ciudad de Roma, hecha capital del reino de Italia después de 1872, el Panteón dejó de ser una iglesia, convirtiéndose en el mausoleo de los príncipes y reyes de la casa de Saboya.

La última premonición que citaré fue anunciada a Osty. Le dijeron:

“En breve sabréis de la muerte de un hombre de ciencia que conocéis bien, un doctor, víctima de un accidente en el extranjero. Separación en un viaje. Muerte doble. Trastorno de vuestra vida.” Era la premonición de la catástrofe cruel que mató a nuestro pobre amigo Geley; caída de un avión, muerte doble, la del piloto y la de Geley, trastorno en la vida de Osty, que se convirtió en director del Instituto Metapsíquico.

También debo mencionar (brevemente) las experiencias completamente nuevas que denominé “premoniciones experimentales”. Treinta y un papelitos, conteniendo cada uno de ellos un número escrito a lápiz, son cuidadosamente

doblados de la misma manera. Armand, un pintor amigo mío, hermano de Brigitte, indica el número que ella va a sacar. Ciertamente comete errores, no siempre Armand acierta, pero las respuestas acertadas son bastante superiores a lo que daría la probabilidad. Hay períodos de errores y períodos de sorprendente lucidez. Bajo mi formal recomendación, Armand solo hace una experiencia por día, siempre en una probabilidad de 1/36. ¡Pues bien! En cierta semana, en seis pruebas, él acierta 3 veces. Por tanto, es casi de 1/30.000.000.

El resultado de todas las experiencias de Armand, no terminadas aún, en relación a esa premonición experimental (cuyo método es completamente nuevo), es de 11 aciertos en 64 experiencias. Creo que con otros médiums llegaríamos a resultados mejores.

Yo podría desarrollar otros bellos casos de premonición. Buscando en mi libro los que deseaba relatar aquí, me he quedado desconcertado, pues podría citarlos todos.

Cualesquiera que sean nuestras opiniones rutinarias, pese a la enorme inverosimilitud de esos fenómenos, es forzoso decir que hay premoniciones que confunden nuestra miserable inteligencia. Pero no se trata de explicar, sino de constatar.

CAPÍTULO III

LO INHABITUAL EN EL MUNDO MATERIAL

Pasemos ahora a la Metapsíquica físico-química, que he denominado objetiva en oposición a la Metapsíquica subjetiva, o mejor dicho, mental.

No necesito recordar que en la subjetividad no hay fenómeno físico exterior, mientras que en la objetiva hay hechos físicos, químicos, mecánicos, fantasmas reales que pueden ser fotografiados y vistos por todos, ruidos, movimientos y luces.

Esa división sería excelente si no hubiese casos como ciertas alucinaciones colectivas, en las cuales es imposible saber si se trata de una simple alucinación como en el sueño o si el fantasma divisado no tiene una realidad exterior objetiva, por ejemplo, pudiendo ser fotografiado y visto por innumerables personas. Pero sabemos que nuestras clasificaciones didácticas y explicativas no son más que arbitrarias. La realidad no hace caso de nuestras disposiciones.

Otra observación se impone: que los fenómenos mentales subjetivos son relativamente frecuentes. Raramente son tan precisos como en Ossowietzky y la Señora Piper, pero casi no hay nadie que, a su alrededor o con su propia persona, no haya tenido ocasión de constatar algunos fenómenos de videncia, de lucidez y de telepatía. Por el contrario, los fenómenos objetivos son raros, extremadamente raros. Los médiums que producen materializaciones y fenómenos de telekinesia y de ectoplasmia, son realmente excepcionales. Home, Slade, Eglinton, la Señora d'Espérance, la Señora Salmon, Kluski, Eusapia Paladino, Rudi Schneider, son

criaturas rarísimas. Por consiguiente, la observación es entonces mucho más difícil.

Tanto que, desgraciadamente esos grandes médiums de efectos físicos tienen una casi invencible tendencia hacia el fraude, lo cual hace aún más difícil una constatación irreprochable.

Como consecuencia de sus repeticiones, que contrastan con la rareza extrema de los fenómenos físicos, los hechos de lucidez que permiten la deducción de un sexto sentido son de una seguridad absoluta. A no ser que estemos obnubilados por las prevenciones acostumbradas, por una neofobia inveterada (incluso entre los sabios y principalmente entre ellos), no se puede dudar de ellos, mientras que en los hechos objetivos alguna duda es perdonable.

En cambio esa duda me parece poco justificada. Los casos que relataré dentro de poco son de tal forma precisos que es imposible ponerlos en duda, pese a su limitado número.

Otra observación aún se impone: que muy frecuentemente esos fenómenos objetivos, por más extraordinarios que sean, poco significan. Mejor dicho, no son nada intelectuales. ¡Nada nos enseñan! Que una mesa sea desplazada sin contacto, que una piedra sea arrojada sin que haya alguien visible para lanzarla, que una proyección de forma viva os dé un puñetazo, o incluso que un fantasma disfrazado aparezca, son manifestaciones un tanto infantiles que no nos revelan cosa alguna interesante de un nuevo mundo, pues el conocimiento por el sexto sentido de las cosas que nuestros sentidos normales no pueden darnos a

conocer, nos descortinan, a veces, horizontes casi ilimitados de los mundos desconocidos que viven a nuestro alrededor.

De la misma forma, los fenómenos objetivos materiales tienen un poderoso interés teórico, pues demuestran que nada sabemos del mundo material. Así también los fenómenos mentales muestran que nada sabemos del mundo mental.

Así, pues, provisionalmente, se impone una conclusión bastante desoladora. La de que tanto para el mundo mental, como para el mundo material, estamos inmersos en una oscuridad profunda.

Hace poco he dicho que había incertidumbre por saber si los fantasmas son objetivos. ¡Pues bien! Volvemos a encontrar esa incertidumbre para ciertos fenómenos de movimiento que provocan tantas ilusiones, tantos errores, fenómenos estos los denominados de MESA PARLANTE.

He aquí en qué consiste ese fenómeno, por cierto muy antiguo (13). Cuando algunas personas se sitúan en torno a una mesa y colocan sus manos ligeramente sobre ella, incluso sin hacer la menor presión consciente ni el menor movimiento, la mesa se levanta. Es absolutamente cierto que no hay fraude en la mayoría de los casos.

El fenómeno solo se produce con ciertas personas.

Entonces, si el pequeño grupo de personas reunidas interroga a la mesa, suponiendo – lo cual es una condición generalmente necesaria para que la operación salga bien – que un espíritu hace moverse la mesa, ésta, tras un tiempo muy variable, parece responder a las preguntas que le hacen. Se deletrea el alfabeto y cuando dicho espíritu quiere responder, da las letras que indican palabras. El espíritu da su nombre y dicta frases. Así se pueden mantener

conversaciones prolongadas. Como solo se opera con personas de confianza, es raro que la voluntad consciente de uno de los asistentes intervenga para cometer fraude.

Ingenuamente entonces, suponen que se halla presente un personaje cualquiera, un muerto, digamos, un desencarnado. Si éste ha dado su nombre, será Aristóteles, André Chénier, John King, Imperator o una abstracción, como la voz de la tumba, o el León de Androcles, en las mesas parlantes de Jersey.

Lo que ha contribuido para hacer admitir esa ilusión, son los movimientos de la mesa, que tienen realmente principios psicológicos. Y esto es curioso. Según el carácter del supuesto personaje presente, los movimientos son solemnes, violentos, alegres o fantasiosos. Si son llamados muchos personajes sucesivos, cada uno tiene su manera de responder. Los que no han asistido a estas experiencias no pueden calcular cómo una humilde mesa parece tener un alma, una personalidad.

Pero es menester abstenerse de creer que Aristóteles, André Chénier, John King, Imperator o el León de Androcles hayan venido a agitar ese mueble, evidentemente solo hay un simple médium que, por medio de movimientos musculares inconscientes, mueve la mesa, revistiéndose de una personalidad imaginaria.

En la mayoría de los casos esa explicación es suficiente. Del mismo modo, si damos un lápiz a una persona dotada para la escritura automática, obtendremos respuestas coherentes. Eso prueba solamente un cambio de personalidad.

Tanto en los movimientos de la mesa, como en la escritura automática, ciertamente casi nunca hay fraude. Los

movimientos de la mesa solo son debidos a las contracciones musculares inconscientes de uno de los asistentes, más o menos médium, que se ha revestido de una personalidad especial. Nada hay de asombroso, en vista de la invasión dominadora de esa personalidad, en las respuestas coherentes de la mesa, correspondiendo exactamente a lo que podría pensar y decir esa personalidad.

Hasta aquí nada más simple y no es necesario intervenir con un grano de Metapsíquica para esos casos elementales. Hay un cambio de personalidad, tal como observamos en el hipnotismo, produciéndose entonces una serie de movimientos inconscientes del médium, movimientos armónicos, coherentes, debidos únicamente a los músculos del médium.

Fenómeno psicológico (en modo alguno metapsíquico) bastante curioso. El médium, al mismo tiempo en que se reviste de una nueva personalidad, conserva su personalidad normal, habla, charla, piensa y ríe, absolutamente como si nada en él hubiese cambiado. Sin embargo él se ha desdoblado, es decir, otra personalidad se manifiesta en él, por la escritura automática o por los movimientos de la mesa, porque pese a la integridad aparente de su personalidad, otra personalidad, de la que él no tiene conciencia, obra sobre sus músculos y da respuestas perfectamente coherentes.

¡Sin embargo! Las cosas están lejos de ser tan sencillas, pues dos hechos de extrema importancia complican el fenómeno de las mesas parlantes.

1. °- Es muy difícil y casi imposible atribuir siempre los movimientos de la mesa únicamente a movimientos musculares inconscientes. He visto, como todos los que han

hecho experimentos con mesas parlantes, que éstas se movían, a veces con violencia, casi sin que hubiese contacto. Buenos médiums simplemente apoyaban ligeramente un dedo en el velador y ese velador daba saltos extraños, dirigiéndose a donde dicho espíritu lo quería conducir. Es muy cómodo pretender que sean únicamente los movimientos musculares del médium lo que anima a la mesa o al velador. Frecuentemente esto es verdad, pero si aplicamos esa suposición a todos los casos de mesas parlantes, la afirmación me parece bastante insuficiente y no corresponde a la realidad. Mi duda es, por cierto, más justificada, pues hay ejemplos auténticos, (con todo, bastante raros) de mesas que, sin contacto alguno, fueron hechas levitar, elevándose a una altura de cuatro pies.

No obstante, siempre se debe, en materia semejante, aceptar de preferencia una explicación racional, es decir, conforme a la Fisiología clásica normal, antes que la extraña hipótesis de una fuerza invisible y no los músculos del médium. Por tanto, por prudencia quizá excesiva, consideraré todos los movimientos de la mesa, siempre que haya un contacto por más ligero que sea, como debidos a los movimientos musculares del médium.

Veremos más adelante que, a veces, se obtienen otros fenómenos, en modo alguno explicables por los movimientos musculares inconscientes, por ejemplo: golpes y levitaciones.

2. °- Los movimientos de la plancheta y de la escritura automática son medios precisos para obtener respuestas que indican con clareza la existencia de un sexto sentido (criptestesia, metagnomia, lucidez).

Debo citar aquí las experiencias que hice durante más de un año con mi añorado amigo Gaston Fournier, que fue un médium notable, no profesional, bien entendido. Esas experiencias, a las que llamaré alfabeto oculto, no obtuvieron la repercusión que merecían.

He aquí en qué consisten.

Se dispone una mesa, de tal forma que, cuando uno de sus pies se yergue, suena un timbre eléctrico. Toman lugar en torno a esa mesa, con las manos sobre ella, Gaston F. y dos amigos míos, a los que llamaré A y B. Los tres me dan la espalda a mí y a otro amigo, al que llamaré C. La sala está iluminada. Tengo ante mí un alfabeto, es decir, un cartón sobre el cual están escritas todas las letras del alfabeto. Lo sujeto de forma que ni Gaston, ni A ni B puedan ver ninguna de sus letras. Entonces, silenciosamente y con un ritmo variable, paseo mi dedo, o un objeto cualquiera por delante del alfabeto, ese alfabeto trazado sobre el pequeño cartón que no puede ser visto por ninguno de los tres, incluso aunque estuviesen de frente, dada la distancia que nos separa. C, que está a mi lado, escribe la letra del alfabeto ante la cual mi dedo ha pasado en el momento en que el timbre ha sonado, revelando el movimiento de la mesa.

Durante todo el tiempo del experimento, hablamos en alto. Bromeo, en lo cual Gaston y los otros nos acompañan. Cantamos, recitamos, hacemos mucho ruido.

¡Pues bien! En esas condiciones obtenemos frases, citas de versos franceses y latinos.

Advierto de que A, B y Gaston ignoran lo que ha dictado la mesa, que ha sido anotado por C. A veces, como el experimento se prolonga, ellos se impacientan, juzgando que

se ha malogrado. Pero no se ha malogrado, e insisto para que continúen.

Cito muchos experimentos en mi *Traité de Métapsychique*, pero relato aquí dos que me han parecido de importancia extrema.

Aunque era inverosímil, yo temía que Gaston pudiese conocer el ritmo de mi mano al pasar por el alfabeto. Hice entonces un alfabeto circular y ya no empezaba por la letra A como siempre, sino al azar, por una letra cualquiera del alfabeto. Aparte de eso, yo variaba completamente el ritmo en cada letra nueva. En ese bello experimento tuve una respuesta sin gran sentido, pero que seguramente no puede ser atribuida al simple azar: F A Z O L D O.

3. °- El otro experimento tuvo el honor de que se hiciese en mi casa ante el ilustre y genial William Crookes. No se llevó a cabo por la noche, sino durante el día: había una semioscuridad. Solamente el alfabeto estaba iluminado. Sir William, entonces, sentado lejos de las dos mesas, pidió una respuesta a la pregunta mental que hacía, y la mesa, por medio del timbre, respondió con clareza extrema: I know only the slang (14). Se hace notar que Gaston no habla inglés. La pregunta mental hecha por Sir William era: “¿Cómo se llama mi primogénito?”.

Esos experimentos tan interesantes del alfabeto oculto demuestran con toda evidencia y sencillez que había conocimiento de las letras por donde pasaba mi dedo sin ruido.

Así, pues, para establecer la existencia del sexto sentido, es decir, el conocimiento de las cosas por vías diversas de las sensorias ordinarias, las pruebas abundan: “Los caminos son diversos, pero el fin es el mismo.”

A esos movimientos musculares, inconscientes, revelando cierta lucidez, es preciso evidentemente ligar los fenómenos extraños conocidos desde hace mucho tiempo, de la varita adivinatoria. No se puede dudar de que con una varita adivinatoria en la mano, su portador pueda indicar dónde se encuentra una vena de agua subterránea. En la práctica agrícola comúnmente nos servimos de la varita. Por cierto, es verdad que los movimientos de la varita solo pueden ser atribuidos a contracciones musculares involuntarias e inconscientes de su portador. Pero ¿por qué esas contracciones? ¿Será que la vena de agua subterránea despierta la sensibilidad del adivino? Entonces ¿no habría aquí lo que ya hemos dicho, o sea, el conocimiento inconsciente de la realidad?

Henos, pues, de vuelta a la constatación de ese hecho extraordinario, que mediante todas estas pruebas se ha vuelto evidéntísimo por la sensibilidad que a veces tenemos los humanos, que no es la de los sentidos normales, y que nos permite conocer las cosas reales que esos sentidos normales no nos muestran. **Sunt quaedam in intellectu quae non prius feerint in senso.**

Para revelar esa sensibilidad especial, los movimientos inconscientes son frecuentemente eficaces. Parece realmente haber un conflicto perpetuo entre el consciente y el inconsciente. Cuanto más despierta esté nuestra conciencia, tanto menos pueden actuar las fuerzas inconscientes reveladoras del sexto sentido.

Todos estos hechos son intermedios entre la Metapsíquica objetiva y la Metapsíquica subjetiva. Ahora solo trataré de la Metapsíquica objetiva.

Por poner un poco de orden en los fenómenos que parecen desafiar toda clasificación metódica, empezaré por el fenómeno exterior más sencillo que se llama telekinesia, es decir, la acción a distancia.

De esa telekinesia, los ejemplos son numerosos. Los más notables son evidentemente los de Home, observados por Crookes, que hacía experimentos con él a plena luz. Al lado de muchos otros hechos extraños, él vio y describió un caso admirable de escritura directa: un lápiz colocado sobre papel, a plena luz, se levantó sobre su punta, pero sin poder escribir. Entonces, como para ayudar al lápiz (¡!) una pequeña lata, que se encontraba a su lado, se elevó un poco por encima de la mesa, para que él, apoyado en ella, pudiese escribir.

Se han observado además otras telekinesias, también admirables, debidas a otros médiums y relatadas en mi *Traité de Métapsychique*. Con los grandes médiums, como Slade, Eusapia, Gusik, Stainton Moses, Kluski, la Sra. Goligher, Linda Gazzera y otros muchos, hubo, sin contacto alguno, tanto a plena luz como en semioscuridad, sin que se pueda suponer cualquier fraude, movimientos de objetos (a veces hasta de objetos pesados).

No recomenzaré aquí la relación detallada de esos fenómenos. Lo que importa en este libro es saber cómo éstos se producen. Sobre ese asunto misterioso aún no tenemos más que inducciones, pero esas inducciones nos permiten esbozar una teoría de la telekinesia.

Es probable que en ciertas condiciones se desprendan del médium fuerzas casi materiales o incluso completamente materiales, pudiendo producir efectos mecánicos manifiestos. Así, por ejemplo, con Eusapia observábamos,

comúnmente, prolongaciones que salían de su cuerpo, prolongaciones que yo denominé ectoplasmas, que son como pedazos de miembros informes, dando a veces el vago esbozo de mano.

Daré solamente dos ejemplos, que me son personales.

Una tarde, o mejor dicho, una noche, en la isla Ribaud, a media luz, en presencia de Myers, de Ochorowicz, de Sir Oliver Lodge, sujetamos en el aire las dos manos de Eusapia. Ésta permanecía de pie, y durante ese tiempo una mano me acarició el rostro. Sentí distintamente que era mano de hombre.

Otro experimento hecho con Eusapia en París, en el Instituto Psicológico. Penumbra que permite ver bien los fenómenos. Eusapia se encuentra delante de una cortina. Hay una pequeña mesa frente a ella. Delante de esa mesa está Courtier. La Sra. Curie se halla a la izquierda de Eusapia y yo a su derecha. Entonces, mientras Eusapia está en trance, por mi lado la cortina se infla. Divisamos algo así como un pedazo de miembro que parece despuntar por detrás de la cortina. Entonces, con mi mano derecha, que está libre, pues con la izquierda sujeto la de Eusapia, intento tomar la mano del llamado John King, que se halla tras la cortina. Sujeto firmemente esa mano, pasando mis dedos a través de la cortina sobre los dedos de esa gran mano y cuento exactamente, son 28 segundos, es decir, el tiempo suficiente para poder observar todo y constatar que tengo la mano derecha de Eusapia sujeta en mi mano izquierda y que la Sra. Curie sigue sujetándole la mano izquierda.

Esos dos experimentos serían suficientes para demostrar que hay ectoplasmas y para explicar la telekinesia por el ectoplasma.

Aún haré algunas observaciones:

1. °- Pese a que más frecuentemente los hechos de telekinesia exigen la oscuridad, en muchos casos hay una media luz, lo bastante para que se puedan ver las manos y el cuerpo del médium. Con Home el experimento se hacía a la luz del día. Tuve ocasión de ver a pleno sol a Alice, médium de Maxwell, desplazar ligeramente un abanico colocado delante de ella.

Por tanto la objeción de que la telekinesia solo puede producirse en la más completa oscuridad no es válida.

2. °- En general la telekinesia solo se manifiesta con pequeños objetos, que no exigen fuerza considerable. Pero hay excepciones. Home, pues hay que volver siempre a él, fue levitado con un piano y podríamos dudar de ese hecho aún más extraño que los otros, si eso no hubiese sido constatado totalmente por testigos honrados.

Eusapia muchas veces pudo mover objetos pesados. La he visto mover, sin contacto aparente, un gran melón de cerca de tres kilos. Con Eusapia los eminentes fisiólogos de las Universidades italianas vieron a una pesada y sólida mesa completamente destrozada; y el célebre Lombroso vio un mueble enorme, colocado a dos metros de Eusapia, acercarse a ella, imitando la progresión de un gigantesco paquidermo. En un experimento hecho con Guzik, mientras sus manos estaban sujetas, un gran sofá, donde Osty estaba sentado, fue agarrado bruscamente, elevándose después por encima de nuestras cabezas y, sin herir a nadie, se lanzó sobre la mesa con tal fuerza que se rompió (¡!). Stainton Moses vio agitarse una pesa pesadísima sin ser tocada. La hija de mi amigo Ségard tuvo, cuando aún era una niña (12 años), fenómenos extraordinarios de telekinesia. Ella llamaba para junto a sí

objetos, muebles, y la obedecían. Esos fenómenos, (que yo, por cierto, no he visto) solo duraron tres días, siendo constatados por mis hijos entonces pequeños (12 y 15 años) que se divertían con ellos.

En todo caso, de esta exposición sumaria, que podría desarrollar mucho (ver el *Traité de Métapsychique*, páginas 532 a 536) resulta que puede haber movimientos de objetos, inclusive de voluminosos y pesados, incluso a plena luz, sin contacto y sin la intervención de ninguna fuerza mecánica conocida.

Se notará, sin duda, que hay una especie de paralelismo entre la telekinesia y la telestesia. Nuestra sensibilidad se ve afectada por fuerzas que nuestros sentidos no perciben: nuestro poder motriz se aplica sin que nuestros músculos parezcan actuar.

Hay que preguntar por qué prodigios se producen esos movimientos de los objetos.

En primer lugar, es incontestable que, en ciertos casos, salen expansiones del médium, ectoplasmas – el nombre se ha vuelto clásico – que pueden adoptar formas diferentes. Crawford hizo metódicamente con los Goligher experimentos numerosos que no dejaron de provocar críticas, principalmente las de Fournier Alle, pero la crítica de Fournier les pareció no operante a Schrenck-Notzing y a Sir William Barret.

He aquí, según Sudre, el experimento fundamental (*Introducción a la Metapsíquica Humana*, p. 241): “El paciente se sienta en una silla colocada sobre una báscula; la mesa es dispuesta en medio del círculo formado por los asistentes a una distancia de cerca de un metro del médium. Se pide a los operadores invisibles que levanten la mesa y la

sostengan en el aire. En ese momento el peso del paciente aumenta más que el de la mesa... Con todo, la mesa es elevada por un levantador, palanca psíquica engastada en el paciente, formando cuerpo con él.”

Ese levantador no es más que un ectoplasma.

Veremos más adelante que esos ectoplasmas tienen tendencia a tomar formas vivas, generalmente pedazos de miembros, como manos, brazos, pero algunas veces también toman apariencias diferentes.

Mi añorado amigo Ochorowicz estudió con el mayor cuidado lo que ha llamado rayos rígidos, es decir, hilos fluídicos, no obstante materiales, que se desprendían de su médium, Stanislaw Tomzyk. Fotografías admirables de esos rayos fueron obtenidas por él y más tarde por Schrenck. He podido ver los movimientos telekinésicos obtenidos a plena luz por Stanislaw. Una bala, una campanilla, tijeras, una aguja, son lanzadas y permanecen en el aire durante algún tiempo. Schrenck-Notzing, que también experimentó con Stanislaw, fotografió el levantamiento de una bala por un hilo fluídico. Ese hilo fluídico presenta hinchazones. Parece formado por puntos discontinuos y parte de los dedos de Stanislaw. Yo sentí ese hilo, dijo Ochorowicz, sobre mi mano, mi rostro y mis cabellos. Tan pronto como el médium retira las manos, ese hilo se adelgaza y desaparece; da la sensación al tacto de una telaraña. Si lo cortamos con una tijera se reconstituye inmediatamente.

El año de 1906, en París, con Eva, es decir, Marthe Béraud, observé yo solo con ella y la Sra. R (que se mantenía a cierta distancia de Marthe, tomando notas) fenómenos decisivos de ectoplasma. Un objeto de color blanquecino (Traité de Métapsychique, p. 672) aparece en el suelo, se

desplaza, aumenta, remontando al sofá donde se encuentra Marthe, subiendo después hasta su pecho. Es como un velo membranoso. Sujeto las dos manos de Marthe, que está inmóvil y habla a intervalos. De ese ectoplasma móvil he dado dibujos, hechos sucesivamente que quizá valgan más que las fotografías. Poco a poco el ectoplasma toma la forma imprecisa de una mano, en la cual se puede distinguir el esbozo vago de los dedos. Lo notable es que Geley, sin conocer los detalles de mi experimento, hizo exactamente la misma descripción de los suyos (1919).

Resulta de esos múltiples experimentos que los movimientos de objetos se deben a expansiones móviles más o menos análogas a formas vivas que salen del cuerpo del médium.

Tal era el estado de nuestros conocimientos en 1930, cuando Osty y su hijo Marcel, en el Instituto Metapsíquico, hicieron en Rudi Schneider (cuya notable mediumidad ya había constatado Schrenck-Notzing) experimentos extraordinarios, provocados por una feliz casualidad, pero fertilizados y desarrollados por una larga serie de ingeniosas y pacientes investigaciones. Constituyen un progreso enorme para nuestros conocimientos sobre la ectoplasma.

Sabemos que en un espectro luminoso, según la duración de las vibraciones, hay ondas que van desde el violeta al rojo, pues el ultravioleta y el infrarrojo son invisibles. Por medio de cristales apropiados se puede no dejar pasar, de una lámpara encendida, más que los rayos del infrarrojo. Ahora bien, si dirigimos esos rayos (invisibles, bien entendido) en dirección a una célula fotoeléctrica, esa célula es puesta en acción por ellos. Un dispositivo simple hace que no haya timbre eléctrico mientras la luz roja actúe sobre la

célula fotoeléctrica. Pero al momento en que se interrumpe el rayo rojo interponiendo la mano, por ejemplo, o un objeto cualquiera sobre el trayecto del rayo, tenemos, según las disposiciones experimentales tomadas, fáciles de imaginar, ya sea un timbre eléctrico, ya una señal eléctrica registrándose sobre un cilindro, ya simultáneamente los dos fenómenos. Se puede, pues, saber cuándo un objeto cualquiera ha pasado sobre el trayecto del rayo.

En esos dos experimentos memorables del Instituto Metapsíquico, Rudi Schneider estaba, al igual que todos los asistentes, separado del rayo rojo por un biombo de tela metálica. Además sus manos, envueltas en una faja fluorescente (de sulfureto de calcio) estaban sujetas. Por tanto, podíamos ver la posición de sus manos durante todo el tiempo. Por lo demás, se había dispuesto un aparato fotográfico de tal manera que, al momento de la interrupción del rayo rojo, se produciría una corriente eléctrica que provocaría instantáneamente un resplandor de magnesio.

Así, pues, toda probabilidad de fraude estaba alejada: 1. °, por las manos sujetas; 2. °, por estar las manos de Rudi a la vista; 3. °, por el biombo metálico. Por lo demás, si algún objeto material fraudulento interrumpiese el rayo rojo, tendríamos la fotografía de dicho objeto, denunciando el fraude.

¡Pues bien! En esas condiciones rigurosísimas de experimentación, algunas veces – y generalmente después de que Rudi indicase que se produciría el fenómeno – hubo interrupción del rayo rojo, y eso sin producirse manifestación exterior visible.

Por consiguiente, sin insistir en las modalidades minuciosas que Osty expuso en su libro reciente, hay

ectoplasmas invisibles que interrumpen el rayo rojo, actuando sobre él como si esos ectoplasmas fuesen objetos materiales.

El ectoplasma, es decir, la proyección de una fuerza más allá del cuerpo del médium, tiene pues, una primera fase de invisibilidad; una segunda fase, durante la cual aparece como un vapor o un hilo fluídico, que es cuando empieza a ser visible, algunas veces claramente, aunque la mayor parte de las veces amorfo. Veremos, en un capítulo ulterior, que esa forma puede tomar las apariencias y casi la realidad de un ser vivo (cuarta fase).

Por más extraña que sea la ectoplasma, no es el único fenómeno singular de esa Metapsíquica física. Hay aún otras muchas.

En primer lugar, tenemos los fenómenos luminosos. Casi en todas las épocas se ha observado que algunos individuos raros tenían a veces una aureola en torno a la cabeza. De la aureola de los Santos solo hablamos de memoria. Sin embargo, en ciertos casos, de nuestros días, también se ha observado una aureola. Arsonval y Curie han visto en torno a la cabeza de Eusapia una especie de zona oscura seguida de una zona luminosa, como en el pequeño cañón negro catódico cuando hay descarga en un tubo de Crookes.

Ossowietzky dice ver una aureola verde en torno a la cabeza de los individuos amenazados por un gran peligro, pero le dejo a él la responsabilidad de esa afirmación. (¡!)

Con Guzik he visto figuras fantasmagóricas iluminadas lo bastante como para poder distinguir claramente los rasgos de esos fantasmas.

Generalmente, las luces son como resplandores que pasean. Con Guzik parecen ojos; con Eusapia, pequeñas

lenguas de fuego; con Stainton Moses y principalmente con Home, bolas de fuego. “He visto, dijo Crookes, en un experimento con Home, un cuerpo sólido luminoso por sí mismo, casi del tamaño de un huevo de pava, fluctuar sin ruido a través del cuarto, elevarse más de lo que podrían hacer los asistentes y bajar suavemente al suelo.”

LEVITACIONES

Los fenómenos de levitación constatados también con los santos, y por cierto bastante frecuentes, revelan asimismo fenómenos de Metapsíquica objetiva. Las levitaciones más conocidas y mejor autenticadas son las de San José de Cupertino (1603-1663). En la Vida de San José, publicada en 1753, se relata que muchas veces José se elevaba del suelo y que en ciertas ocasiones permanecía suspendido en el aire en presencia de todos los hermanos de la comunidad. El Papa Urbano VIII testimonió esa levitación.

Los médiums modernos dieron diversos ejemplos de ese fenómeno paradójico. El más bello es el de Home, que se elevó por encima de la cabeza de los asistentes, haciendo en el techo un signo con un lápiz. Pasó por la ventana del primer piso como si nadase en el aire. Cuando volvió se echó a reír. Le preguntaron por qué.

Es que, contestó él, si un policía me hubiese visto, no lo hubiese comprendido.

Verdaderamente, nada comprendemos.

Morselli observó con Eusapia una bellísima levitación.

Stainton Moses fue levitado innumerables veces, como también recientemente Rudi Schneider, en excelentes condiciones de control.

Por tanto, la levitación no es un fenómeno más contestable que otros fenómenos o la telekinesia (15).

RAPS

Uno de los más bellos fenómenos de la Metapsíquica objetiva es el de los golpes. Desgraciadamente, los golpes fuertes, como para ser claramente oídos, son fenómenos bastante raros.

He aquí en qué consiste. Si entre los asistentes que colocan las manos sobre la mesa hay un médium poderoso, a veces se escuchan vibraciones sonoras de la mesa; con frecuencia son vibraciones dotadas de penetración que normalmente el médium no puede producir, porque sus manos están inmóviles. (No olvidemos que ha sido mediante golpes como los fenómenos espíritas se manifestaron por primera vez, en la familia Fox, en Hydesville).

Nunca he oído golpes fuertes. Maxwell los consiguió formidables con su médium Alice. Por mi parte, frecuentemente con dos o tres personas diferentes, he obtenido golpes, pero débiles. Acercando el oído a la mesa oía distintamente ligeros ruidos semejantes a arañazos.

Youjeritch me dijo haber oído golpes fuertes a distancia, producidos por una persona de su familia que no era en absoluto profesional.

Por tanto, puede haber golpes y fenómenos mecánicos sin un médium para producirlos.

Con Stainton Moses, con Home, los golpes eran fortísimos.

He aquí un caso que me fue relatado por un observador muy competente, C. De Vesme, en quien se puede depositar entera confianza.

Él recibe de su hermano, en un sobre remitido por correo, cabellos de su padre muerto hace algún tiempo y, entonces, en un transporte de amor filial, besa esos cabellos blancos. Tan pronto lo hizo, oyó fuertes golpes resonar sobre la mesa junto al lecho. Esos golpes se repitieron claramente con un ritmo particular.

Dos jóvenes tenían en el hospital a un amigo gravemente enfermo. Ambos vivían en la misma ciudad, pero bastante distanciados. En el mismo momento los dos oyeron golpes en la puerta. Nadie en la calle. Imaginaron entonces que el amigo había muerto. En efecto, llegando al hospital constataron la muerte de su camarada.

La Señora Ulrich – seudónimo de una escritora notable – oye repetidos golpes en la mesa. El ritmo es el mismo con que cuando era pequeño su hijo decía: “Mamá, mamá”; los golpes aumentan hasta sacudir el jarrón de cristal. En ese momento, su hijo, ahora soldado de Infantería, acababa de ser muerto. (Traité de Métapsychique, pág. 423).

Yo podría multiplicar los casos de ese género, pero relataré uno que me es personal, notable desde muchos puntos de vista.

El experimento fue proporcionado por una señora – no profesional, que solo obtuvo golpes ese día, pero ¡cuán interesante!

Ese experimento me parece, desde todos los puntos de vista, uno de los más brillantes de la Metapsíquica. Lo relaté

con detalles en mi *Traité de Métapsychique*, pág. 302-305. Lo resumo aquí. Por medio de golpes recibimos esta frase: Banka, la muerte acecha a la familia (junio 1906 a las 22:30h). Bien, esa monición corresponde exactamente al asesinato de Draga (hija de Banka) reina de Serbia y de sus hermanos, también hijos de Banka, por oficiales serbios. La hora coincide, en vista de la distancia de Belgrado a París, exactamente con el momento en que los conjurados serbios salían para cometer ese crimen. La palabra Banka no fue exacta. El padre de Draga se llamaba Pandja, y cuando digo “dj” es una letra del alfabeto serbio que no se encuentra en el romano, pudiendo tanto ser una C como una K.

Por tanto, he ahí una monición precisa a tres mil kilómetros de distancia, puesto que, en el pequeño círculo de cuatro asistentes formado en París, ninguna de las personas presentes conocía el nombre de Draga, ni el de Banka y mucho menos la conspiración de Belgrado. Pues bien, el acontecimiento que se iba a producir fue indicado en términos tan concisos y decisivos que si se estuviese al tanto de todos esos hechos, nada mejor se podría encontrar que estas palabras fatídicas: **“la muerte acecha a la familia”**.

Atribuir esto al azar es locamente absurdo. La probabilidad, imposible de evaluar, está por debajo de 1 por 10¹⁰.

En fin, la historia de los golpes es tan curiosa que induciré de buen grado a algún joven metapsiquista a hacer una monografía detallada.

Diré asimismo algo más acerca de otros casos materiales.

1. °- Ochorowicz, experimentando con Stanislaw Tomczyk, constató, con una pequeña ruleta de bolsillo, que

Stanislawa podría detener la bola en el número deseado, con tanto que la bola no girase rápidamente.

2. °- Se constató la acción eléctrica de Eusapia, de Stanislawa y de otros médiums.

La Señora d'Espérance actuaba sobre la aguja imantada. Slade hacía lo mismo. Estos casos se encuentran bien explicados en el excelente libro de Sudre: *Introduction de la Métapsychique humaine*" (pág. 249 a 272).

TRANSPORTES

Todo es incomprensible en la acción del espíritu sobre la materia. Quizá lo más extraño sea el caso de los transportes. Bozzano escribió acerca de esto un memorial detallado e instructivo como siempre. Citaré tan solo dos casos. (Luce e Ombra, 1930).

La Señora Frondini Lacombe, experimentaba en Lisboa con la Condesa de Castelvitch; dijo: yo le sujetaba las manos, estaba a solas con ella. De súbito, un objeto muy pesado cayó con gran ruido a nuestro lado; era un enorme trozo de leña que se hallaba en la sala vecina, cuyas puertas estaban cerradas".

La Señora de Castelvitch se asustó de tal manera que no quiso recomenzar.

El otro caso que comuniqué a Bozzano es el de mi amigo Paul de Vitray, nieto de la célebre Condesa de Ségur, nacida Rostopchine.

En Buenos Aires, donde ella vivía en 1898, hacía con algunos amigos experimentos de mesa parlante. Ningún médium profesional. La mesa había dicho: "Os traeré flores", y un gran ramillete de violetas de Parma fue arrojado

en la mesa, precisamente cuando éstas solo podían ser halladas a 250 kilómetros de Buenos Aires. Después, hubo un transporte de un billete de banco de 5 céntimos. Los presentes pidieron entonces un billete de mil piastras, a lo que la mesa contestó: “No puedo, pues eso sería un robo”.

Serge Yorujevitch me relató que en un aposento donde no había nadie, separado de una sala por una puerta de cristales, él oye resonar una campanilla. El sonido parece acercarse, la campanilla atraviesa el cristal, siempre sonando y, tras un prolongado recorrido por el aposento, cae al suelo.

He podido asistir, muy de cerca, en condiciones irreprochables, a un fenómeno singular (análogo a un transporte). En la isla Ribaud, y a plena luz, todos nosotros hemos visto (nosotros, es decir, Ochorowicz, Oliver Lodge, Myers y yo) la mano izquierda de Eusapia levantada en el aire sujetando un lápiz. Eusapia, entonces, dice que va a hacer pasar la sustancia azul del lápiz para mi dedo índice. Y en efecto, con mi dedo índice en un papel blanco, puedo trazar líneas como si tuviese un lápiz azul en la mano. Veo asimismo, en ese experimento extraordinario, ante una vela colocada en la mesa a algunos centímetros de distancia, a Ochorowicz y Myers (Myers con su antejo) mirando desde muy cerca los trazos azules que hacía mi dedo al pasar sobre el papel.

He aquí otro experimento que hice con Eusapia, en casa de Flammarion. Yo sujetaba la mano derecha de Eusapia y Flammarion la izquierda. Digo entonces: “Dame un alfiler, quiero ver si John es sensible”, y con el alfiler pincho el pretendido miembro de John, a través de la cortina. Pero no continué, porque a medida que yo pinchaba parecía que un

alfiler se introducía en la parte alta de mi brazo, lastimándome bastante, lo que hizo a Eusapia reír mucho.

Como prueba excelente de la naturaleza fluídica de las formas que aparecen, debemos citar el testimonio de los modelajes. Principalmente con Kluski se obtuvieron bellísimos modelajes. Algunos modeladores expertos declararon que, evidentemente, se trataba de manos vivas, las únicas capaces de producir semejantes modelajes. No se pueden explicar esos entrelazamientos de dedos, a no ser suponiendo que la mano fluídica envuelta en la parafina se haya deshecho cual una nube (16).

De que manos fluídicas puedan deshacerse, es decir, desaparecer entre las manos, hay ejemplos auténticos. Crookes observó con Florence Cook, y F. Bottazi, fisiólogo experimentado, con Eusapia: “Oprimo, dice él, la mano que se desvanece bajo mi apretón; ella se disuelve, se desmaterializa, desaparece”.

OTROS CASOS SINGULARES DE METAPSÍQUICA OBJETIVA

De Vesme acaba de relatar (Revue Spirite, 1932) hechos antiguos y recientes, quizá más difíciles de comprender que todos los demás. Innumerables testigos vieron en el aire, durante horas seguidas, soldados armados, tan bien armados que, en uno de los casos, una tropa de caballeros reales, comandados por un oficial, sale al encuentro de esa armada fantasmagórica. La vieron destacarse para ir al encuentro del Oficial real, después, todo desapareció.

Qué diré de los casos singulares de una música que sobreviene en el momento de la muerte, lo que Bozzano

denomina música trascendental (Fenómenos Psíquicos en el Momento de la Muerte, trad. Francesa, 1927, pág. 225 ay 236).

Citaré solamente el caso siguiente:

Un niño, hermano del doctor K., agonizaba. En el cuarto, iluminado por el sol del mediodía, estaban reunidos todos los miembros de la familia; de repente, oyeron un canto melodioso. Ese canto divino era como un quejido suave y melancólico cantado por voz de mujer. Continuó durante algunos minutos, después fue disminuyendo como si se alejase. Había empezado con la agonía de la criatura y terminó con su muerte.

A propósito de los caballos de Alberfeld, hay hombres instruidos y competentes que admiten que esos caballos hacen cálculos. Maeterlink escribió acerca de esto muchas páginas interesantes. Él no es sospechoso de credulidad. Claparède, psicólogo eminente de Ginebra, pidió al caballo Mohamed, en ausencia del Señor Krahl, la raíz cuadrada del número 456.756. Y en algunos segundos Mohamed respondió. La indicación de los guarismos fue dada por movimientos de la pata.

Es bastante difícil formar una opinión; propenderé hacia la negativa. Pero, en todo caso, antes de estudiar la Metapsíquica animal, convendría conocer mejor la Metapsíquica humana.

PSICOMETRÍA

El término psicometría es execrable, con todo, es tan frecuentemente aplicado, que me parece imposible emplear

otro. Los autores que han escrito sobre ocultismo llamaron psicometría a la lucidez sobrevenida por el contacto con una cosa material.

Los profesionales de la lucidez, cuando se les piden detalles sobre esta o aquella persona, muchas veces insisten en tener en manos un objeto que les haya pertenecido. Me contentaré con citar un experimento a que asistí, pues doy cierto valor (quizá algo exagerado) a mis experiencias personales (17).

I- En primer lugar citaré un bello experimento hecho en mi casa, en presencia de Myers, por la Sra. Thompson. Ella adormeció y tomó la personalidad de Nelly, su hija muerta. Mi hijo Georges se encontraba presente. Entregamos a la Sra. Thompson el reloj de mi hijo; inmediatamente ella dice: “Hay sangre en este reloj... veo tres generaciones mezcladas” (Three generations mixed).

Es imposible expresarse mejor. Ese reloj había pertenecido a un hermano de mi mujer, Georges Aubry, muerto en la batalla de Vendôme en 1870. El padre de Georges había guardado ese reloj, y se lo dio a mi hijo, su nieto. Hay sangre en este reloj, tres generaciones mezcladas, ¡qué lucidez maravillosa! ¡Inverosímil!

M. Pagenstecher, citado por Sudre, también obtuvo bellos ejemplos de psicometría.

De la misma forma, pese a que sea relativamente sencillo admitir que los objetos conservan una emanación de las cosas, parece que para la lucidez el objeto no es indispensable. Ayuda a la lucidez, al igual que a los videntes ayudan el echar las cartas, la visión en un cristal, las marcas de café, la consulta de las cartas españolas, ayudan al médium a encontrar lo que busca. En la psicometría, como

por cierto, en todos los otros fenómenos, aún estamos en plena oscuridad.

Se puede provisionalmente admitir que la presencia de un objeto es útil, pero no indispensable.

LOS FANTASMAS

Hemos visto en los capítulos precedentes

1. °- Que a veces hay fantasmas divisados por innumerables personas (en condiciones no experimentales) lo cual excluye casi completamente la hipótesis de la alucinación.

2. °- Que frecuentemente, en condiciones experimentales determinadas, hay fenómenos de telergia, de telekinesia, formación de ectoplasmas, expansiones materiales, pudiendo ser fotografiadas; o bien actuando sobre rayos infrarrojos.

Veremos que esos ectoplasmas pueden adoptar las apariencias, casi las realidades de seres vivos que parecen independientes del médium del cual emanan y al que ya no están ligados. Salvo su origen y su desaparición, ¿serán realmente vivientes?

Yo podría citar numerosos casos, pero fiel al plano de este libro me contentaré con indicar solamente algunos, volviendo a mi Tratado de Metapsíquica, a los trabajos de Flammarion, de Gabriel Delanne, de Bozzano y de Sudre.

1- Son en primer lugar (y siempre), las admirables experiencias de Crookes que debemos relatar. Él ha visto, tocado, fotografiado a Katie King, que tenía todas las apariencias de una persona real. Estaba a solas con la Srta. Florence Cook en su laboratorio y pudo observar a Katie King al mismo tiempo que a Florence Cook. Pudo incluso

oír las pulsaciones del corazón de Katie. Nada más conmovedor que la despedida de la misteriosa y fantasmagórica Katie King. Ella anuncia que está obligada a partir, y, dirigiéndose a su médium Florence Cook, que yace inerte en el suelo, la despierta diciéndole: “Despierta, Florence, ahora he de dejarte”. Florence despertó y entre lágrimas suplicó a Katie que se quedase, pero fue en vano. Katie, con su vestido blanco, desapareció. Sir William Crookes se acercó entonces a Florence, a punto de desfallecer, y Katie desapareció como si fuese humo. Nunca más volvió.

Nada sería más satisfactorio que esa experiencia, hecha por un hombre como Crookes. Sudre dice con razón: “En un congreso científico, 24 años después, el gran sabio, en el apogeo de su gloria, declaró solemnemente que no tenía nada de qué retractarse. No se puede distinguir al Crookes del talio y de los rayos catódicos, del Crookes de Katie King.”

II- Mi amigo, el doctor Gibier, sabio eminente, Director del Instituto Pasteur de Nueva York, operando con un médium notable, la Señora Salmon, la encierra en una jaula de hierro, cuya llave solo tiene él. Ve entonces salir de la jaula a una mujer esbelta que parece viva. Ella representa ser unos 25 años más joven que la Señora Salmon. Después llegan, la pequeña Mandy, que no tiene más que un metro de altura, un hombre alto, cuya mano varonil, vigorosa y musculosa pudo estrechar Gibier. Todos esos personajes permanecían en el tablado solamente algunos segundos y parecían apresurados a su vez.

III- Con el poderoso médium polaco Kluski, que desgraciadamente solo con relucencia consiente en hacer experimentos, Geley, en el laboratorio del Instituto

Metapsíquico de París, habiéndolo desnudado completamente, ve surgir diferentes formas vivas: una vieja desdentada y arrugada, un oficial polaco con uniforme y quepis, un oficial alemán igualmente de uniforme y con capacete puntiagudo.

Geley me contó la historia siguiente: En Varsovia, estando sentado entre Kluski y un amigo suyo, oficial polaco, éste le dice: “Yo solo creeré en los fantasmas tras haber visto una centena de ellos.” Entonces, casi en el mismo instante, un gran viento abrió la ventana y apagó una de las luces. Después, sucesivamente, ante el sofá, pasó un desfile interminable de formas diferentes, mujeres, niños, viejos, soldados, curas. Había por qué temblar, y la asistencia (tres personas) temblaba realmente (18).

IV- Tuve ocasión de observar, en condiciones de control irreprochable (19), a un fantasma que era producido por Marthe Béraud, en la residencia del General Noel, brillante alumno de la Escuela Politécnica y Comandante de Artillería en Argelia. Ese fantasma, que daba el nombre ridículo de Bien Boa, pudo, soplando en un tubo que contenía agua de barita, hacer que el agua de barita blanquease, como si la hubiese excretado de ácido carbónico, a la manera de un ser vivo. El fantasma se hallaba de pie, delante de Marthe, que estaba sentada. Se obtuvieron fotografías estereoscópicas demostrativas. Delanne, los asistentes y yo mismo, vimos claramente el fantasma, separado de Marthe.

Otra vez, en otro experimento, todos nosotros vimos salir del suelo un vapor blanco que poco a poco se condensó, tomando la forma de un individuo vivo, un hombre de pequeña estatura, vestido con un caftán. Después de dar algunos pasos vacilantes delante de nosotros, muy cerca de

todos, a menos de un metro, desapareció, abatiéndose sobre el suelo con un ruido de clac-clac, como si fuesen huesos que caían. La impresión fue tan clara que sospeché de una trampa.

Pero no había trampa alguna.

¿Para qué multiplicar las narraciones de apariciones de fantasmas? Que hay fantasmas, eso es tan cierto como si yo dijese hay estrellas.

No se puede llamar fantasmas a las imágenes que vemos en sueños, que aparecen durante el sueño o el sonambulismo.

Éstas no tienen más realidad material que las fantasías de nuestros sueños y pesadillas. No son fantasmas.

Pero los verdaderos fantasmas son los que tienen una realidad objetiva, con ropas, un uniforme, un bonete, encajes, etc., etc. Los ojos se mueven, se les oye la voz, hay exhalaciones de ácido carbónico. Todos los asistentes pueden verlos, ellos pueden ser fotografiados y mueven objetos. Ninguna diferencia hay entre esos fantasmas y un ser vivo, a no ser que, algunas veces éste desaparece, se atenúa, huyendo como fummus in auras. Él se forma de un vapor y se reduce en vapor.

Jules Romains, en su curioso romance “Quand le Navire”, comenta nuestra extraordinaria inconsecuencia. ¡Cómo! ¡Sabemos que en torno a nosotros van a aparecer seres que tienen todos los atributos de la vida y nada modificamos en nuestra conducta! Continuamos dedicándonos a nuestras ocupaciones habituales sin decir que un misterio, un misterio asombroso pesa sobre nosotros.

En fin, prosigamos...

Los fantasmas no son solamente seres humanos; se muestran vestidos, habiendo por tanto materialización de

objetos materiales. Katie King, antes de partir, regaló fragmentos de su vestuario.

No hay solamente materialización de hombres, también hay materialización de animales: Por mi parte, con Guzik, logré una que fue realmente asombrosa.

En Varsovia, en una sala cerrada con llave, aparecieron, iluminadas por un vago claro de luna, dos formas de individuos fantasmagóricos, cuyos rostros no se veían. Conversaban entre sí en polaco. Uno dijo: “¿Por qué has traído a tu perro?” En ese momento oímos en la sala el trote de un perro. Sentí al perro acercarse a mí y mordirme gentilmente el talón, por cierto, sin hacerme daño. Fue tan nítido que pude distinguir que era un perro pequeño, cuyos dientecillos puntiagudos yo sentía. Después el perrito se acercó a Geley y le mordió con más fuerza, de suerte que Geley dijo: ¡Basta, basta! Ante esto, yo lo censuré enérgicamente, pues debería decir: ¡Más, más!

Otra vez, siendo Kluski el médium, en mi ausencia, por cierto, hubo materialización de una enorme águila y se obtuvo una sorprendente fotografía.

Supusieron, pues, que se hubiese producido una ideoplastia, palabra creada por Durand de Gros. La ideoplastia sería la creación de un objeto material, probablemente transitorio, por la fuerza del médium, cuya idea se convertía en una realidad objetiva.

En la discusión general habré de volver a esos hechos tan ciertos como asombrosos.

También con Kluski, Geley vio a un hombre primitivo, con crines y barba espesa, que emitía sonidos roncós; exhalando olor a laurel y rozando las manos de los asistentes.

He aquí otro fenómeno, igualmente asombroso. Es el de los fantasmas minúsculos.

Bozzano coleccionó innumerables ejemplos. Me contentaré con citar el de la Señora Bisson, teniendo a Marthe como médium. Hubo materialización de un fantasma, pero de un fantasma minúsculo, una pequeña mujer desnuda, encantadora, con todas las apariencias de vida, tan pequeñita que se podía sostener en una mano. Ella miraba y sonreía. Para explicar ese fenómeno más que singular, declaro no satisfactoria la suposición de Bozzano, que un médium, no teniendo fuerza para hacer un fantasma grande, hizo uno pequeño. ¡Es contentarse con poco!

Los fenómenos de encantamiento son tan inexplicables como los otros. Un caso antiguo (1834) absolutamente identificado, es el célebre caso de las Belling Bell, observado por el comandante inglés Edward Moor, miembro de la Sociedad Real, sabio oficial, muy religioso, que durante mucho tiempo dudaba en publicar los hechos extraordinarios de los que él mismo fue testigo. En 1834 no existían timbres eléctricos. Pues bien, en la casa del comandante Moor, durante mucho tiempo, casi dos meses, sin un día de tregua, todas las campanillas de la casa sonaron con fragor. La violencia de su tocar era tal que no se podía imitar, por más fuerza que se emplease. Se reunían en un aposento todos los criados y, en la casa desierta, todas las campanillas tocaban a un tiempo. El comandante Moor llegó a la conclusión de que “Las campanillas tocaban por una causa que no era humana”.

Un bello asunto de casa encantada, el castillo de T., en Normandía (Calvados) se relata con detalles en los Annales des Sciences Psychiques (1892). Durante muchas semanas, ruidos extraordinarios y violentos se produjeron en la casa,

galopes, golpes que hacían retemblar las paredes, objetos que se desplazaban ruidosamente, gritos agudos, furiosos, desesperados, mugidos procedentes de fuera, gritos rabiosos. Los propietarios del castillo, que eran muy religiosos, pidieron a un abate amigo que hiciese exorcismos. Tras el exorcismo hubo calma durante algún tiempo, pero enseguida los fenómenos reaparecieron.

Dejo de lado algunos casos de fantasmas, por veces divisados en una casa por muchas personas en momentos diferentes, fantasmas que tenían las mismas características, de manera que en la casa estaban habituados a verlos.

Dos veces múltiples fantasmas fueron vistos en la calle, durante el día. La Sra. F., paseando con su hermana y una criada, cuenta que las tres vieron, en una calle de la villa inglesa donde vivían, personajes que caminaban al lado de ellas. Las formas desaparecían repentinamente y parecían entrar en el cuerpo de la Sra. F. y de su hermana. Esas formas usaban trajes antiguos. Había además dos fantasmas de hombres que tenían la cabeza rodeada por una aureola centelleante. Sus rostros eran cadavéricos. “Todas nosotras quedamos horrorizadas, dijo la Sra. F. Durante los doscientos metros que hicimos a todo correr, procurando evitar a esa turba fantasmagórica, solo oímos llantos y gritos.”

He aquí, en fin, otro caso antiguo (1849), producido en Hull, Inglaterra. El Señor Bristol, que trabajaba como aprendiz de ebanista, contó a Myers, con todos los detalles, los hechos a que asistió: troncos de madera se movían solos, saltaban sobre el suelo y danzaban por el aposento. Esos fenómenos absurdos duraron seis semanas. Siempre durante el día, los objetos volaban por el aposento, ya en línea recta,

ya haciendo curvas. Si alguno de los presentes intentaba sujetarlos en el aire, ellos se desviaban de las manos que los querían agarrar. Innumerables visitantes fueron testigos de esas manifestaciones extrañas.

Se puede suponer, como hace Myers, que hay una relación entre esos movimientos de objetos y cierta deuda que el propietario de la ebanistería no había pagado. El propietario, Sr. John Gray, aterrorizado al ver los troncos de madera animarse con movimientos inteligentes, decidió pagar la deuda y desde entonces los movimientos cesaron. Quién sabe si ahí no hay una analogía de efecto de causa (¿?).

El fenómeno material, extraño, implica un fenómeno moral.

CAPÍTULO IV

DISCUSIÓN

Si se tiene la paciencia de leer esta recopilación extraña, inverosímil, incoherente, mejor dicho, forzosamente incoherente, de observaciones y de hechos, una pregunta surge, desde luego: Estos hechos ¿serán auténticos? ¿No habría sido yo burlado por singulares ilusiones? Las pruebas ¿son suficientes como para hacer admitir la criptestesia, la telekinesia, el sexto sentido, los transportes, los fantasmas, los encantamientos y las premoniciones?

Antes de entrar en esta discusión, quiero establecer que la incredulidad del público y de los sabios ante los hechos

inhabituales es frecuentemente singular y, a veces, tan ciega como algunas ingenuas credulidades.

Citaré acerca de esto la cómica afirmación de un Profesor de una Universidad americana, el muy honrado Scripture.

En el Congreso de Psicología de 1900 mostré a los 150 sabios allí reunidos una criatura de prodigiosa precocidad musical. Con tan solo tres años y tres meses de edad tocaba el piano muy bien, improvisaba, tocando con las dos manos, marchas militares, fúnebres, nupciales, valeses y habaneras. Ese pequeño español, Pepito Ariola, tocó, dos veces durante el día, ante todos los miembros del Congreso, en un piano que yo había mandado buscar. Por la noche, estuvo en mi casa, y durante más de una hora tocó el piano, dando acordes extraordinarios, mientras su madre, al otro lado del salón, charlaba con nosotros.

¡Pues bien! Víctima de extraño delirio de escepticismo, el Señor Scripture osó escribir que todos nosotros habíamos sido engañados por una ilusión, pues había sido la Señora Ariola quien tocó el piano y no el pequeño Pepito. Una incredulidad tal ¿no será un caso patológico?

Seguramente, muchas de las narraciones que hice no tienen la evidencia deslumbrante de la precocidad musical del pequeño Pepito; con todo, son lo suficientemente probatorias para que no se pueda dudar de todas.

Para muchos de esos hechos, sino para todos, yo podría establecer una discusión en profundidad, a fin de mostrar que desafían toda contestación; pero así yo hubiera aumentado enormemente este libro. Por tanto me pareció mejor aceptar el testimonio humano, cuando esos testigos son personas como la Señora Verall, la Señora Sidgwick, Sir William

Crookes, Gibier, Lombroso, William James, Frederick Myers, Sir William Barrett, Sir Oliver Lodge, Geley, el Coronel de Rochas, etc., etc.

Me contentaré con dos observaciones fundamentales. Los que han relatado esos fenómenos solo lo han hecho con gran relucencia, porque fue contra su voluntad el considerarlos auténticos, consintiendo publicarlos, con riesgo de perderse y de comprometer su reputación de sabios.

¿Piensan que he podido admitir, sin un enorme disgusto íntimo, que un fantasma, soplando en el agua de barita, pudiese producir un precipitado de carbonato de bario? ¿Piensan que Crookes no se haya dado cuenta de lo absurdo de ver un lápiz, a plena luz, elevarse él solo para escribir y una lata acercarse a ese lápiz para ayudarle? ¿No habría él supuesto ciertamente que lo llamarían loco?

Por consiguiente, debo repeler con toda indignación que aún conservo, esa extraña censura de que hemos querido ver fenómenos extraordinarios. ¡NO! ¡No y no! ¡No hemos querido verlos!

A veces me dicen: “¿No te has sentido aterrizado al presenciar esos fenómenos extraños?” Confieso que sí, pero con pavor a ser engañado. Fue ese mi único y constante pavor. A mí mismo me decía sin cesar: “¿Con tal de que yo no esté siendo víctima de una bellaquería! ¿Con tal de que no haya cómplices!” Y siendo así pues, no había lugar para otros temores.

Y estoy seguro, por haberme hecho sus confidencias, de que así pensaban William James, Oliver Lodge, Frederick Myers, Morselli, Schrenck-Notzing y Bottazzi. Ellos solo temían una cosa: ser embaucados por impostores.

Haré además otra observación, que me parece importante – y me siento feliz por tener acerca de eso la misma opinión que mi ilustre amigo Bergson. No hay estadística que resista. Un único hecho bien observado, religiosamente constatado, en condiciones irreprochables, es suficiente para establecer por sí solo la telekinesia, el sexto sentido, la premonición o la realidad de un fantasma. En este último libro – digo último, porque es probable que yo no escriba otro – no he acumulado casos como en mis trabajos precedentes. He indicado solamente algunos que me han parecido algo más importantes que los otros.

Mi querido y sabio amigo Pierre Janet me hizo una singular censura, diciéndome que los casos dudosos causan daño a los positivos. ¡Pero no! Los hechos positivos son suficientes. Tomo una solución de ácido sulfúrico puro, le añado agua de barita pura y obtengo un precipitado blanco insoluble de sulfato de bario. No es preciso repetir esa experiencia; la formación del sulfato de bario insoluble es un hecho indiscutible.

Así, cuando presento a Ossowietzky, encerrada en un sobre opaco, una frase escrita por la Condesa de Noailles, si, a plena luz, el sobre opaco, cuyo contenido ignoro absolutamente, permanece ante mis ojos sin ser abierto y si Ossowietzky dice: “Por la noche es cuando es bueno pensar en la luz”, un verso de Chantecler proferido por el gallo, eso me basta para afirmar que hay un sexto sentido, es decir, el conocimiento por la inteligencia de Ossowietzky de un hecho real que sus sentidos normales no le han podido revelar. No tengo necesidad de ir más allá. La realidad del sexto sentido está probada por ese experimento, porque so

pena de caer en lo absurdo, no se puede atribuir al azar las palabras de Ossowietzky.

Como dice Bergson, la prueba estadística, en ciertos casos, nada significa, y un solo experimento perfecto, basta.

El azar es un dios que se puede llamar siempre en nuestro auxilio. ¡Sea! Lo llamé, a ese dios que os parece tan bueno; pero no perderé mi tiempo en contestar a ese personaje.

Otrosí, todos los hechos que expuse, hechos que intencionadamente no hice más numerosos, aunque me hubiese sido fácil, yo los considero auténticos. Por una parte, salvo las excepciones, bien entendido, no hay fraude ni mala observación; por el otro, es locura atribuirlos al azar.

¿Por qué entonces oponer a toda la Metapsíquica (el gran público y principalmente los sabios) semejante resistencia? Esto vale la pena examinarlo de cerca porque sería insensato acusar a los opositores de imbecilidad o de mala fe. Ellos no son ni mejores ni peores que nosotros y las causas de su resistencia han de ser escrupulosamente analizadas.

Hay a nuestro alrededor hechos habituales, muy habituales, casi universales, entre los cuales nos movemos. Nosotros los aceptamos entonces sin reflexionar, porque ellos se nos presentan a cada minuto, a cada segundo de nuestra vida. Solo vemos lo que nuestros ojos nos muestran. No oímos sino los ruidos que resuenan en nuestros oídos. Hay junto a nosotros seres reales en carne y hueso. Los objetos solo se desplazan si una fuerza mecánica, que creemos conocer, los pone en movimiento. No podemos profundizar en el menor fragmento del futuro.

He aquí, según parece, verdades incontestables, evidentes.

Y entonces, apoyándonos sobre la experiencia personal de toda nuestra vida, sobre las tradiciones, los hábitos, los actos de nuestros padres, de nuestros amigos, de todos los hombres, sobre las enseñanzas que encierran miles de libros en nuestras bibliotecas, no podemos admitir que haya otra cosa sino las que nuestros ojos han visto, las que nuestros sentidos nos han revelado.

Hay fuertes razones para pensar así, porque durante años y años, miles y miles de hombres solo viven en lo habitual. Lo habitual nos envuelve, nos encierra en un mundo muy coherente, donde todo parece explicarse por leyes mecánicas y psicológicas, leyes que la ciencia estudia con fructífera obstinación, sin procurar profundizar en lo inhabitual. A fuerza de vivir así en este mundo coherente, lógico, inflexible, que nos circunda con su red estrecha, rehusamos aceptar lo inhabitual.

Y pese a ello, lo inhabitual existe. Acabo de dar aquí múltiples ejemplos.

Y ¿por qué no habría de existir?

Si estuviese en contradicción con los hechos científicos, debidamente constatados, podría ponerse en duda e incluso negarlo; pero lo inhabitual no está en contradicción con la ciencia clásica; él nada trastorna.

He aquí que de súbito aparece un fantasma, cuyas formas son reproducidas por la fotografía. Podemos tocar ese fantasma, sentir su mano, tocar sus cabellos. ¡Pues bien! Esto no me hará decir que la Fisiología no es una ciencia precisa; a la Fisiología de lo habitual nada le cambiará la Fisiología de lo inhabitual, ésta le añade algo y nada le roba. La estricnina continuará causando convulsiones, el cociente respiratorio tendrá el mismo número. Que nuestra

inteligencia reciba vibraciones desconocidas, esto en nada modifica las leyes de percepción sensorial. La ley de Fechner permanece inatacable.

Las verdades de la Metapsíquica no trastornan las leyes que la ciencia ha instituido. Ellas introducen en la ciencia un nuevo capítulo, el de lo inhabitual. Eso es todo.

Encontramos en uno de los más gloriosos descubrimientos de la ciencia clásica contemporánea una invasión admirable de lo inverosímil y de lo inhabitual. En este momento, en el silencio de la noche, nada oigo en absoluto, y podría afirmar que no hay vibraciones sonoras en torno a mí. Si alguien, hace veinte años, hubiese tenido la osadía de decirme: “Vais a oír en vuestro cuarto, a medida de vuestro deseo, lo que dicen en este momento en Berlín, en Londres, en Roma, en Nueva York”, ¡yo entonces me hubiera reído en la cara de ese loco! Y con todo, hoy ¿qué hay de más natural, de más industrial, de más comercial? Tengo un aparato y, haciendo girar un botón, puedo oír a mi gusto conciertos o discursos de Berlín, Londres, Roma o Nueva York. Lo inhabitual y lo inverosímil de otrora se han introducido ciertamente en nuestros hábitos.

¿Queréis otros ejemplos?

Conocí el tiempo – y cuánto sufrí – en que decían: “Los que pretenden que podremos elevarnos en los aires con máquinas voladoras son tan insensatos que deberían ser internados en manicomios, como alienados”. Así decían, hasta finales del siglo XIX. ¡Pues bien! Los primeros años de nuestro siglo XX han visto el comienzo de la aviación. Y la aviación progresará tanto que dentro de algunos años será el principal medio de transporte (y desgraciadamente, también

de guerra). Lo desconocido, lo inhabitual, lo inverosímil, se han introducido en las costumbres.

Cuán difícil sería aceptar hechos nuevos que contradicen hechos comunes, y cuán menester es admitir, si tenemos pruebas formales, los hechos nuevos que nada contradicen.

En las ciencias que no son matemáticas solo hay una prueba de valor, que es la prueba experimental, es decir, la observación, pues la prueba experimental no pasa de ser una observación, según la fuerte expresión de Claude Bernard. En general, la observación, ya sea espontánea, ya sea provocada, es la base de toda ciencia, y no es un verdadero sabio aquel que no se inclina ante el poder de los hechos. No hay ni autoridad, ni teoría, ni enseñanza clásica, ni opinión del público que pueda ser tenida en cuenta. Ossowietzky dice que en este sobre cerrado hay un verso de Rostand; pues bien, él solo lo puede saber gracias a una sensibilidad paranormal. Por tanto, no empleo teoría diciendo que esa sensibilidad paranormal existe, pues nada más hago que expresar un hecho indiscutible que debería obligar al vulgo y a los sabios a inclinarse. Es inhabitual, es inverosímil, sea, pero es verdad y diré como el gran Crookes: “No digo que es posible, digo que es.”

No obstante, comprendo muy bien por qué dudan en admitir esos hechos inhabituales. La certeza no se maneja como se quiere. Cuando vemos, aún con evidente clareza, hechos extraños e inhabituales, aunque a contra gusto, la duda nos domina. En el momento en que constatamos un hecho extraordinario nos sentimos convencidos, sólidamente convencidos; pero a continuación, esa solidez disminuye. A cabo de algunas horas, de algunas semanas, y con más razón

de algunos años, la certeza del hecho observado, si él es extraordinario e inverosímil, termina por evaporarse.

Y es gran desgracia.

Ya no se tiene confianza en la antigua afirmación. Para que quedemos completamente convencidos es preciso que el fenómeno metapsíquico, es decir, inhabitual, se repita incesantemente.

“La certidumbre huye en alas del tiempo.”

Otro obstáculo a la difusión de nuestras ideas es que éstas encuentran por todas partes críticas acerbas, hostilidad de los incompetentes e ignorantes y, algunas veces – lo cual es más grave – la indignación de los sabios juiciosos y experimentados. Somos entonces vencidos por esa incredulidad universal. Qué responder a los que se encogen de hombros diciendo: “Son historias buenas para contar a los niños”. Es casi el mismo absurdo que si le digo a un geólogo: “Haz caer un meteorito en mi jardín y creeré que existen”.

He aquí por qué me parece inútil responder a los que no reconocen la observación y la experiencia como soberanas de sus convicciones. Y de la misma forma repetiré la frase de Crookes y la de Oliver Lodge: “Negar los hechos es disminuirse”.

En realidad, los sabios, cuando hacen experimentos, jamás cuentan con lo inhabitual y no creen en él. No obstante, a medida que las ciencias tratan temas más complicados, lo inhabitual se vuelve más posible. Por ejemplo: en Fisiología un hecho evidente es la parada del corazón por la excitación eléctrica del nervio neumogástrico. Pero es posible que, en ciertos casos, el neumogástrico no pare el corazón; por ejemplo, cuando previamente se le ha

administrado una fuerte dosis de atropina. La atropina es un veneno que mata al hombre en una dosis bastante inferior a un decigramo. Pero a una cabra se le puede dar una dosis cincuenta veces más fuerte sin que el animal perezca. En Medicina, en los hechos patológicos, siendo más complicados aún que los fisiológicos, frecuentemente se encuentran excepciones que nos dejan confundidos.

Con los grandes médiums, todos los fenómenos son inhabituales, no pudiendo tener jamás la seguridad de que el experimento va a tener el resultado previsto. Muchos reveses nada demuestran, y es necesaria una gran paciencia para volver a empezar sin cansarse, pese a esos reveses repetidos. Algunos médiums, como Eusapia y miss Goligher, producen ectoplasmas, pero frecuentemente nada obtienen. Es necesario un método completamente nuevo para experimentar sobre lo inhabitual.

Conozco médiums que algunas veces han dado sorprendentes respuestas de adivinación, pero ¿cuántas veces han fracasado? Frecuentemente nos sentimos desanimados al constatar que, tras una bella prueba de lucidez, operando exactamente en las mismas condiciones, nada más se obtiene durante muchos días y a veces muchas semanas. No todos los médiums tienen la misma lucidez admirable de Ossowietzky, quien jamás comete errores.

Como Osty, muchas veces he consultado a videntes. Algunas veces he obtenido respuestas excelentes, pero otras muchas solo obtuve escarnios.

Casi podemos comparar, como ya he dicho diversas veces, nuestros experimentos sobre lo inhabitual, a las tentativas que haría un geólogo para conseguir la caída de un meteorito. Él nada puede, absolutamente, sino que tiene que

contentarse con notar el fenómeno cuando éste se produce. ¿Será esta una razón para negarlo, como osó hacer Lavoisier, el noble príncipe de la ciencia?

*

Definitivamente ¿qué es la Metapsíquica?

La he definido – y adopto la ligera modificación hecha por Sudre en su excelente trabajo: “Introducción a la Metapsíquica Humana” – como una ciencia que tiene por objeto fenómenos fisiológicos o psicológicos que parecen inteligentes o a facultades desconocidas del espíritu”.

Pero las definiciones siempre son imperfectas y esta tanto como las demás.

En primer lugar aclararé un hecho que me parece absolutamente probado y que para mí tiene una certeza igual a la de los más positivos hechos de las ciencias clásicas; por ejemplo, la fijación del oxígeno en los glóbulos rojos de la sangre, la dilatación de los cuerpos por la temperatura, la combinación del oxígeno con el hidrógeno. He aquí un hecho brillante: para el conocimiento de la realidad, hay medios que no son los medios sensoriales normales.

Es lo que he denominado sexto sentido. Y estoy seguro de que esa denominación no es en absoluto una explicación: es la expresión de un hecho.

Sin embargo, ¡cuántas obscuridades! Quien dice sentidos presupone órganos sensoriales. Bien, para el sexto sentido es imposible encontrar un órgano sensorial. La vista, el tacto, el oído, incluso suponiendo una percepción extraordinaria, una hiperestesia inverosímil, no pueden dar razón de esos hechos observados. Somos obligados a aceptar – lo cual es casi

teoría – que la realidad emite vibraciones de naturaleza prodigiosamente desconocida que actúan sobre el cerebro, evocando un conocimiento.

En fin, en el fondo es infinitamente más inhabitual, pero no mucho más extraordinario que el conocimiento de los objetos exteriores por la vista o por el oído. Primeramente el mundo exterior provoca una sensación, después una percepción, para finalmente llegar a un conocimiento. Abro los ojos, veo mi lámpara y algunos libros y la vista me da el conocimiento de la realidad exterior.

Fenómeno habitual que ya no me admira, aunque yo lo comprenda mal. Pero cuando la realidad llega a mi conocimiento por otros medios misteriosos, me quedo estupefacto y necesito toda mi fe en el método experimental para admitir esa realidad inhabitual.

Mayormente porque el conocimiento es casi siempre simbólico y mezclado de alucinaciones. Cuando la Sra. Thompson toma el reloj de mi hijo Georges y dice: “Hay sangre sobre este reloj, tres generaciones mezcladas”, es simbólico. Cuando Wingfield en la Bretaña, estando despierto en su yate, ve aparecer su hermano en el momento exacto en que éste moría en Inglaterra, víctima de un accidente, es simbólico.

Todo sucede como si la vibración de la realidad se presentase al conocimiento bajo una forma simbólica, pues el fantasma del hermano de Wingfield aparece, pero la visión de la caída del caballo, no.

Si se habla de la vibración de la realidad es porque los fenómenos materiales que conocemos son siempre del género vibratorio. Ya se trate de un sonido, de una luz, de una corriente eléctrica, de un flujo de calor, de una atracción,

son siempre ondas que se propagan por círculos concéntricos. De manera que, para hacer comprender que la realidad en ciertos casos llega al conocimiento del hombre, hay que admitir esta hipótesis casi necesaria, de que esa realidad nos llega a través de vibraciones.

Primera suposición: la realidad nos llega por medios desconocidos, y aquí está el corolario: ella nos llega por vibraciones, capaces de provocar en ciertas personas un vago conocimiento de esa misma realidad.

Para explicar ese conocimiento los sabios miembros de la Sociedad Psíquica de Londres supusieron que se trataba de una vibración proveniente del pensamiento de A, vibración que se comunica al pensamiento de P, exactamente como en una comunicación telefónica. La placa P vibra por medio de vibraciones idénticas a las vibraciones de la placa A y ellos (con Myers) llamaron a esa relación entre dos pensamientos, telepatía. Se supone que había un agente A y un perceptor P. Pusieron muchos ejemplos incuestionables de esa telepatía. Escribieron muchos artículos y excelentes trabajos con pruebas múltiples, de suerte que la telepatía es un hecho incontestable.

Desgraciadamente el gran mal de los que creen en la telepatía es juzgar que todos los hechos pueden ser explicados por ese extraño sincronismo de dos pensamientos; el conocimiento de una palabra por la telepatía es tan difícil de comprender (si no más difícil) que la lectura de esa palabra encerrada en un sobre opaco. No es, pues, sosegar la dificultad – al contrario – diciendo: hay lectura de pensamiento. La lectura del pensamiento es un fenómeno más misterioso aún que la lectura de una frase encerrada en un sobre opaco.

Si presentamos a un vidente un dibujo o palabras encerradas en un sobre, el vidente las adivina, aunque el interrogador las ignore. Ossowietzky, el mejor vidente que conocemos, me revela exactamente lo que se encuentra en el sobre, conozca yo su contenido o no. Mi conocimiento del contenido del sobre no hace ni más fácil ni más frecuente la designación del dibujo. Por consiguiente, no es preciso suponer que hay un agente que determina por su vibración cerebral el conocimiento del perceptor.

No obstante, el pensamiento del agente es una realidad (ya sea una palabra escrita o un simple pensamiento) que, siendo realidad, es conocida por el perceptor.

Que la telepatía existe, no hay duda, pero ésta no pasa de ser un caso particular, en el cual bastante frecuentemente es menester plantear una serie de hipótesis sutiles para admitir que sea telepatía.

Pregunto a una vidente (que nada sabe de mi familia) cuál es el nombre de una de las dos criadas que estaban en mi casa en mi primera infancia y pienso intensamente en Louise y en Dorothée; pero la vidente contesta: Mélanie. Ahora bien, en esa honrada Mélanie, cocinera de mis padres hace sesenta años, yo no había pensado siquiera una vez. Su nombre jamás había sido pronunciado.

Los que admiten la telepatía son obligados a decir: ha sido mi pensamiento inconsciente lo que ha provocado la respuesta de la vidente. Ya quisiera yo. Pero apoyándome en innumerables hechos, en los cuales la telepatía no puede ser tenida en consideración, también es sencillo suponer que la vidente dijese Mélanie por haber tenido conocimiento de una realidad. Pretender que sea una recordación inconsciente (adormecida en mi memoria desde hace cincuenta años) lo

que ha provocado que respondiese Mélanie, es una explicación de tal forma alambicada que prefiero decir: “fue la realidad de Mélanie lo que ha provocado la respuesta de la vidente”. ¿Por qué no dijo ella Louise o Dorothée, los dos nombres en que yo pensaba intensamente?

Lejos de mí la idea de negar la telepatía; en los libros se encuentran bellos ejemplos. Una palabra imaginaria que solo ha sido pensada, sin haber sido escrita, es a veces indicada, bien entendido sin que se dé la menor ayuda a la respuesta del médium. Pero ese pensamiento es, por si solo una realidad. Realidad psicológica, sea. Pero realidad, igualmente.

En todo caso, la distancia entre el agente y el perceptor parece casi indiferente.

La mayoría de las veces es inútil suponer la injerencia de un Espíritu, pues no hay razón para admitir la intervención de un ángel, de un difunto o de un desencarnado.

Veremos más adelante que hay casos importantes e interesantes para los cuales la presencia de ese personaje puede ser invocada. Pero mientras tanto solo se trata de telepatía simple o de lucidez. En ese caso terminaré esta discusión proponiendo las conclusiones siguientes:

1. °- Para conseguir el conocimiento de la realidad hay medios (misteriosos) diferentes de los medios sensoriales normales.

2. °- Esa realidad puede ser conocida, esto en nada altera la probabilidad del éxito. Si es conocida, se puede pretender que haya telepatía, pero si es desconocida no puede haber telepatía.

3. °- Hay casos relativamente numerosos en los cuales se han dado respuestas exactas sin que la telepatía haya sido

posible. Por consiguiente, la explicación telepática, frecuentemente aceptable, está lejos de ser siempre válida. Hay pues el derecho a deducir que, si se dan algunas respuestas exactas, es porque la realidad llega al conocimiento del médium.

4. °- La vibración de la realidad no es más difícil de comprender que la vibración paralela del pensamiento del interrogador y del pensamiento del médium.

5. °- En muchos casos el sexto sentido es ejercido por un conocimiento simbólico. Una muerte o un accidente llegan al conocimiento del médium bajo las más diversas formas.

Cuando hablamos de la vibración de la realidad que determina el empleo del sexto sentido, la palabra vibración es una hipótesis, pero está permitido investigar en qué condiciones se ejerce esa misteriosa facultad.

1. °- Se supuso que se tratase de una hiperestesia de los sentidos normales. Con todo rigor, en algunos casos excepcionales esa hiperestesia explica el conocimiento, pero casi nunca esa explicación es aceptable. Llevaría mucho tiempo discutir los casos de lucidez o de telepatía y demostrar que una hiperestesia, ya sea retiniana, ya auditiva, ya táctil, no puede explicar nada, salvo si la suponemos de tal manera intensa que nada tenga en común con la sensibilidad normal.

2. °- Partiendo de ese hecho de que, a veces, los videntes necesitan un objeto material, que palpan para obtener una respuesta (psicometría), pues dicen que los objetos materiales, habiendo pertenecido a determinada persona se impregnan de sutiles emanaciones que contribuyen a la lucidez del médium, han osado decir que la lucidez es una cuestión de psicometría. Sin embargo, la adivinación

obtenida por la palpación de un objeto es excepcional, al tiempo que no indispensable.

Por lo demás, ¿cómo comprender esa emanación fijada en un objeto inerte?

No se explica, obscura per obscuriora.

3. °- ¿Hay que admitir, también, como querían los antiguos magnetizadores, que el espíritu del vidente se desprende, hace viajes, para encontrar las cosas o las personas que se le pide que distinga?

En ciertos casos rarísimos, esa explicación puede acogerse, pero para adoptar esta o aquella hipótesis es menester que sea válida para todos los casos y no para algunos rarísimos y excepcionales.

4. °- Ya que estamos en el dominio de las más extrañas hipótesis, ¿debemos suponer que intervienen seres sobrenaturales, ángeles, demonios, o almas de los desencarnados?

Esta opinión, que es la de los espíritas, me parece, al menos para los casos sencillos, radicalmente inútil, por tanto inadmisibles. ¿Por qué suponer la intervención de un personaje que no es en absoluto necesario? Y, en fin ¿por qué declarar que es omnisciente? Ya es muy difícil conceder la omnisciencia a los vivos. ¿No será todavía más difícil concedérsela a los muertos o a seres cuya existencia es prodigiosamente problemática?

Concluyamos: el hecho del conocimiento paranormal está sólidamente establecido. Pero todas las hipótesis que se pueden presentar sobre el origen de ese conocimiento son, en mi opinión humilde, inaceptables.

Todo cuanto se puede decir es que el grado del vidente es tanto más desarrollado cuanto menos despierta esté la

conciencia. En el sueño, en el sonambulismo, en la intoxicación alcohólica, probablemente incluso en las cercanías de la muerte, durante la agonía final, la lucidez es mayor que cuando se está bien despierto, consciente de la existencia. Cuando un vidente busca y se pone a reflexionar, solo da respuestas ininteligibles, siéndole necesaria una especie de inspiración y de inconsciencia real, de trance disimulado para que responda más o menos bien.

Quizá incluso entre los salvajes, entre los hombres incultos, la lucidez esté más desarrollada que en los individuos pertenecientes a una civilización antigua y a una cultura elevada. Somos obligados a decir con Swedenborg: el espíritu sopla donde quiere, flat ubi vult.

No obstante, hay casos mucho más complejos en los cuales el médium ha adoptado cierta personalidad. Así, por ejemplo, la Señora Piper habla como si ella fuese Georges Pelham; la Señora Leonard habla como si fuese realmente Raymond Lodge, y en la ciencia hay otros ejemplos notables.

Uno de los últimos es el llamado: El regreso del Capitán Hintcliffe.

La explicación espírita es muy sencilla. Casi se podría decir que se impone por su sencillez.

Georges Pelham murió, pero su conciencia no ha desaparecido. Su yo persiste, su memoria sobrevive y ha invadido el pensamiento de la Señora Piper de tal manera que, hablando por su boca o escribiendo por mano de la Señora Piper, Georges Pelham reaparece enteramente, psicológicamente, habiendo conservado el recuerdo de lo que ha dicho, hecho y oído durante su vida terrestre. No dudo en decir que esa explicación es la más sencilla y que

todas las demás se borran a su lado; sin embargo, cuántas objeciones formidables, y a mi parecer decisivas, pueden formularse contra la hipótesis de esa supervivencia.

1. °- Es menester suponer que la memoria sobrevive a la destrucción del cerebro. Pues bien, algunos días después de la muerte, el cerebro queda reducido a una papilla infecta y al cabo de uno o dos años, ya no resta nada más. En cambio, enseñamos que la memoria es función del cerebro. Si la sangre oxigenada cesa de pasar por el cerebro, incluso durante medio minuto, ya no hay memoria. Con dos gotas de cloroformo en la sangre, la memoria queda abolida. Un golpe en la cabeza hace desaparecer toda consciencia.

Sé que la objeción no es definitiva, pues el paralelismo absoluto, constante, irresistible, entre el pensar y la función del cerebro no es de una evidencia indiscutible.

2. °- Cuando un médium encarna a un individuo muerto, a los 90 años por ejemplo, cuya memoria sobrevive, ¿qué desencarnado es el que vuelve? ¿Será el niño, el adulto o el anciano que ha vuelto a la infancia?

3. °- Si los personajes que han vivido vuelven, ¿cómo explicar que ciertos médiums encarnen personajes ciertamente imaginarios, como por ejemplo el extraordinario Phinuit, el médico francés de Metz que ya no sabía ninguna palabra de francés por haber tratado a muchos ingleses en Metz. Ahora bien, en la Señora Piper, Phinuit tenía tanta lucidez como Georges Pelham.

A decir verdad, esta última objeción parece mucho más grave. Porque los grandes médiums (Stanislawa, Tomczyk, Reese, Káhn, Ossowietzky) poseen una formidable lucidez que se ejerce sin que les sea necesaria la intervención de un personaje difunto encarnado en el médium.

Sin embargo, esta discusión sería bastante injusta si yo no introdujese algunos datos que harían propender en favor de la doctrina espírita.

He aquí, por ejemplo, la xenoglosia, de la cual poseemos bellos casos, rarísimos, particularmente el caso, antiguo pero quizá el mejor, del Juez Edmond, que fue Presidente del Senado Americano. Su hija escribía en diversas lenguas que desconocía. La Señora Piper, ignorando el griego, lo comprendía cuando era Georges Pelham. Se encontrarán curiosos detalles sobre la xenoglosia en el libro de Sudre (p. 145) y en un memorial reciente de Bozzano, *La Ricerca Psichica*, 1932, Cassina.

Está también lo que Bozzano llama literatura de ultratumba. Un mecánico aprendiz recibe del Espíritu de Dickens, por escritura automática, la orden de terminar su obra interrumpida 'The Mystery of Edwin Rood'. Ese mecánico entonces escribe un romance, del cual es casi imposible negar la autoría de Dickens, tan idénticos son su estilo y origen.

Pero sin embargo es preciso desconfiar de esas adaptaciones de la inteligencia. La famosa Helena Smith (Elise Müller) encarnó sucesivamente, con un prodigioso poder imaginativo a: María Antonieta, Cagliostro, un príncipe hindú y un personaje del planeta Marte. Ella escribió un poema en lengua marciana, pero Flournoy demostró, en un libro admirable, que en ello nada había de sobrenatural, siendo simplemente el resultado de una inteligencia maravillosa exclusivamente humana.

¡Que Helena Smith componga una lengua marciana es hechicería! Solo cambiaré de opinión si un documento

idéntico nos llegue del planeta Marte a fin de confirmar las fantasías de Helena.

Además de esto, hemos de albergar alguna duda sobre la autenticidad del lenguaje sánscrito que habla su príncipe hindú, porque ese sánscrito está lleno de errores y porque existía, en una casa que Helena frecuentaba, un libro de sánscrito.

Los otros casos de xenoglosia son muy serios. Que el médium hable muchas lenguas, y lenguas que siendo vivas él no conoce, es verdaderamente maravilloso. ¡Decididamente la explicación espírita es la más aceptable!

Haciendo la síntesis de todos los usos invocados por los espíritas para defender su dogma, se puede únicamente decir esto: que en un número notable de casos la hipótesis espírita es la más sencilla, es decir, la mejor.

Pero he ahí todo.

Por lo demás, no es en absoluto suficiente para explicar todos los casos.

Las otras hipótesis, que no presuponen las enormes dificultades de la teoría espírita, me parecen más admisibles, si bien siempre extrañas. Basta suponer en ciertos médiums una lucidez extraordinaria, inverosímil, lo reconozco.

En suma, tras el análisis de los fenómenos puramente psicológicos, si fuese preciso elegir entre las dos hipótesis: 1. °- el espiritismo, es decir, la persistencia de la memoria después de la muerte terrestre y la incorporación de esa memoria en un médium, o, 2. °- una prodigiosa lucidez, como si la inteligencia humana fuese mucho más lejos de lo que puedo suponer, yo pendería por esta segunda hipótesis.

Es bueno notar que esta segunda hipótesis es suficientemente pura como para explicar todos los casos,

mientras que la hipótesis espírita, la mejor en un pequeño número de casos, es inadmisibles en otros muchos.

Veamos ahora cómo se puede explicar (o antes, no explicar) los fenómenos materiales objetivos.

Tomemos en primer lugar los más simples fenómenos, es decir, los ectoplasmas y las telekinesias.

El levantamiento de la mesa, los movimientos de objetos, los golpes, se explican si admitimos que del cuerpo del médium puedan salir prolongaciones de una sustancia material cualquiera, visibles o invisibles, actuando mecánicamente sobre las cosas. Esto es locamente absurdo, en vista del estado de nuestros conocimientos, bajo el punto de vista del buen sentido, de lo habitual, bien entendido. Pero, en fin, hay observaciones tan precisas, hechas en condiciones de control tan rigurosas, que no se puede dudar de esos ectoplasmas materiales que emanan del organismo.

Reducida a ese simple fenómeno, la ectoplasma no necesita de ninguna explicación espírita. ¿Por qué suponer que un individuo difunto posee, más que un individuo vivo, el poder de levitar un cuerpo humano, de hacer salir una expansión del cuerpo del médium? ¿Por qué otorgar a los muertos poderes mecánicos, en lugar de otorgar esos poderes a los vivos? Es añadir lo inverosímil a lo inverosímil.

Pero es necesario ir mucho más lejos, porque la ectoplasma es bastante más complicada que la formación de un ectoplasma, visible o invisible, que desplaza un lápiz, un tintero, una caja de música. Hay en ciertos casos, siempre rigurosamente constatados, formación de un fantasma, que tiene a veces (raramente) una semejanza sorprendente con un difunto. Por ejemplo, la Señora Wickham ve, al mismo tiempo que a su hijo de nueve años, el fantasma de un oficial

que acaba de morir. Será entonces más sencillo admitir la teoría espírita de un cuerpo astral (??) y, con todo, si rigurosamente se puede suponer que la memoria de los difuntos persiste, será realmente admisible que el cuerpo de un individuo, tras algunos días, muchas semanas, muchos meses, desde que la putrefacción lo ha desorganizado completamente, ¿pueda reaparecer aún? ¿No es locura suponer el revivir, no solo de la memoria, sino además del cuerpo de los individuos, e incluso de sus trajes acostumbrados?

Es verdad que aún se debe admitir algo más. Es un fenómeno singular que ha recibido el nombre, muy bien compuesto, de ideoplastia, del cual se pueden citar numerosos ejemplos, de suerte que los fantasmas no serían sino fenómenos de ideoplastia, es decir, que el espíritu del médium puede fabricar objetos materiales con solo la fuerza de su pensamiento.

Tuve con Eusapia un ejemplo notable. Sostengo en mi mano, durante veintiocho segundos, detrás de la cortina, la mano materializada de John King, mano esa mucho más grande que la de Eusapia, que tiene las suyas controladas por la Sra. Curie y por mí. Yo había pedido un anillo (uno annello). La mano inmediatamente me hizo sentir un anillo; después pedí una pulsera y sentí en mi muñeca la presión de una pulsera de mujer, cuyo cierre era una hebilla.

Materializaciones de animales también son ideoplastias, como por ejemplo, cuando Geley y yo fuimos mordidos por un perro (que sentimos, oímos y no vimos). Una bella ideoplastia es la que fue producida por Kluski. Fue fotografiada un águila con las alas abiertas, volando por encima de su cabeza.

Desde el momento en que se admite – y es difícil no hacerlo – que el pensamiento del médium puede fabricar cosas visibles, fantasmas, cómo no suponer que fantasmas fotografiables, tangibles, visibles, poseyendo todos los atributos de la materia, sean presentados a personas que juzgan reconocerlos.

Ciertamente nadamos en una incertidumbre absoluta. Pero la inverosimilitud de esa formación de un ideoplasma conforme a la personalidad del muerto es menos difícil de aceptar que la reconstrucción, al mismo tiempo psicológica, morfológica, fisiológica, de esa personalidad difunta al cabo de algunos meses o de algunos años de sepultura.

Ciertos hechos singulares parecen probar que fuera de toda ideoplastia, hay quizá seres (como ángeles) que se aparecen en ciertas condiciones. Bozzano reunió casos emocionantes de apariciones de difuntos en el lecho de muerte. Presentó 61 casos, cada uno más curioso que el otro. Y, con todo, los moribundos no eran médiums. Sin duda hay que suponer que, en el momento de la muerte, los moribundos tienen un poder, si no de evocación, cuando menos de visión.

Entre esas apariciones de fantasmas hay algunas que son notables, cuando quien las ve es un niño. Puedo citar dos casos admirables que parecen copiados, por ser de tal forma idénticos. Uno es el de un niño americano, el otro el de una niña francesa. En esos dos casos la homología es asombrosa. Rey, con la edad de 2 años y 7 meses, ve a su hermanito que acababa de morir y que lo llamaba. “Mamá, dijo él, el hermanito ha sonreído a Rey, él quiere llevárselo”. El pequeño Rey murió dos meses más tarde.

El caso de la niña francesa también es maravilloso. Tenía 3 años y 3 meses. Un mes después de la muerte de una tía que la adoraba, ella iba hasta la ventana, miraba fijamente y decía: “Mamá, mira allí a la tía Lili que me llama”; y esto se repitió muchas veces. Tres meses después la pequeña enfermó y, durante la enfermedad decía: “No llores, mamá; tía Lili me está llamando. ¡Qué bonito es! Hay ángeles con ella.” La pobre criatura murió cuatro meses después que su tía.

Otros dos casos análogos también son dignos de mención. Un niño de 3 años, junto a su hermano agonizante, llama a su madre para decirle: “Mamá, hay lindas señoras al lado de mi hermano; quieren llevárselo”. En ese momento, el pequeño espiraba.

He de apelar a todo mi racionalismo, pues me parece imposible negar que, en el momento de la muerte, anunciando esa muerte, haya seres sobrenaturales, fantasmas, que teniendo alguna realidad objetiva, estén presentes, aunque solo los pueda divisar un niño. Pero no es absurdo suponer que los niños, en una especie de trance (agónico, espiritual si queréis) puedan divisar seres que los demás circunstantes no ven.

En el momento de la muerte también hay algunos casos de música trascendental, conciertos casi divinos, según parece, que todos los asistentes pueden oír. Bozzano reunió algunos casos conmovedores.

Que en ciertos casos los fantasmas y las formas materiales fotografiables, palpables, puedan moldearse en parafina, desplazar objetos, producir luces, transmitir sus voces, esto no es dudoso. Como en los casos de Crookes, de Gibier, de la Señora d’Espérance, así como en ciertas

materializaciones de Villa Carmen, esos fantasmas comienzan por una especie de vapor, de nube que poco a poco se condensa, toman la forma de un ser vivo, después desaparecen; y desaparecen como las visiones de un sueño, sin que haya puerta, trampilla o jaula enrejada que impidan a la aparición evaporarse.

Hay numerosos casos bien auténticos de manos que se evaporan. G. Delanne dio algunos ejemplos. Bottazzi, fisiólogo eminente, sintió evaporarse en su mano una mano ectoplásmica de Eusapia.

Todo esto no me parece nada contestable, pero lo que sería bien interesante es saber si esos ectoplasmas, esos ideoplasmas, tienen una realidad diversa del pensamiento del médium. Dicho de otra forma, ¿será que Katie King, será que la pequeña Stasia de Ochorowicz, será que John King de Eusapia Paladino, no son fruto de la imaginación de Florence Cook, de Stanislawa, de Eusapia? Esas formas fantasmagóricas ¿sobrevivirán a sus médiums?

Expuse lealmente las razones a veces muy fuertes que nos llevarían a admitir la supervivencia de la memoria de los difuntos, o por lo menos la existencia de seres sobrenaturales de la cuarta dimensión (???). También exploré lealmente las objeciones formidables que se pueden plantear a esa hipótesis.

1. °- Jamás, hasta el momento presente, los Espíritus, hablando o escribiendo por intermedio de un médium, han introducido ideas nuevas en la ciencia. Ningún progreso científico les es debido; ellos permanecen humanos, muy humanos. Ellos nunca han traspasado – bastante lejos de eso – los límites de la inteligencia del médium, incluso los lindos versos que Charles Hugo escribía en Jersey, pues como

médium admirable y poderoso, esos versos nunca sobrepasaron el gran talento de un poeta. En materia de ciencia, aparte quizá de una fórmula matemática dada a Oliver Lodge, para explicar una figura geométrica por expresiones algébricas complicadas y exactas, no sé de que haya habido alguna revelación de uno solo de los hechos nuevos asombrosos que la física contemporánea nos ha dado a conocer.

Casi siempre las operaciones que producen los fantasmas, al igual que las palabras que pronuncian, son de una intensa mediocridad. Las revelaciones que hacen de la vida de ultratumba atestiguan una invención nulamente pobre.

¿Qué diré de sus movimientos? Mover un sofá, desplazar un mueble, dar un puñetazo con un trozo de miembro, incluso con una mano bien o mal formada; eso no da una gran idea de la intelectualidad de ellos.

*

Al principio de este libro expuse que el futuro de las sociedades es bastante miserable, pues no podemos esperar, ni por las artes, ni por la literatura, ni por las industrias, ni por las religiones, ni siquiera por las ciencias, la revolución tutelar que traerá a una nueva humanidad un futuro de felicidad y de paz.

Sin duda, cuando hablo de ciencias, me refiero a las ciencias clásicas, cultivadas y enseñadas (que amo y admiro con todas las fuerzas de mi ser). No obstante, por bellas y poderosas que sean, son incapaces de modificar profundamente nuestra conciencia y nuestra moralidad.

Por tanto no es en las ciencias donde deposito la Gran Esperanza; es en la Metapsíquica, porque ésta se extiende por regiones de tal forma desconocidas y vastas, que es con dificultad como divisamos su extensión.

Digo, pues, con toda la audacia que da una convicción profunda: La Metapsíquica es la Gran Esperanza.

*

No obstante, en el transcurso de este libro, muchas veces me he rebelado contra las habituales teorías espíritas. Pero esa rebelión está justificada por el antropomorfismo pueril de algunos espíritas.

Otrora los egipcios, creyendo en la supervivencia, envolvían a los muertos importantes en fajas, esperando así preservar sus cuerpos de una hedionda putrefacción. Entonces, junto a la momia embalsamada, enrollada en fajas perfumadas, colocaban joyas, dulces, pinturas y juegos, para que el muerto, al despertar con su cuerpo casi intacto, pudiese comer, beber y divertirse.

Aún encontramos entre muchos salvajes, medio civilizados, como por ejemplo entre los malgaches, esas mezquinas ideas de supervivencia. Quién sabe si los civilizados, adeptos de ciertas religiones que profesan la inmortalidad del alma, no nutren infantilismos análogos, cornetas sagradas sonando a través del valle de Josafat y haciendo a los muertos salir de los túmulos para que prosigan eternamente sus existencias en un infierno inflamable o en un paraíso azul donde entonarán cánticos.

Ese antropomorfismo elemental es un poco el de los espíritas; ellos creen en la supervivencia, imaginan, como

profesaba Pitágoras, que cuando se muere desencarnamos para volver a pasar a otro cuerpo humano. Por tanto, los desencarnados, es decir, los muertos, reviven mediante la reencarnación. Antes de reencarnarse, por cierto, no son más que pobres figurones, moviendo sofás, haciendo girar las mesas, predicando ideas infantiles, ricos en conversaciones verbosas, ya cómicas, ya libidinosas. Parece incluso, si creemos al ingenuo Conan Doyle, que ellos comen como los humanos, de los cuales conservan las formas materiales y los apetitos gastronómicos (¿?).

Ese Espiritismo me parece bastante mediocre y lo digo claramente, pese a que admire a muchos espíritas por su coraje y buena fe. Es verdad que ciertos espíritas no han caído en ese Espiritismo grosero.

De la misma forma debo declarar que no refuto en absoluto lo que afirman los espíritas. Respecto de eso voy a explicarme con toda franqueza.

En primer lugar, en cuanto a los hechos – como han constatado si han tenido la paciencia de leer este libro – hay muchos fenómenos absurdos, pero incontestables y, pese a que la ciencia oficial aún no los reciba en su seno celoso, no hay duda de que dentro de algunos años dará lugar a lo inhabitual, criptestesias, telepatías, lucidez, alucinaciones verídicas, encantamientos, telekinesias, fantasmas materializados, xenoglosias, premoniciones. Todo esto está bien autenticado y se debe reconocer que lo inhabitual existe.

Entonces, para explicarlo, hay, como si se tratase de un dilema, dos grandes suposiciones que se pueden hacer:

Primera hipótesis: Esos hechos inhabituales son de orden exclusivamente humano.

Segunda hipótesis: Esos hechos inhabituales suponen la existencia de fuerzas extra-humanas.

Ambas hipótesis chocan con enormes dificultades. Aún hemos de discutir las rápidamente, haciendo notar que para aceptar una u otra es necesario que ella satisfaga todas las condiciones.

PRIMERA HIPÓTESIS

Todos los fenómenos serían de orden puramente humano y no necesitarían de ninguna fuerza extra humana (astral, espiritual o cualquier otra).

Efectivamente, ante todo, hemos de reconocer la existencia de seres humanos que se distinguen de la multitud por propiedades que los diferencian de los otros hombres. Por ejemplo: ellos pueden conocer hechos que sus sentidos normales no les han revelado, por ejemplo; pueden emitir prolongaciones ectoplásmicas. Asimismo, están dotados de una fuerza ideoplástica, y crean fantasmas, siendo además capaces de soportar el contacto de brasas sin que sus tejidos se quemen, y de permanecer durante muchos meses sin alimentarse, conservando una musculatura y una temperatura orgánica normales.

Volvamos por un instante al principio de identificación. Dos seres humanos nunca son idénticos. ¡Sea! ¡Pero qué

disparate suponer que ciertos individuos tengan tejidos que una brasa no queme y que la temperatura orgánica se mantenga sin que tengan necesidad del carbono y del hidrógeno de los tejidos! Principalmente, ¿cómo suponer que ellos podrán hablar lenguas extrañas y que tomarán personalidades, representando exactamente por la palabra o por el recuerdo, a personalidades muertas? Rigurosamente comprendo que, sensible a vibraciones misteriosas que emanan de las cosas, Ossowietzky pueda leer una carta incluida en un sobre opaco. Rigurosamente también puedo admitir que una prolongación orgánica salga del cuerpo de Eusapia.

Y ya es mucho admitir esa criptestesia y esa ectoplasma elementales.

Si vamos más lejos, si admitimos que podemos elevarnos del suelo (levitación), tener incombustibles los tejidos, hablar lenguas extranjeras que no hemos aprendido, crear fantasmas que poseerán todos los atributos de seres vivos reales, eso sería dar al hombre poderes casi divinos. En todo caso, el hombre capaz de esos fenómenos maravillosos es un verdadero superhombre, pues puede hacer aparecer un perro, un águila, un hombrecillo con un capacete, una mujer vestida con una toca en la cabeza. Caímos, pues, en lo inhabitual, de tal forma inhabitual, que somos obligados a decir que ya nada comprendemos de las cosas.

Si admitimos, finalmente, que algunos seres humanos poseen esas propiedades extraordinarias, podemos decir que en eso hay una gran esperanza. El hombre, entonces, ya no nos parece una humilde criatura, un poco más adelantada en la evolución que los demás mamíferos, sino un ser que tiene en su inteligencia, como en su constitución psicofísica,

recursos prodigiosos. Podemos esperar, por tanto, cuando no para nosotros individualmente, por lo menos para nuestros biznietos y para toda la especie humana futura, un porvenir mucho más amplio que el porvenir restringido y estrecho que nos ha ofrecido a nosotros el limitado y casi legítimo materialismo de la ciencia clásica.

¡La evolución de los seres vivos! Hace miles de siglos han sido introducidos en la superficie de la Tierra para expandirse, desmesuradamente, extenderse y ahora cubrir todo el globo. En esto hay, sin duda, una ley de finalidad que se impone. ¡Pues bien! Si desde hace miles de siglos la inteligencia va en un crescendo, ¿por qué hemos de querer que ella se detenga hoy? ¿Por qué no imaginar que ese poder sobrenatural concedido por la Naturaleza a ciertos individuos, de mover objetos sin contacto, de conocer hechos desconocidos, de crear fantasmas, por qué, digo, no suponer que el hombre, alcanzando un peldaño superior de evolución, pueda comúnmente poseer tales poderes?

Por tanto, suponiendo ese poder sobrenatural para el hombre futuro, tenemos derecho a hablar de una gran esperanza, gran esperanza por la extensión de nuestro poder, ya individual, ya colectivo.

Pero ¡pobre de mí! Ese poder mirífico que encontramos en algunos médiums, necesita de un esfuerzo mental enorme, una imaginación y una extrapolación desmesuradas, mil veces absurdas, para aceptar que esos inverosímiles poderes surjan en el hombre mediocre, convirtiéndose en normales (¡!)

SEGUNDA HIPÓTESIS

La segunda hipótesis también es bastante audaz. La presentaré bajo la forma menos extravagante, suponiendo que hay en torno a nosotros, mezcladas en nuestra existencia, interviniendo o pudiendo intervenir en nuestros actos, fuerzas individuales inteligentes: ángeles, demonios, desencarnados, espíritus (poco importa el nombre). Esos Espíritus que entran en el cuerpo y en el alma de los hombres les darían una fuerza sobrenatural, ora mental, ora mecánica. Solo y abandonado, el mísero ser humano nada puede. Pero él se convierte casi en un Dios cuando el espíritu lo inspira.

Cualquiera que sea la audacia de esta afirmación de la existencia de ángeles y desencarnados, es imposible en ciertos casos no admitirla, como por ejemplo, cuando niños (el pequeño Rey y la pequeña francesa) ven (algunas semanas antes de morir) lindas señoras que los llaman; cuando vagan fantasmas en casas encantadas, principalmente cuando Georges Pelham, con miles de recuerdos de su vida pasada, vuelve en la Señora Piper, etc., etc. Entonces, oso decir que la explicación espírita es la más fácil, la más racional. Sería tan ridículo suponer para la lucidez de Ossowietzky una hipótesis diversa de la inteligencia humana, capaz de ser agitada por vibraciones especiales desconocidas del éter, como justo es decir en ciertos casos que la explicación espírita es la menos mala.

Con todo, he dudado en escribir esta frase, porque aún veo en esa hipótesis espírita tantos absurdos, tanta oscuridad, incluso tantas imposibilidades, que no puedo decidirme a reconocerla como satisfactoria.

Y una vez más resumo las objeciones fundamentales:

1. °- Memoria sin cerebro.

2. °- Futilidad y puerilidad, ya sea en movimientos ejecutados por los espíritus, ya sea en palabras pronunciadas por ellos. Ninguna revelación que no sea muy humana.

3. °- Personalidad ficticia y fantasiosa, a gusto de los operadores, puesto que raramente aparecen los seres queridos que deseáramos evocar.

4. °- Necesidad de admitir una supervivencia para las inteligencias de los animales, tan vecinas de la nuestra.

5. °- Imposibilidad de fijar la mentalidad de un desencarnado en este o en aquel momento de su existencia terrestre (bebés, viejos, alienados).

Todas estas razones me hacen vehementemente titubear en el momento de aceptar el dogma espírita tal como lo han concebido Allan Kardec y Conan Doyle.

Debo añadir aquí que ciertos espíritas han adoptado algunas modificaciones necesarias a la simple doctrina de la supervivencia. Si ninguna inteligencia muere, como el número no puede ser aumentado indefinidamente, hay que suponer la reencarnación. No obstante, si somos seres reencarnados, seres reencarnados que no conservamos recuerdo alguno de nuestras existencias anteriores, es como si no viviésemos, porque revivir significa guardar el recuerdo del pasado.

A decir verdad, como las teorías nunca fallan, los espíritas admiten que un individuo que representa muchas personalidades sucesivas, (es decir, muchas reencarnaciones) va, en un determinado momento (¿cuándo?) a reencontrar todas sus encarnaciones anteriores y recordar todo cuanto vio, hizo, oyó, en esas múltiples existencias precedentes suyas.

¡Sea! Es muy poético y, bajo el punto de vista moral, excelente. Pero en cuanto a pruebas científicas, ni sombra.

Por tanto, no es ahí donde deposito la gran esperanza.

La gran esperanza para mí, hela:

No está ni en los poderes sobrehumanos, cada vez más numerosos e intensos de los individuos, ni en la persistencia de la vida de los desencarnados, reencarnándose en mortales ordinarios. Ella se encuentra en esa inmensa incertidumbre, que debe invadirnos cuando pensamos en los fenómenos extraordinarios, verdaderamente absurdos de la Metapsíquica.

Cuánto más reflexiono, tanto más esas materializaciones, esos encantamientos, esa lucidez maravillosa, esos transportes, esas xenoglosias, esas apariciones de fantasmas y principalmente esas premoniciones, me hacen persuadirme cada vez más de que nada sabemos, absolutamente nada del universo que nos rodea. Vivimos en una especie de sueño y nada comprendemos realmente de las agitaciones y de los tumultos de ese sueño. Frecuentemente todo sucede como si nadásemos en lo inhabitual.

Ese inhabitual que a veces es de una realidad asombrosa, nos permite concebir grandes esperanzas. El espacio y el tiempo quizá nada más sean que formas defectuosas de nuestro intelecto; sin duda despertaremos provistos de algunos fragmentos de recordaciones y veremos realidades sorprendentes bastante superiores a las pobres concepciones de un mundo espírita tristemente calcado sobre nuestro mundo material.

Todo, en el Cosmos inmenso, no pasa de ser vibraciones del éter. Según la rapidez de esas vibraciones se produce este o aquél fenómeno: luz, electricidad, atracción, calor, materia.

Probablemente nuestra vida, nuestra conciencia, no es más que una vibración análoga. Ahora bien, las vibraciones no desaparecen. Los mares aún están agitados por el surco de las naves de Cleopatra... Nuestra conciencia, esa vibración misteriosa del éter, entonces ¿no desaparecerá?

Solo conocemos un mundo con tres dimensiones. Conoceremos quizá una cuarta, incluso una quinta.

Estas consideraciones son bastante vaporosas. Estoy harto de saberlo. Pero, en presencia de hechos extraordinarios que se apretujan a nuestro alrededor y que observamos tan pronto como nos damos al trabajo de mirarlos, es preferible huir por algunos instantes de nuestro restricto mundo material, en busca de explicaciones tortuosas, ciertamente falsas, para unos fenómenos que son absolutamente posibles de comprender.

Pese a esa incursión en las nubes, pese a esa gran esperanza que brilla ante nosotros cual estrella radiosa, no se debe perder pie ni abandonar el terreno sagrado de la ciencia experimental. Si queremos que esa esperanza se transforme en realidad, debemos observar y experimentar, experimentar y observar. Quizá entonces acabemos encontrando los eslabones que ligarán unos a otros los hechos múltiples, incoherentes, dispersos, que despiertan nuestro estupor.

Los progresos que hemos hecho en lo desconocido (solo desde hace ochenta años) son tales que nos autorizan a esperarlo todo.

Y principalmente, pues, la vida es cual un sueño y los hechos extraños nos dan el derecho a esperar días mejores, pudiendo pues, contar verdaderamente con la benévola colaboración (¡!) de las fuerzas misteriosas que palpitan en

torno a nosotros (¿?). Por tanto, debemos tratar de merecer nuestro futuro y ser dignos de esas fuerzas.

Tengamos, contra la ignorancia y el odio, el culto de la Verdad, de la Justicia y del Amor. Sepamos amar el bien y detestar el mal.

CONCLUSIÓN

Y AHORA, RESUMO LOS HECHOS Y RAZONAMIENTOS EXPUESTOS EN LAS DOS PARTES DE ESTE LIBRO

El inexorable Destino – ya sea Dios, Naturaleza, Fuerza o Ley – ha querido que el hombre reinase en el planeta, y, para que él fuese el rey, le dio el amor a la vida y el amor sexual. Esos dos poderes formidables, apoyándose en la inteligencia, tienen evidentemente como fin y como causa asegurar la vida, no solo del individuo, sino de la especie.

-¿Por qué? ¿Para qué?

Ciertamente no compete a nuestra mezquina inteligencia el saberlo. Se puede, no obstante, – humildemente – tomar la libertad de hacer algunas sugerencias.

Todo sucede como si el Destino hubiese deseado la inteligencia. Porque en la superficie terrestre, ciertamente, y de manera gradual, la inteligencia ha sobrevivido en los seres

y, durante muchos miles de siglos, se ha desarrollado y aumentado.

La aparición del ser inteligente no podía ser casi inmediata. Esa aparición se produjo por medios indirectos, prolongados, durante siglos y siglos con esbozos amorfos, vacilaciones, ensayos infructuosos, abortos, en que una larga serie de seres se han venido sucediendo, todos ávidos de reproducirse, y su último descendiente, el hombre, al igual que innumerables ancestros, ha recibido los dos mismos instintos poderosos que dirigen su pensamiento y sus actos.

¡Sí! El progreso de la inteligencia ha sido regular, con tal de que se examinen los períodos de muchos siglos, incluso de muchos cientos de siglos. Es ridículo, pues, suponer que hemos llegado a un punto muerto y que ese progreso continuo va a detenerse. Cómo admitir que hayamos alcanzado el último término de la inteligencia y que los instintos dominadores que la Naturaleza nos ha dado vayan a debilitarse hasta tal punto que la humanidad, privada de esos guías divinos, se extinga.

Que la Tierra sea trastornada por un cataclismo cósmico, que un microbio invencible destruya todos los seres vivos superiores, que el necesario oxígeno se escape lentamente por los espacios interestelares, que el calor que nos llega del sol disminuya hasta el punto de que la Tierra se convierta en un esferoide helado; todo esto es ciertamente muy posible, pero de veras remoto. Según toda probabilidad, la humanidad tiene aún muchos miles de años por delante.

Ahora bien, esa prolongación de la especie humana acarrea dos consecuencias formidables, solamente hipotéticas.

La primera es que la inteligencia del hombre futuro será más penetrante, más sutil, que la del hombre actual. Aparte de esto, si no somos prudentes para instituir una selección humana, la Naturaleza de ello se encargará. Ella no ha esperado por nuestras Academias, nuestras Facultades, nuestros laboratorios de Zoología, de Fisiología y de Botánica, para encaminar la mónada ancestral (de la cual derivamos) a fin de que se convirtiese en Galileo, Pascal, Newton, Goethe y Pasteur. Ella encontrará algún proceso, indirecto o no – que, por cierto, no veo en modo alguno – para que una raza humana superior, un superhombre, aparezca en la superficie de nuestro planeta.

¡Ciertamente, sí! Pero, una vez más, ¿para qué?

II

¡Pues bien! Hablando de la gran esperanza, audazmente, he intentado conocerla.

Para que alcancemos lo que significa el progreso intelectual, para ver la marcha triunfal que él ha seguido, examinemos en un breve sumario la historia de la ciencia.

Hace quinientos años, es decir, hace quince generaciones solamente, en el tiempo en que vivía el tresabuelo de mi tresabuelo, en 1432, nada había en materia de ciencia.

Nada en Matemáticas, más que los libros de Euclides, es decir, una ciencia que balbucean nuestros estudiantes de 14 años. No conocían ni el cálculo integral, ni el Álgebra, ni los Logaritmos, ni el cálculo de las probabilidades, ni la Geometría analítica. Había una Geometría plana elemental y una Aritmética en la cual triunfa la tabla de Pitágoras.

La Astronomía, no obstante los pastores de Caldea, era infantil. Tales consideraba que el sol era tan grande como el Peloponeso. Quizá no supiesen que la Tierra es redonda, pues en 1432 aún lo ignoraban. Sabían que el sol era caliente, pero ni siquiera soñaban con asimilarlo a una estrella y se abstenían de conjeturar la distancia enorme, inaudita, inverosímil, que nos separa de las estrellas, aun las más próximas.

En ese caso las hipótesis geocéntricas y antropocéntricas lo gobiernan todo. La Tierra se ha convertido en el centro del mundo.

Imaginamos la prodigiosa evolución mental que ha logrado la humanidad cuando decimos: la Tierra no es más que un punto imperceptible en el mundo solar y el mundo solar no es más que un punto imperceptible, más imperceptible aún en el vasto universo. El sol no es más que una estrella como las otras y hay millones de soles y millones de planetas. Hoy sabemos – lo cual es realmente maravilloso – que esas estrellas y esos planetas están constituidos por los mismos elementos químicos de nuestra miserable habitación terrestre.

Y si hablo de Astronomía y Matemáticas, es porque el talento de los antiguos estaba principalmente aplicado a esas viejas ciencias, pues las otras no existían.

Creían en cuatro elementos: la tierra, el aire, el agua y el fuego. Esta enumeración es suficiente para mostrar el triste estado presente en la Física de entonces. En materia de electricidad, solo habían visto, con Tales, el ámbar (electro) que, al frotarlo, atraía el polvo. Pero era, decían, un capricho de la Naturaleza.

La Fisiología, a pesar de Galileo, no existía. ¿Qué podría ella decir antes de conocerse la circulación de la sangre y la composición del aire? La Química formaba parte de la Alquimia, es decir, una miscelánea innumerable, y la Medicina era aún más absurda. ¿Cómo podrían hablar de los microbios antes de la invención del microscopio? La Geología y la Paleontología ni siquiera tenían nombre.

En quinientos años nuestro conocimiento del mundo se ha transformado completamente. Un alumno de nuestras escuelas primarias sabe cien veces más que los más ilustrados sabios de 1432.

Me equivoco al decir quinientos años, pues en medio siglo, el medio siglo que he visto, todas las ciencias han hecho tales progresos que ya no las reconocemos.

En 1868, cuando comencé mis estudios médicos, no se conocía nada de lo que constituye hoy la más sencilla trama de nuestros conocimientos. Nada se sabía de la aviación y considerábamos locos a los que creían que el hombre podría construir máquinas pesadas que cruzarían los espacios aéreos con una rapidez superior a la de los más céleres pájaros. Afirmaban que jamás la luz eléctrica podría alumbrar, pues no era más que una luz ilusoria. El teléfono y la telegrafía sin hilo no existían. Y en cuanto al cine y el automóvil, no eran más que magia negra. El origen microbiano de todas las dolencias era totalmente insospechado; la trasmutación de los metales se consideraba locura.

Un Doctor en Ciencias de 1868 estaría por debajo del más mediocre bachiller de 1932.

Pero que ese mediocre bachiller no se envanezca. ¿Quién sabe lo que pensará de él el bachiller de 1992? ¿Quién sabe

si no sonreirá de piedad al ver sus ideas sobre las estrellas, sobre la luz, sobre la electricidad, sobre la relatividad?

Las conquistas de la ciencia han sido formidables y no se puede alegar un motivo serio para que ella se detenga, pues la cantidad de las cosas por conocer es enormemente mayor que la de las cosas conocidas corrientemente.

III

Por tanto, pese a la progresión asombrosa de nuestras ciencias, nada sabemos, o casi nada, del universo.

En torno a nosotros se estremece – en vibraciones múltiples y complicadas – un mundo mecánico, del cual, a costa de grandes esfuerzos, hemos determinado algunas condiciones. Entonces, en nuestro ingenuo orgullo, nos parece haber descubierto leyes inmutables, más allá de las cuales nada existe.

¡Qué ceguera!

Al lado de ese mundo mecánico en que se necesitan el telescopio, el microscopio, el galvanómetro, el espectroscopio y la balanza, hay otro mundo mecánico y psicológico al mismo tiempo: es el mundo desconocido. Oculto hoy, pero que mañana quizá ya no lo sea.

Para demostrar que ese mundo oculto (o criptocosmos) existe, presento dos argumentos, uno lógico y otro experimental.

He aquí, en primer lugar, el argumento lógico. Es un dilema irrefutable: o conocemos todas las fuerzas de la Naturaleza o no las conocemos todas.

Ahora bien, el primer punto de ese dilema es locamente absurdo. ¡Cómo! ¿Con nuestros cinco pobres sentidos, aun

con los ingeniosos instrumentos que los refuerzan, tendríamos la jactanciosa pretensión de haber limitado, registrado, codificado, todas las fuerzas que vibran en el mundo? ¿Existirá alguna fuerza misteriosa que en los laboratorios, nuestras máquinas y nuestros aparatos no hayan reducido a fórmulas matemáticas y demostraciones experimentales? O entonces, envueltos en nuestra vida, asistiendo a nuestros actos, controlando nuestros pensamientos, escribiendo por nuestra escritura o hablando por nuestra voz, hay seres misteriosos, invisibles, ángeles o demonios, quizá las almas de los muertos (que es la convicción de los espíritas). La muerte no sería pues la muerte, sino la entrada a una vida nueva.

En ambos casos, nos topamos con monstruosas inverosimilitudes; nadamos en lo inhabitual, lo sorprendente, lo prodigioso.

Y he aquí a dónde quiero llegar.

Retomo la pregunta que hice al principio de este libro:

¿POR QUÉ EXISTES?

Me parece que es para que tus descendientes se inicien en esos mundos desconocidos.

Existes porque para la humanidad hay una gran esperanza. El universo, el vasto universo sería incomprensible si no fuésemos más que hijos del acaso. Todo parece demostrar que la inteligencia ha venido constantemente desarrollándose y propagándose por sobre la superficie de la Tierra. Ahora bien, si nuestras ciencias no fuesen más lejos que nuestra Astronomía, nuestra Física, nuestra Fisiología actuales, hubiera costado, realmente, para llegar penosamente a ese pobre resultado, un inmenso

esfuerzo de muchos millones de siglos y de muchos miles de miles de seres vivos. Pero no estamos en el término postrero de nuestro desarrollo porque el futuro de la ciencia es casi ilimitado.

Hace cien años, cuando murió Curvier, no se conocía ni la electricidad de inducción, ni la síntesis química, ni los microbios, ni la fotografía, ni el teléfono, ni las ondas hertzianas, ni la radio, ni la aviación, estando las ciencias ocultas entregadas a las pitonisas y a las hechiceras.

Por tanto, no se puede prever en absoluto lo que nos espera dentro de cien años, ¡y con más razón dentro de mil!

Tenemos, pues, derecho a intentar las más aventuradas experiencias. ¡Cuántos mundos misteriosos, fuerzas invisibles (quizá inteligentes) están en torno a nosotros; qué horizontes espléndidos nos son descortinados! Hagamos una comparación. ¿Será que una hormiga, que deambula en un hormiguero, puede adivinar que hay trasatlánticos y teatros, parlamentos, tribunales, electrones y estrellas? Seguramente somos más inteligentes que una hormiga, pero del universo inmenso que nos rodea no sabemos mucho más que ella.

Con toda seguridad hay fuerzas diferentes de las conocidas hasta ahora y estudiadas por los sabios. Que podamos conocerlas un día es otra cosa. Digo solamente que hay fuerzas misteriosas, quizá innumerables, en torno a nosotros.

No hemos agotado la lista de las fuerzas mundiales. Tales y Protágoras ya pensaban haberla agotado, como más tarde Abelard y Scott y, todavía más tarde, Descartes y Newton. Pese a su talento, Tales, Protágoras, Abelard, Scott, Descartes y Newton se equivocaron. A pesar de que somos bastante inferiores a esos grandes hombres, teniendo más

prudencia que ellos, osamos decir que hay una probabilidad formidable, casi certeza, de que mundos desconocidos vibran a nuestro alrededor.

Y el segundo argumento, el argumento experimental, es mucho más poderoso aún, y sería preciso ser desoladoramente ciego para no aceptar lo que proclaman la observación y la experiencia.

El mundo mecánico, expresado por los Matemáticos, producido por los Ingenieros, descrito por los Físicos y Fisiólogos, no lo es todo. Existen fuerzas mecánicas completamente desconocidas que pueden ser aplicadas (ridículamente, lo confieso) en condiciones inhabituales sin que podamos encontrar una única explicación verosímil.

Lo inhabitual existe, hay ectoplasmas, telekinesias, levitaciones, fantasmas, lucidez, premoniciones.

Entonces, dos hipótesis (ambas inverosímiles) se presentan. Pero no veo una tercera por si fuese imposible adoptar una u otra.

O entonces la inteligencia humana es capaz de milagros. Llamo milagros a los fantasmas, a la lucidez, a las premoniciones.

Por tanto, si otrora hubo nómadas y erizos marinos, fue para que hubiese un hombre futuro, más sagaz, más inteligente que el hombre actual que, aprovechándose de las pesquisas de sus ancestros, es decir, nosotros, descubra quizá la causa profunda por la cual él ha aparecido, ¡por la cual tú existes, oh amigo mío!

Con todo, hoy, esas ideas sobre el futuro humano y el engrandecimiento de nuestro pensar parecen a la mayoría de los hombres (y principalmente, lamento decirlo, a los sabios), fantasías y sueños.

¡Sea! Pero lo que nadie podrá contestar es que la ciencia clásica, metódica, la ciencia de las Universidades y de las enseñanzas oficiales, hará progresos maravillosos. Aunque nada esperemos de lo inhabitual metapsíquico, nuevas verdades se descubrirán en lo habitual. Tengamos el coraje de pensar que nuestra Física, nuestra Astronomía, nuestra Geología, nuestra Fisiología, principalmente nuestra Medicina, aún permanecen en una infancia primitiva. Nada sabemos del mundo inhabitual. Pero, asimismo, poco sabemos del mundo habitual, mecánico, banal, en el cual nos movemos.

El enorme progreso de la ciencia y la llegada de un hombre superior, es un futuro que tenemos el derecho de aguardar.

Y es por ese futuro que los poderosos instintos de la conservación para la vida del individuo y la prolongación para la vida de la especie han sido dados a todos los seres vivos. No es el acaso, quizá no sea más que una ley.

¿Por qué existes? Pregunté al comenzar.

Y ahora resumo:

Para vivir y para tener hijos.

Porque si la humanidad se prolonga, como hay mundos inauditos, enormes, inverosímiles por conocer, esos mundos serán (por lo menos parcialmente) conocidos, pues la prolongación de la humanidad será acompañada de un aumento de la inteligencia.

Por tanto, existes para que tus hijos sepan.

Si ellos saben, encontrarán el medio de ser felices. No es solamente tu deber, es además tu esperanza. Reflexiona bien sobre esto: actuando así, pensando así, te convertirás en el

constructor, no solamente de la felicidad de tus hermanos, sino además de tu propia felicidad.

Líbrate de los servilismos dolorosos de la vida, engrandécete y, cuando llegue la muerte, podrás adormecer (para despertar, sin duda) en plena serenidad.

NOTAS DE PIE DE PÁGINA

(1) Sentí una vez ese sentimiento de horror con tal intensidad que me provocó náuseas. Durante un crucero en el yate del príncipe de Mónaco fue capturado un delfín. Le hice una disección sumaria. El estómago se hallaba voluminoso, repleto de inmundos ascárides, grandes gusanos intestinales, que hervían, formando un enorme bollo. Había ciertamente más de trescientos. El estómago estaba empanturrado; era un espectáculo repugnante el de ese amontonado animado.

(2) Sin embargo él ha escrito versos encantadores; es forzoso decir adiós al amor, y entonces:

**L'Amitié vint à mon secours,
Touché de sa grâce nouvelle
Et par ea lumière éclairé,
Je la suivis, mais je pleurai**

De ne pouvoir plus suivre qu'elle.

(3) Entre las hormigas y las abejas hay una organización social muy complicada, si bien no tiene analogía con la nuestra. El individuo nada representa, es el colectivismo, el comunismo, en toda su ferocidad y su fatalidad inexorables.

(4) Omne animal triste, praeter gallum et scholasticum gratuito fornicantem – decían los estudiantes en la Edad Media.

(5) Una estadística precisa ha demostrado que en 100 parejas hay una media de 16 estériles; bien entendido, involuntariamente estériles. Y, con frecuencia, esto para ellos es motivo de gran disgusto. Las causas de esa esterilidad son múltiples.

(6) Sin embargo, hago una reserva, una reserva esencial. Si conociésemos mejor las leyes de la herencia, si osásemos instituir una selección humana con el mismo cuidado que empleamos para perfeccionar la selección de las plantas, fresas, coles, remolachas, y la selección de los animales, cerdos, caballos, perros, quizá llegásemos a crear una nueva raza humana, bastante superior a la raza actual, y entonces, a modificar el hombre profundamente. Pero ese progreso en la morfología de la especie tropezaría con tales obstáculos debido a nuestra neofobia invencible, acarreando tales problemas, repleto de tales obstáculos, que no sé cómo antes de muchos años podría llevarse a cabo. No obstante, ese principio de la acción humana debe ser una de nuestras grandes esperanzas. No es, sin embargo, de esa sublime esperanza que quiero hablar hoy, la menciono únicamente para recordarla y paso a otros acontecimientos y a otras esperanzas menos lejanas, pero lejanas aún así .

(7) El día en que yo escribía estos renglones, un Abogado de Ginebra, M. Ch. me relató el siguiente caso: “En Ginebra, mi esposa, gestante, fue acometida de una gripe tan fuerte que los médicos que la trataron la dieron por perdida”. M. Ch. decide entonces consultar a la Srta. Elise Müller (la célebre Hélène Smith cuyas transformaciones de personalidad había relatado mi amigo Flournoy en su famoso libro: *Des Indes à La Planète Murs*. Elise le recomendó no sé qué droga insignificante que la enferma tomó inmediatamente y en algunas horas estaba completamente curada, tan bien que los médicos, creyendo visitar a una muerta, la encontraron de pie y restablecida).

No extraigo deducciones, digo solamente que es poco racional encarar ese acontecimiento como obra del acaso.

(8) Boletines de la Sociedad de Biología de París, 1896. Trabajo del laboratorio de Filosofía, tomo II, p. 281. Revista *Metapsíquica*, 1930, páginas 886 y 394. Ver catálogo, Washington, 1880, páginas 64 y siguientes. Aquí no doy más que un resumen.

(9) Me contentaré con citar el libro del Señor Imbert Courbeyre “*La Stigmatisation*”, 2 volúmenes, y los artículos de Cesar de Vesme, (*Revue Métapsychique*) 1930 y 1931, (pássim) siempre notables por su alta erudición y su documentación abundante. Una tesis acaba de ser defendida en la Facultad de Medicina de París (1932) por el Señor Abrid.

(10) Colocó su rostro entre las brasas, moviéndolo como si lo estuviese bañando en agua. Experimentos de Espiritismo con Home, por el Vizconde Adare, con observaciones introductorias por Earl of Dunraven London, Thomas Scott, 1869.

(11) La expresión no me parece excelente porque el término alucinación se emplea generalmente en un sentido peyorativo, como síntoma de una enfermedad mental.

(12) Fui visitado por un hidalgo inglés que me aseguró la perfecta honorabilidad de esas dos señoritas.

(13) Tertuliano ya hablaba de eso. Encontramos abundantes documentos acerca de esas viejas historias, en el libro excelente De Vesme “Historia del Espiritismo”.

(14) Solo hablo en jerga.

(15) En un libro ricamente documentado sobre levitación, M. Oliver Leroy (Ed. Do Cervo, Juvish 1932) insiste en la levitación de los santos en la cual él cree mucho más que en la de los médiums (!!!), si bien acepte la levitación de ciertos médiums.

(16) Señalaré los casos siguientes, que he conocido a través de Geley. En esos experimentos con Kluski, había un baño de parafina. Las personas presentes entonces decían: “Queremos el modelado hasta el codo”. Otro decía: “Queremos un pie de niño”. Geley, entonces, impaciente, dijo: “¿Por qué no una espalda?” Algún tiempo más tarde en la parafina hubo algo que salpicó a los asistentes; era el modelado en parafina de una espalda. Era tan fino y tan frágil que no pudo ser conservado.

(17) Citaré un error tipográfico, singular y cómico en mi libro “El Futuro y la Premonición”. El Señor Servadio, en Ricer Apschia fue el único en notarlo. Lo publicó con más detalles que mis otros experimentos. Digo en ese libro: Los Dioses me preserven de creer que mis experimentos valgan menos que los experimentos de otros” (p.58). Debe leerse: “más”. Menos es algo ridículo y absolutamente contrario a lo que pienso.

(18) No recuerdo exactamente si Geley, que me relató esa observación, fue testigo de ella o si le fue contada por el amigo de Kluski.

(19) Pese al desmentido de un cochero árabe, ladrón, a quien el general tuvo que despedir.

FIN